



Deseos, del corazón

Novela Romántica

STEFANIA GIL

Deseos del corazón

STEFANIA GIL

Deseos del corazón
Copyright © 2018 Stefania Gil
www.stefaniagil.com

All rights reserved.

Fotografía Portada: Depositphoto.com
Diseño de Portada: La Taguara Design
Maquetación: Stefania Gil

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Contenido:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos:](#)

[Pide un deseo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[11 años antes](#)

[Capítulo 2](#)

[Querido lector:](#)

[Stefania Gil](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

«Si el presente trata de juzgar el pasado, perderá el futuro»
— **Winston Churchill** —

Prólogo.

Sean caminaba como león enjaulado fuera del hospital en la zona de urgencias.

Sintió una fuerte presión en el pecho cuando vio a la ambulancia enfilarse en el camino hacia el lugar en el que él esperaba con un equipo de enfermeras.

También sintió náuseas. Quiso vomitar mas no era el momento.

Ellie le necesitaba calmado y con sus sentidos bien puestos.

Cuando las puertas de la ambulancia se abrieron y sus ojos se cruzaron con los de Leah, la poca calma que le quedaba se fue al infierno.

Leah llevaba los ojos enrojecidos y su mirada no auguraba nada bueno.

Los paramédicos hicieron su trabajo y bajaron de la unidad a Ellie que yacía inconsciente en la camilla en la cual estaba siendo trasladada.

Estaba pálida y unos surcos oscuros enmarcaban sus dulces ojos.

—Sobredosis de benzodiazepinas —comentó con rapidez uno de los paramédicos mientras levantaba la camilla para hacerla rodar hacia la entrada del hospital—. Esto lo encontró su amiga, no son de ella —el paramédico le entregó a Sean un bote cilíndrico de plástico color naranja que estaba vacío—. Tiene pulso débil, no sabemos cuántas pastillas tomó y probablemente ocurrió hace unas cuatro horas —el hombre siguió dando las indicaciones a Sean de la forma en la que, junto a su compañera, procedió al momento de llegar a casa de Ellie.

Sean se obligó a prestar atención aunque su concentración era escasa y se desvanecía aún más cuando veía el mal semblante de Ellie.

Ellie fue llevada a un cubículo de emergencia en el que los enfermeros se dispusieron a atenderla según las órdenes que el Dr. Norton les diera.

Y Sean apenas podía pensar.

Por la cantidad de horas que se presumía habían pasado entre la ingesta de pastillas y el traslado al hospital, un lavado gástrico no serviría de nada. Las pastillas ya habían sido absorbidas y el estado de inconsciencia de Ellie podría complicar la expulsión de fluidos de su estómago.

Debían aplicar el antídoto.

—Dr. Norton ¿Está bien? —la enfermera Sabine Smith lo vio con preocupación y este asintió, intentando demostrar una seguridad que no tenía.

Le temblaban las manos y las piernas. Pero no podía demostrar que se encontraba fuera de sí; lo primero, era la vida de Ellie y él mismo era quien debía salvarla.

No podía perderla.

Su corazón se encogió nada más de pensarlo y sintió de nuevo las náuseas.

Tragó grueso. Los ojos le escocieron.

Se obligó a darles algunas órdenes a las enfermeras que en ese momento se encargaban de Ellie en tanto él se acercó a la chica que era la dueña de su corazón desde la primera vez que la había visto en una sala de emergencia hacía varios años.

—No te voy a dejar ir, Ellie.

Los signos vitales de Ellie se hicieron más lentos, parecía querer rendirse y eso enfureció a Sean que, por un momento, quiso reclamarle la estupidez que acababa de cometer.

Sentía rabia y dolor al mismo tiempo.

¿Qué la había llevado a hacer algo así?

—Sean —el médico de urgencias que estaba de guardia con él ese día lo devolvió a la tierra. Seguía de pie, frente a Ellie, se sintió las mejillas húmedas y le tenía la mano sujeta a la chica. Su compañero le puso una mano en el hombro —. Lo haré yo. No pueden perder más tiempo.

Sean entendió que sus sentimientos le estaban jugando sucio. Prevalecía sanar la vida de la mujer que más amaba en el mundo y esos mismos sentimientos le nublaban el juicio anulando sus capacidades para curarla.

Asintió, derrotado, viendo a su compañero a los ojos.

—Te voy a pedir que te retires.

El Dr. Norton observó a los guardias del hospital acercarse al cubículo. No podía culpar a su colega de exagerado, a él mismo le había tocado presenciar alguna escena así en el pasado y sabía que la forma en la que procedían era la correcta. No pondría resistencia.

Lo entendía bien.

Asintió de nuevo y varias lágrimas le resbalaron de las mejillas.

Le dio un beso dulce a Ellie en la frente.

—Ponte bien, cariño. Por favor. Te necesito sana.

Varias enfermeras lo vieron con absoluta compasión. Otras, dejaron ver ternura hacia el hombre que hacía suspirar como adolescentes a sus compañeras de trabajo. No sabían que esa era la mujer que él amaba en silencio.

Se apartó y salió escoltado por los guardias que lo acompañaron hasta la sala de espera en donde Leah se echó en sus brazos para compartir la angustia

que sobrecogía a ambos en ese momento.

Cuando la alarma del código azul se activó, le hizo sentir un terror que en su vida había sentido. Y, de pronto, todo se detuvo en los segundos más infernales de su vida.

—Sean —La voz de Leah salía temblorosa y fina—. ¿Qué es el código azul? ¿Por qué todos corren? ¡ELLIE! —el grito de Leah estaba cargado de pánico.

«Por favor, Dios. No me la quites» fue lo único que pudo pensar Sean mientras impedía que Leah saliera de la sala de espera.

«No te la lleves todavía, te lo suplico».

Capítulo 1

Ellie Griffin, desde pequeña, fue una niña romántica. Desde que aprendió a hablar y a jugar por su cuenta, asumía el rol de la novia que llegaba vestida de blanco a la iglesia con un ramo de flores lleno de colores y arrastrando una cola de veinte metros.

Sus novios imaginarios siempre fueron perfectos. Tanto en físico como en sentimientos, y ella, pues ella sabía que se convertiría en la mujer de la vida de alguno de ellos y sería lo más importante para él. Sería independiente y a la vez, cuidaría de la casa con amor y esmero y activaría la fábrica de hijos todo lo que pudiera porque quería muchos hijos. Una familia inmensa. Una casa grande con un hermoso jardín para cuidar y una cocina amplia en la que podría consentir a sus seres queridos a través del paladar.

Siempre quiso ser el ama de casa perfecta.

Y como suele ocurrir, las duras experiencias de la vida van alejando cada vez más aquello que una vez soñamos haciéndonos pensar que lo que nos toca vivir es todo lo que conseguiremos.

Ellie no fue muy afortunada en el amor.

Desde adolescente fue incapaz de conseguir que el chico que le gustaba se fijara en ella. Quizá era porque ponía los ojos en los chicos equivocados; así de caprichosos eran los flechazos de cupido ¿no? Y entonces, mientras ella esperaba un cortejo por todo lo alto como correspondía, lo que recibía era indiferencia o en otros casos, lástima porque la mayoría de los chicos en los que se fijaba eran mayores para ella.

Fue así como su necesidad de ser correspondida la llevó a convertirse en la celestina de sus amigas, de su hermano y hasta de sus mascotas. No era justo que la vida se la jugara de esa manera, al menos se conformaba con poder ver el amor reflejado en los demás.

Sí, era una soñadora y romántica sin remedio.

Le funcionaba bien servir de conexión entre otras personas.

Menos con Leah y Ryan, mejor amiga y hermano respectivamente. Esos dos se convirtieron en un proyecto amoroso personal durante años para Ellie que estaba empeñada en unir a las dos personas que más amaba en el mundo.

Nunca funcionó y ahora, su hermano estaba en otra ciudad, feliz; y su

mejor amiga estaba en la mejor etapa de su vida. Después de todo lo que la chica sufrió, era lo menos que se merecía.

Ellie también fue aplicada en los estudios, se destacó entre los primeros de su clase en la universidad y en la actualidad tenía uno de los negocios más exitosos en la producción de eventos, específicamente fiestas infantiles y juveniles. Ellen Griffin & co. nació en un momento de su vida en el que buscaba independizarse de todo.

Sus padres, a los que adoraba pero con los que no podía convivir, la llevaron a irse de casa recién graduada de la universidad. Pasó algunos momentos duros, mientras conseguía un trabajo fijo y empezaba a ganar un sueldo decente para salir adelante sin la necesidad de solicitar la ayuda a sus padres porque eso sería darles el poder de nuevo de controlar su vida y aquello era impensable.

A Ellie nunca le gustó sentirse controlada y su madre era una experta en controles. Su padre, no sabía si le seguía el juego a la Sra. Lauren Griffin para no acabar discutiendo con ella o tal vez sí que era tan controlador como ella.

Ellie aún no lograba descifrarlo.

Tampoco era un asunto que le quitaba el sueño, si ellos así eran felices, pues bien por ellos.

Para ella era más que suficiente ir a verles una vez por semana, tal como su madre lo ordenaba; porque era impensable que la familia Griffin no se reuniera los domingos para almorzar como lo establecían las más correctas costumbres sociales.

Ellie odiaba sentirse obligada a ir cada domingo de su vida a su antigua casa para escuchar a su madre diciéndole todo lo que estaba haciendo mal y cómo debería hacerlo de la manera correcta. Ryan también se llevaba una buena cuota de aquel control, sin embargo, él era un poco más inteligente y le seguía la corriente a los Sres. Griffin y al salir de ahí hacía lo que le venía en gana.

En cambio Ellie solía llevarles la contraria por el mero hecho de no darles la satisfacción de sentir que estaban controlando su vida de alguna manera.

Y así acabó metida en miles de problemas y disgustos. Era una dinámica que no cambiaba con los años y que al parecer lo que hacía era empeorar.

Cuando Ellie vio por primera vez a Danny Harris no pudo disimular la atracción inmediata que sintió por el hombre que en ese momento, se acercaba para saludar a su madre con toda la amabilidad y caballerosidad que lo caracterizaba.

Ellie jamás olvidaría ese primer encuentro. Su madre tampoco porque ella también se dio cuenta de la mirada que se dedicaron ambos y lo incómoda

que se volvió la situación. Por ello, Lauren cortó de forma educada y seca el encuentro y se dedicó a decirle a su hija que no se le ocurriera colocar sus ojos en ese hombre porque estaba casado con la hija de una vecina de la Sra. Griffin que Ellie casi no conocía porque la mujer llevaba poco tiempo viviendo allí.

Aquel comentario por parte de su madre le molestó e incluso le dolió porque no entendía cómo su madre podía llegar a creer que ella se metería en medio de un matrimonio. No lo haría. O por lo menos, eso creía ella, porque cuando se encontró una segunda vez con Danny todo su mundo se puso de cabeza y empezó a dejar a un lado sus valores y sus principios para sucumbir en las garras de la tentación que le provocaba ese hombre.

Estaba mal y lo sabía, sin embargo, le aceptó el primer café; luego, el primer almuerzo; la primera cena; y así continuaron hasta llegar a consumir la pasión que se instaló entre ellos.

Él siempre le hablaba de lo infeliz que era en su matrimonio y ella le creyó como una tonta desde la primera confesión dominada por algo más que una simple pasión. No quería admitirlo pero sabía que Danny era su ideal de príncipe azul y no pudo evitar que los sentimientos por él florecieran con tanta rapidez y sin poder hacer nada al respecto.

Cuando quiso tomar cartas en el asunto porque sabía muy bien que no estaba haciendo las cosas de la manera correcta, Danny la envolvió con sus palabras y con sus besos haciéndole perder el norte y desde entonces, sus sentimientos hacia él se hicieron cada vez más intensos, sobre todo cuando aparecían las promesas del pronto divorcio con su esposa.

Nació el amor por él y Ellie no se sentía capaz de cortar de raíz con todo porque sentía que perdería la vida con solo intentarlo. Imaginarse la vida sin Danny era como sumergirse en una oscuridad que la consumía por completo. Él era su vida entera. Por momentos, por días, compartido. No le importaba, al menos lo tenía y sabía que más pronto de lo que ella pensaba lo tendría para siempre con ella.

¿No era eso lo que él siempre le decía? ¿Que cada vez estaban más cerca de conseguirlo?

«Pronto, Ellie. Pronto seremos felices. Voy a comprarte la casa que tanto quieres y vamos a llenarla de niños y mascotas»

Y la tonta de Ellie le creía cada una sus palabras. Hasta que, la realidad, se estrelló contra ella de la peor manera lo que la llevó a ser consumida por la oscuridad a la que tanto le temía.

Era un domingo cualquiera, salía de la casa de sus padres acompañada por Ryan cuando vio, al final de la calle, a una figura que reconocería a miles de kilómetros de distancia. Él la vio y bajó la mirada en señal de vergüenza. Ellie sabía que el simple hecho de que él estuviese saliendo de la casa de su suegra un domingo, no era buena señal. Sobre todo cuando aseguraba que las cosas con su esposa estaban cada vez peor.

¿Habría ocurrido algo malo? Después de todo, no se le podía negar la ayuda a nadie, aunque las cosas fueran muy mal.

Y mientras ella intentaba disimular frente a su hermano, se percató de que la Sra. Harris, la esposa del hombre al que amaba con devoción, tenía una barriga prominente.

En ese momento no supo cómo sentirse.

Fue como si todo el tiempo que pasó junto a Danny le pasara en cámara rápida frente a los ojos. Una película que le permitió ver, en segundos, lo estúpida e inocente que había sido durante los últimos dos años.

Sacó fuerzas no sabe de dónde, nadie podía enterarse de nada y menos Ryan, que le arrancaría la cabeza a Danny y luego a ella por idiota y por dejarse convencer de esa manera tan ridícula por un hombre que era más que obvio que estaba felizmente casado.

El estómago se le revolvió.

Se subió a su coche y puso el motor en marcha, mientras su hermano la veía con duda. Ella intentaba fingir aunque Ryan la conocía muy bien y sabía que algo le ocurría.

La presión en el pecho y la desolación empezaron a dominarla y cuando llegó a casa, se sentó en el sillón del salón y dejó fluir la tristeza que salía de sus ojos en forma de lágrimas mientras se intensificaba en su pecho la presión, lastimando.

¿Cómo pudo ser tan estúpida de creerle la típica historia del matrimonio que va muy mal?

Sintió rabia con ella. No con él. Él jugaba al engaño y para que exista un engaño tiene que haber alguien para ser engañado y el haber permitido eso era algo que le costaría perdonarse a sí misma porque amaba a ese hombre como nunca antes llegó a amar a nadie.

Nunca antes sintió tanta desdicha en su interior.

Esa noche —y las siguientes— lloró. Todo lo que no lloró en su vida. No se atrevía a llamarlo para pedirle una explicación. ¿Qué le iba a decir? ¿«No pude dejarla»? «Salió en estado sin planificarlo».

Es que ya ese simple hecho era muy grave porque la semana anterior, así como otras veces lo hicieron antes, conversaron sobre las malas decisiones que

se toman en la vida y él le aseguraba que casarse con su esposa había sido la peor decisión de su vida. Le decía que era una mujer frívola que lo único que le importaba era su carrera y que no quería formar una familia como la que él soñaba. Incluso, en todo el tiempo que estuvieron juntos, le aseguró que dormían en camas separadas porque no sentía más nada por su esposa.

«Mi Ellie, ¿Cómo la vida nos la jugó de esta mala manera? Pero lo vamos a solucionar. Pronto estaré libre». Se lo confirmó hacía unos días. Hicieron planes del futuro juntos, la esperanza de Ellie se alimentó y ahora la ahogaba.

Danny no apareció de nuevo, ni falta que hacía. Estaba todo más que claro y los sentimientos de ella nunca más podrían recomponerse.

Intentaba no mostrar su tristeza durante el día. Pero Leah, que la conocía como nadie, sospechaba que algo ocurría con ella.

La interrogó un par de veces, sin embargo, Ellie evadía el tema o simplemente respondía que se sentía cansada.

Empezó a ver a su mejor amiga con celos por la vida que tenía, por la suerte de encontrarse con el amor de su vida, establecer una familia y conseguir los deseados niños. Cada vez que veía la barriga de Leah pensaba en la esposa de Danny y se le hacía más insoportable seguir junto a ella.

Decidió que lo mejor sería tomarse unos días de vacaciones, los que notificó un día cualquiera en el peor momento para hacerlo porque no se daban suficiente abasto en el negocio.

Se encerró de nuevo en casa, siguió llorando pensando que, en algún momento, dejaría de doler y se secaría.

Quería continuar con su vida aunque no sabía cómo hacerlo sin deshacerse de esa espantosa sensación que tenía clavada en el corazón.

El vacío la consumía y no se daba cuenta.

Unas semanas después, mientras su madre organizaba la cocina con la perfección que la caracterizaba, Ellie fue a su habitación y sacó del estante detrás del espejo del baño un bote naranja que tenía una etiqueta con el nombre de su madre. Lo vio, pensó si aquella era la solución correcta.

Las imágenes la bombardearon de nuevo. La mujer de Danny y su embarazo, Leah y su felicidad, y la oscuridad que la dominaba acabó con todas las imágenes indicándole que sí, no tenía otra salida para poder aliviar tanto dolor en su interior.

Se guardó el paquete de pastillas y se marchó en cuanto pudo.

Cuando llegó a su casa lo pensó de nuevo. Algo en su interior la hacía dudar y le decía que aquella decisión no estaba siendo la adecuada.

De nuevo, porque la decisión de enamorarse de un hombre casado y

creerle sus mentiras tampoco había sido la adecuada.

¿Por qué el amor no estaba hecho para ella? Solo quería ser feliz como los demás.

Pensó en Leah, una vez más. Y en ese momento sintió una gran culpa por envidiar la felicidad de la mujer que era su hermana de vida. No podía vivir así, con tantos sentimientos negativos en su interior.

Las lágrimas salían sin control de sus ojos y después de sentir que se ahogaba en su propio llanto, pensando que el dolor que sentía en el pecho no menguaría jamás y sabiendo que no podría ver a su amiga del alma de nuevo a los ojos sintiendo sincera dicha por ella, decidió ponerle fin a todo.

La llorarían, sí, sin embargo, nadie la juzgaría porque ella se llevaría su secreto al vacío y su muerte lastimaría menos a Leah que enterarse de lo mucho que la envidiaba en ese momento.

Se sirvió un vaso de agua e ingirió todas las pastillas que estaban dentro del frasco naranja.

«Esto es todo» pensó antes de empezar a sentir cierta paz en su interior.

Lo tomó como un buen augurio. Parecía que, por fin, sí estaba haciendo lo correcto.

Pensó también en que no dejó una despedida para nadie. La verdad era que no le apetecía.

Nada le apetecía.

Solo quería dejarse ir.

Empezó a sentir el cuerpo pesado, tanto, que era incapaz de mover alguna de sus extremidades.

Los ojos le ardían por el roce de los párpados que amenazaban con cerrarse y ella intentaba mantenerlos abiertos para que las imágenes de Danny y sus besos, sus caricias, su engaño, no pudieran alcanzarla.

El sueño fue más poderoso y la venció.

No pudo sentirse más feliz cuando se sintió flotar en el universo mientras Danny, Leah, y todos, quedaban atrás.

Capítulo 2

Sean Norton era un hombre práctico y aventurero.

Amante de la medicina desde que tenía uso de razón y con una necesidad constante de ayudar a los demás de cualquier manera que le fuera posible, en especial, salvándoles la vida.

Nunca le temió a los cuerpos inertes de animales que se encontraba en la calle, tampoco sentía angustia cuando alguien cercano a él sufría un accidente dejando expuesta la herida abierta y la sangre brotando de esta. Sus padres sentían orgullo y admiración por él porque desde pequeño dio señales del gran don que poseía y nunca dudó de sus instintos para prepararse de la manera adecuada y poder poner en práctica sus conocimientos de la facultad de medicina junto a aquel maravilloso don que Dios le obsequió al nacer; porque sí, era cierto que los médicos todo lo aprendían en la universidad, sin embargo, la vocación de salvar vidas que poseían algunos, era algo tan especial, que no podía otorgarlo ninguna materia de la universidad.

Pocos hablaban de su trabajo con la pasión y devoción con la que Sean lo hacía. Pocos eran capaces de entenderle también porque a veces rayaba en lo obsesivo. No dejaba de trabajar, eligió una rama de la medicina que poco descanso le permitía y sin embargo, parecía feliz a pesar de haberse divorciado hacía unos años gracias a su trabajo.

Bueno, su ex mujer también tenía algún crédito en esa separación porque no era ninguna mansa paloma pero él prefería decirle a la gente que por culpa de su trabajo todo había acabado. Y de verdad así era. Después de firmar el divorcio no volvieron a verse y poco sabían el uno del otro porque Sean dejó de frecuentar a los amigos que tenían en común y se concentró por completo en su trabajo haciéndole olvidar no solo a su ex mujer si no al resto del mundo también.

Su madre bromeaba con él diciendo que más le valía encontrar el amor en alguna de las enfermeras que lo acompañaban en la sala de urgencias porque fuera del hospital no encontraría a nadie que fuese capaz de aguantar su ritmo de trabajo y sin sentir celos de su profesión, no porque fuese infiel, aquel pensamiento era inconcebible para Sean que aprendió de su padre los valores que necesita tener un hombre de bien para enfrentar a la vida y respetar a la

mujer con la que se está; los celos de las novias o de la ex esposa de Sean hacia su profesión provenían del hecho de que el médico pudiese llegar a demostrar más afecto y pasión por su carrera que por su compañera de vida.

Y su padre, le decía a su madre que cuando llegara la indicada, la vida de Sean cambiaría por completo.

Sean nunca pensó en que existía una indicada para él. De hecho, aun cuando ahora sabía que su corazón no podría pertenecer a nadie más que a Ellie Griffin, le costaba creer que ella era la indicada para él.

Se suponía —o de eso hablaban los libros—, que cuando un hombre encuentra a esa mujer que lo deslumbra, que lo atormenta en sus pensamientos día y noche, que le roba sonrisas aun sin saberlo ella, todo se daba con facilidad y armonía entre esas dos personas.

Un encuentro, un cruce de miradas, una sonrisa tímida de parte de ella, los nervios de ambos. Un preámbulo, quizá una cena; luego un beso y después de pasar una noche juntos y saber que no podrían ser capaces de separarse nunca más, planificar una vida juntos.

Se suponía que así funcionaba ¿No? En los libros era así, sin embargo, Sean aprendió que en la vida real las cosas no podían ser más diferentes.

Cuando Leah Simmons llegó con una herida menor en la frente a la sala de urgencias en la que Sean trabajó durante años en Nueva York, nunca se imaginó que con ella llegaría la mujer que le enredaría la vida a tal punto que estaba dispuesto a dejarlo todo por ella y seguirla hasta el fin del mundo para conquistarla si fuese necesario.

Ellie entró como un huracán en el cubículo en el que Leah descansaba; agitada, enérgica, tropezándolo a él sin importarle nada con tal de llegar a donde estaba su amiga y verificar por ella misma que estaba bien. Lo sometió a un interrogatorio que Sean consideró divertido debido a la herida sin importancia al que le dio sutura con un par de puntos. Para él esas heridas eran nada en comparación de otras cosas que le tocaba presenciar en su carrera y le hacía gracia ver cómo la gente se preocupaba por heridas como la de Leah. Si hubiese tenido confianza con ellas en ese momento le habría asegurado a Ellie que su amiga no tendría una fuga de ideas o pensamientos porque él mismo se había encargado de coser todo muy bien.

Habrían reído. No como ahora, que lloraban de manera desconsolada.

Negó con la cabeza.

Recordó entonces la segunda vez que vio a Ellie.

En la celebración de cumpleaños de Alyssa la hija de Ben, su compañero de trabajo por años, y ahora esposo de Leah. Sean no consiguió quitarle los ojos de encima a Ellie. Le parecía una ilusión. Se repetía que la chica era un

espejismo que necesitaba probar con sus labios para asegurarse de que esa mujer tan perfecta, tan hermosa, tan dulce, fuese real.

Ben solía decirle que Ellie era dulce pero también era de cuidado. Y no lo dudaba, él mismo sintió su rechazo en cada acercamiento que intentó hacia ella. La chica, con su melena rubia y ondulada y esos ojos azul grisáceos que lo fulminaban cada vez que él se aproximaba para conversar con ella sobre cualquier cosa, hacía sentir desespero a Sean por primera vez en su vida en la que una mujer no caía rendida a sus pies como solían hacer las demás.

Usó su artillería pesada. Sabía que su sonrisa y su tono de voz ronco eran un afrodisiaco para las chicas aunque no funcionaba con Ellie. Ella solo se limitaba a dedicarle una mirada cargada de hastío y buscar la más mínima oportunidad para dejarlo hablando solo.

En algún momento llegó a preguntarse si de verdad la chica no sentía ni un poco de curiosidad por él. Y entonces, Ben le contó que se olvidara de Ellie porque aunque ella no lo había confirmado a nadie la conocía de sobra como para darse cuenta de que estaba interesada en otro hombre y aquello fue como decirle a Sean: «Ve tras ella ya, antes de que te la roben».

En menos de dos meses estaba instalado en Boston, esperando por una transferencia a urgencias de un hospital de esa ciudad, y buscando la manera más apropiada de abrir camino hacia Ellie.

Lo intentó de muchas maneras: envió flores, hizo invitaciones a sitios sencillos y sitios de lujo. Le propuso hacer una actividad en común que les gustara a ambos y les permitiera conocerse sin pensar que estaban en una cita. Envío regalos cuando las flores parecían no surtir efecto. Le ofreció ayuda en el negocio de eventos porque sabía que las chicas necesitan personal debido a la gran carga de trabajo que tenían; Ellie rechazaba todo.

Leah se unió a él. Ben, por el contrario, no veía bueno que él siguiera intentado nada porque Ellie parecía cada vez más irritada. Al principio era solo con su presencia, después empezó a estar irritada todo el tiempo y Sean empezó a preocuparse porque la Ellie de la que estaba muy enamorado parecía haberse esfumado de un momento a otro.

Perdió el brillo en la mirada, la sonrisa que tanto le gustaba a él, la capacidad de conversar que era algo que distinguía a Ellie porque siempre se mantenía muy conversadora y las dos veces que pasó por el negocio de las chicas en el último tiempo, notó que Ellie tampoco tenía el ánimo que la caracterizaba en el trabajo. Adoraba lo que hacía, sin embargo, en los últimos tiempos parecía odiarlo.

Sean no entendía qué ocurría con ella. Conversó con Ben para que le sacara algo a la chica porque estaba claro que con él no se iba a sincerar.

Ben solo le decía que era mejor dejarla tranquila, que Ellie solía ser la reina del drama y que usualmente cuando se daba cuenta de lo dramática que estaba siendo se relajaba y volvía a ser la de siempre.

Pero las alarmas de Ben también se dispararon cuando Leah llegó a casa una noche muy preocupada porque algo no iba bien con Ellie y no quería sentarse a conversar con ella de lo que le ocurría.

Ni Ben ni Leah lograron nada. De hecho, la relación entre Leah y Ellie empezó a decaer en las últimas semanas. Leah culpaba al trabajo y a sus hormonas que la tenían irritable y que por ello tenía cambios de humor bruscos pagando los platos rotos con Ellie muchas veces en el día.

Sean tenía algunas semanas sin saber de ella.

Leah comentaba que no quería salir de casa y que no la escuchaba bien. Insistían en que debían dejarla tranquila y que ella sola diría qué le ocurría cuando estuviese preparada.

Aquello enloquecía a Sean porque tenía el maldito presentimiento de que nada acabaría bien.

Y no se equivocó.

—¿Sabes por qué lo hizo? —le preguntó a Leah que empezaba a estar más calmada. Ben la abrazaba con la mirada llena de preocupación tanto por su mujer como por su mejor amiga.

Leah negó con la cabeza y sollozó de nuevo.

Sean vio a Ben a los ojos y este también negó.

Sean se sentó frente a ellos, apoyó los brazos en sus piernas y dejó reposar su cabeza entre sus manos. Nunca se sintió más impotente e inútil en su vida.

Era médico, amaba salvarles la vida a los demás y no pudo hacer nada por Ellie. Su amor bloqueó toda acción de rescate y lo animó a sumergirse en el mar de nervios y miedos que siempre manejaban los familiares de los pacientes que él atendía.

De no haber sido por su colega que llegó en el momento justo, Ellie habría muerto.

Todavía tenía la sensación de angustia que lo invadió cuando vio en la sala a varios de sus compañeros corriendo por un código azul que, en el momento, pensó se trataría de Ellie.

Fue el peor momento de su vida y no se lo deseaba ni a su peor enemigo.

Por fortuna, no tuvo relación con su Ellie y el paciente que fue causante de ese revuelo, se encontraba en una condición crítica pero aseguraban que saldría bien de todo. Sean no pudo evitar preguntar por la salud de ese otro paciente. La medicina era su vida y el bienestar de otro ser humano era su

prioridad a pesar de que él vivía su propia tragedia en ese instante.

Por primera vez entendió el sentimiento que dominaba a los parientes de sus pacientes cuando entraban en urgencias. Siempre pensó que entendía lo que sentían, aunque después de encontrarse allí y haberlo vivido en carne propia, entendió que antes no estuvo ni cerca de imaginar lo que podía llegar a sentir.

Negó con la cabeza de nuevo.

Leah estaba allí, con su vientre abultado a tan solo un par de meses de dar a luz. Estaba bien, le revisaron la presión y Ben la tenía muy vigilada. Esa chica era fuerte, lo supo desde que la conoció y sabía que estaría allí el tiempo que fuese necesario porque su amiga necesitaba de ella ahora más que nunca.

Suspiró. Tenía un nudo en el estómago, aun no les permitían ver a Ellie a pesar de que les aseguraron que se encontraba estable. Tardaría en despertar.

—¿Salía con alguien, Ben? —Leah vio con curiosidad a Ben tras la pregunta de Sean—. ¿Sabes quién era?

Ben negó con la cabeza de nuevo y sus ojos brillaron y se enrojecieron.

Leah rompió a llorar.

Ben la abrazó muy fuerte.

—Todavía pienso en que si no hubiese llegado a tiempo —negó con la cabeza y frunció el ceño mientras soltaba más lágrimas.

Leah le contó en algún momento que Ellie le tenía tan preocupada por su actitud esquiva y arisca con ella; que a tan poco tiempo de celebrarse el *BabyShower* del futuro bebé, Leah creyó buena idea animarla con la organización de ese evento que sería pequeño, aunque Leah quería algo muy especial y solo Ellie podía entenderla en ese sentido. La estuvo llamando dos días y solo conseguía un simple mensaje de su parte en el que le decía que no tenía ganas de salir de casa.

Ese domingo en particular, Leah confesó sentirse más inquieta que nunca y decidió que era momento de ir a su casa e intervenirla de manera brusca para saber qué diablos pasaba con ella.

Le dijo a Ben que solo podían ocurrir dos cosas: O todo volvía a la normalidad o sería el inicio del fin de su amistad con Ellie porque ese paso sorpresivo sería una invasión a su privacidad que Ellie no le perdonaría.

Leah tomaría el riesgo y ahora agradecía al cielo haberlo hecho porque cuando llegó a casa de su amiga, tocó el timbre varias veces y al no recibir respuesta, llamó a Ellie al móvil escuchándolo al otro lado de la puerta. Se preocupó e introdujo la llave de repuesto que la misma Ellie le dio por si se presentaba alguna emergencia y la encontró laxa en el sofá del salón; pálida, con un surco oscuro alrededor de los ojos, Leah pensó en lo peor.

Tuvo una rápida reacción al llamar al 911 y pedir asistencia. También

tuvo suerte de llegar cuando las pastillas ingeridas por Ellie empezaban a hacer el efecto que la chica buscaba.

—Estuvo tan extraña conmigo estas últimas semanas que pensaba que todo era culpa mía y de mis hormonas —dijo Leah—. Ahora que lo pienso, tiene meses así y...

—¿Recuerdas el día en el que te pedí matrimonio? —Ben le sonrió con pesar y ella asintió. Sean solo escuchaba con atención él sacaría a Ellie del hoyo en el que se encontraba, para eso necesitaba conocer la raíz del problema—. Sean no paraba de mirarla —observó a su amigo que le mantuvo la mirada sin vergüenza alguna— y ella me dijo que debía decirle a Sean que dejara de mirarla tanto porque ella tenía novio. Cuando me dijo que tenía novio, abrió los ojos en grande; como una niña cuando es revelado su secreto, el cual supongo que no debía ser revelado porque por algún motivo no estaba bien.

Sean lo observó con preocupación.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —Leah le reclamaba a Ben.

—Porque Ellie es mi amiga también, Leah, y me pidió que no te dijera nada porque era un asunto complicado. Me aseguró que lo hablaríamos en otro momento pero un tiempo después, cuando intenté hablar con ella, evadió el tema y preferí no tocarlo de nuevo. Ellie siempre ha sido un poco dramática y pensé que quizá se habría dado cuenta de que estaba haciendo una tormenta de esas que solía hacer sin razón alguna por cualquier tontería. No es la primera vez que hace un drama estando en una relación.

Leah asintió en ese momento.

Sean seguía sin decir ni una palabra.

—¿Y de dónde sacó las pastillas?

—Hoy es domingo, día de almuerzo familiar obligatorio para los Griffin. Son las pastillas de su madre. El frasco estaban a nombre de Laureen.

Sean asintió.

—Deberíamos llamar a su familia. Necesitamos unir esfuerzo. El psiquiatra le hará una evaluación que exige el protocolo en estos casos y luego determinará si es necesario recluirlo o puede irse a casa con terapias semanales.

Leah negó con la cabeza asustada.

—Leah —intervino Ben—, por lo menos Ryan debe saberlo.

—Ryan. Sus padres es mejor que no se enteren ahora. Laureen es complicada. Esperemos a la evaluación del psiquiatra. Estoy segura de que Ellie no necesitará quedar recluida en ningún lado.

Sean la vio con asombro. No concebía la idea de no avisar a la familia de Ellie de que ella estuvo a punto de morir. En ese momento todos debían unir esfuerzos para ayudarle a superar la depresión que la llevó a tomar aquella

absurda decisión.

No podían apartar a la familia cuando ellos eran parte importante de una sana recuperación.

Él se encargaría de avisarles, sí que lo haría. Además, era probable que con la ayuda de ellos pudiera por fin conseguir la aproximación que tanto anhelaba con Ellie.

Capítulo 3

Cuando Ellie abrió los ojos y los fijó en la lámpara del techo, frunció el entrecejo con pesar y cansancio. Se sentía aturdida, ¿en dónde se encontraba que todo brillaba?

Un pitido intermitente le taladraba los oídos. Tuvo una especie de sueño, o pesadilla, en el que se sentía tan mal consigo misma que decidió poner fin a todo y se sumergió en un sueño profundo, una especie de letargo del cual no tenía intenciones de salir.

Sintió miedo mientras estuvo soñando porque no sabía qué ocurriría después de ese letargo. ¿Y si no le gustaba lo que veía? ¿Cómo iba a despertar?

Se le erizó la piel de nuevo con solo pensarlo, afortunadamente estaba despierta. «Solo fue un sueño» pensó relajándose de nuevo, curvando los labios en una sincera y plácida sonrisa.

Maldita luz que la iba a dejar ciega.

Hizo el intento de levantarse para dejar la habitación a oscuras y se vio de pronto rodeada de enfermeras que le pedían que se quedara en donde estaba.

Abrió los ojos confundida. ¿Qué demonios pasaba?

De pronto, como si alguien accionara un botón, las últimas horas de su vida pasaron ante ella como una película.

Danny, Leah, sintió un vacío cuando recordó haberse tomado las pastillas.

Una parte de ella no entendía cómo fue capaz de hacer semejante estupidez. La otra parte le reclamaba a gritos haber sido tan idiota de tomarse unas pastillas sin tener un segundo plan que asegurara la muerte que necesitaba su corazón para dejar de sufrir por Danny.

Vio a Leah entrar en la habitación seguida de Ben y del insoportable Doctor Norton. Ese hombre lo veía hasta en la sopa. Sabía que sentía algo por ella, y ya ella le dejó en claro que no quería nada con él, ¿por qué no dejaba de aparecer en su vida?

Todos tenían cara de haber estado llorando mucho, Leah se le echó encima y se echó a llorar.

Entonces recordó los sentimientos de envidia que la embargaron durante

semanas por la vida maravillosa que tenía su amiga y que ella anhelaba pero que sabía que nunca le llegaría porque el amor de su vida, decidió quedarse en su «falso» matrimonio.

Y en ese momento, el bebé en la panza de su amiga se revolvió inquieto, Ellie no soportó la presión de la culpa en el pecho y rompió a llorar como una niña mientras abrazaba a su amiga como nunca antes lo había hecho. El bebé siguió removiéndose inquieto. Le gustaba sentirlo.

Ben se acercó a ella y le dio un beso en la frente como pudo porque Leah seguía aferrada a su amiga.

Y Sean la vio directo a los ojos dedicándole una mirada que interpretó como lástima.

Ahora todos le tendrían lástima por comportarse como una idiota y cobarde.

«Pobrecita Ellie».

Odió aquella frase. Odió a Danny.

Por alguna razón, no fue capaz de odiar que le salvaran la vida.

—Pensé que te perdía —Leah soltó entre sollozos—. No me vuelvas a hacer nunca más esto, Ellie Griffin. Nunca más. Si esto es culpa de un hombre te juro que vamos y le damos una lección para que te sientas mejor. No vuelvas a intentar quitarte la vida. No tienes idea de lo que sentí cuando te encontré.

Ellie lloró más fuerte. Entonces fue Leah quien la salvó.

Quería decirle tantas cosas, esperaría a que todos se calmaran. La verdad era que les dio un gran susto y debía asumir su responsabilidad.

Necesitaba ayuda para superar su tristeza y hasta ese momento no se dio cuenta. Pensaba que era mejor mantenerlo en secreto como desde que empezó el romance entre ellos para que así nadie sintiera lástima por ella, nadie se compadeciera de su sufrimiento y que ironía de la vida ¿no? Ahí estaba, dando la misma lástima que estuvo evitando antes.

Al final, todo se sabe y si bien antes podía decidir por cuenta propia cuándo, cómo y a quién contarle su historia desdichada con Danny, ahora se vería obligada a hacerlo en el momento y a las personas que le indicaran.

No le gustó sentirse obligada aunque entendía que era parte de la responsabilidad que debía asumir. Se lo debía a sus seres queridos.

Leah por fin la soltó, le acariciaba el rostro. Ben la veía con una sonrisa a medias, lo conocía, esa sonrisa decía tanto de él. Se sentía preso de su rabia interna por no saber cómo ayudarla. Por no haber evitado aquel intento de suicidio.

Su contacto con Ben se vio interrumpido por un leve movimiento en su cama, junto a ella.

Sean se sentaba en el borde de la cama y la tomaba de la mano. Quiso rechazarlo porque no soportaba la presencia de Sean y algo la detuvo porque entendió que si ese hombre realmente sentía algo tan fuerte por ella como lo que le había demostrado, entonces su acción de seguro lo atormentó y angustió a un punto que ella misma desconocía.

No era tonta y sabía que el buen doctor, muy a pesar de que ella no lo soportaba por el simple hecho de no dejarla en paz, todas las acciones de él hacia ella le dejaban muy en claro sus sentimientos. Ella creía que no era más que un reto para él porque se negaba a aceptarlo pero ahora, que su mano temblaba entre la de ella y que sus ojos derramaban genuinas lágrimas entendía que los sentimientos de Sean Norton por ella eran reales.

Pobre, ahora fue ella quien sintió pena por él. No era capaz de alimentar sus esperanzas. Antes por estar con Danny, convencida de que el muy imbécil lo dejaría todo para estar con ella; y ahora, por tener la vida misma convertida en un completo desastre dentro del que debía poner orden.

El hombre no dijo nada con palabras, Ellie se sorprendió al leer sus ojos. Una mirada color café claro, cristalina y llena de terror por lo que le pudo haber pasado a ella.

Se le hizo de nuevo el nudo en la garganta a Ellie y se negó a llorar con él. No lo sentía tan íntimo aunque para él fuese al contrario.

Bajó la mirada hacía las sábanas y Norton se levantó de la cama después de darle un beso en el dorso de la mano que Ellie sintió cálido y solidario.

Lo vio de reojo, la tristeza se le marcaba con claridad en el rostro.

No había más nadie en la habitación y Ellie se permitió relajarse al darse cuenta de que sus padres no estaban allí y su hermano tampoco.

—Íbamos a avisarle a Ryan todo lo que ocurrió cuando nos avisaron que estabas despertando.

Ellie sonrió con pesar de nuevo.

—Prefiero que no les digan nada.

Leah asintió. Su amiga la conocía.

—Ellie, esto que ocurrió no podemos callarlo...—Ben se interrumpió al ver a la madre de Ellie seguida de su esposo entrar a la habitación sin saludar y dirigiéndose directamente hacia Ellie.

—¿En qué diablos estabas pensando? —su madre vio a su alrededor buscando el médico que atendió a Ellie. El Sr. Griffin se acercó a su hija y le dio un beso en una mejilla, traía los ojos enrojecidos.

—Lo siento, papá.

—Shhh. No pasa nada, mi niña, te llevaremos a casa y te ayudaremos a salir de esto.

Ellie sintió un vacío en su interior.

¿La llevarán a casa? ¿La casa de ellos o la de ella? No lo tenía claro y ya empezaba a preocuparse porque no se imaginaba viviendo en casa de su madre bajo su control.

Su padre la soltó y salió de la habitación.

—¿No me dijiste que no les habías avisado? ¿En dónde está Ryan? Yo no voy a poder enfrentarme a ellos sola.

—Cálmate, Ellie, no le avisamos nosotros...

—Fui yo —la voz decidida de Sean los sorprendió a todos—. Es tu familia y necesitaban saberlo. Todos los que te amamos tenemos que unirnos para ayudarte.

Cuando la Sra. Griffin entró de nuevo en la habitación, Sean percibió una mezcla de rabia y frustración en su mirada.

—Tenemos que hablar —vio a todos los que estaban en la habitación indicándoles que la conversación sería a solas, sin embargo, nadie se movió de allí. Ni siquiera Sean. Ellie lo vio furiosa. No le importaba, todo lo que estaba haciendo era por su bien—. Me gustaría que nos dejaran solas.

Los presentes se vieron entre sí, y nadie se movió. La Sra. Griffin empezaba a perder la paciencia.

—Nadie va a ir a ningún lado, mamá, porque Leah y Ben saben que no quiero quedarme a solas con ustedes. El Doctor Norton no conoce nuestra estupenda relación y es por ello que cometió el terrible error de meterse en lo que no le importa ¿Verdad, Sean?

Sean la vio con seriedad.

—Estoy haciendo lo que considero correcto desde el punto de vista médico.

Ellie bufó.

La Sra. Griffin cruzó los brazos a la altura del pecho y vio a su hija con una mirada muy reprobatoria.

—Entonces, ¿supongo que todos están al tanto de tu relación con el marido de la hija de mi vecina?

El primero en sorprenderse fue Edmond Griffin que abrió los ojos con sorpresa y vio a su hija con compasión.

—¿Por qué no me lo contaste, cariño?

—Porque tu hija sabía que su acción es de una mujer indecente.

Leah y Ben también la veían con asombro. Por su parte, Sean entendió

muchas cosas en el comportamiento de la chica y también empezó a entender que cometió un grave error al llamar a su madre porque Laureen Griffin se estaba comportando como una verdadera bruja con su hija.

—Creo que ya es momento de parar, Sra. Griffin —intervino Sean, metiendo las manos en los bolsillos de su inmaculada bata y dedicándole una mirada severa a la mujer que deseaba fuese su suegra.

—Usted no me va a decir a mi cómo tratar o hablarle a mi hija. Soy yo la que va a poner en orden el desastre de vida que ha estado llevando.

—Laureen, para por favor —el Sr. Griffin intervino también con súplica y ojos llorosos.

Laureen Griffin resopló.

—No te metas en esto, Edmond.

—¡Es mi hija! —Edmond levantó la voz y Sean decidió acabar con el asunto cuando vio que Ellie empezaba a quebrarse por la rudeza de su madre.

—Les voy a pedir que abandonen la habitación y el hospital.

Laureen lo vio con odio.

—Usted no me puede echar de esa manera. Soy la responsable...

—La puedo echar porque soy el médico tratante de Ellie. Así que le pido, por favor, que abandone la habitación y el hospital.

—No se da cuenta de que si le pasa algo...

—No le pasará nada, está bajo mi supervisión y tanto Leah como Ben la cuidaran muy bien. Además, Ryan me aseguró que en poco tiempo estaría aquí. Cuando la llamé, Sra. Griffin, no sabía qué impulsó a Ellie a tomar la decisión de quitarse la vida pero sí sé que la unión de los seres queridos al rededor del afectado, le ayuda a superar su desdicha. Usted no está aportando nada positivo y como médico, me veo en la necesidad de tomar cartas en el asunto.

Se acercó a la puerta y la abrió haciéndole señas a la madre de Ellie que estaba roja de la ira y la indignación.

—Vamos, Edmond —ordenó a su marido y este no se movió del lado de su hija. Entonces ella entendió que saldría de ahí sola—. Usted va a saber quién soy yo —amenazó a Norton antes de cruzar la puerta.

Sean no le dijo nada más.

Ben le palmeó la espalda en un gesto de solidaridad.

—Lo siento —se disculpó con Ellie y aprovechó para tomarle la mano. El rostro de ella expresaba sorpresa y respeto hacia él. El enfado que mantuvo minutos antes porque él llamó a su madre a sus espaldas, era pasado—. Las cosas en mi familia son muy diferentes y pensé que serían una buena ayuda para ti.

El Sr. Griffin lo vio y le sonrió con ironía.

—Siempre pensamos que éramos buenos con ellos, doctor. Ahora me doy cuenta de lo duros y controladores que hemos sido en muchos aspectos.

—A veces es necesaria una tragedia para despertar, Sr. Griffin; y me alegra saber que todavía tiene tiempo para enmendar, en vida, las cosas con su hija. No lo deje pasar.

Le sonrió a Ellie de nuevo.

—Eres un valiente. Mi madre te hará la vida imposible. Tiene contactos. Sean bufó.

—Y yo tengo los míos, Ellie. En este momento lo más importante en mi vida eres tú y si tengo que reajustar mi vida de nuevo porque eso me permitirá seguir a tu lado, lo haré.

El Sr. Griffin lo vio con sorpresa ante aquella confesión. Ellie bajó la mirada avergonzada.

—Todos te ayudaremos a salir de esto —agregó Leah.

—Lo sé, me llevará mucho tiempo. Estoy lastimada, y pensar que todo me lo busqué yo misma.

Sean prefirió no escuchar nada más, no se sentía preparado para saber que su chica sufrió un infierno por culpa de un imbécil que no respetaba a las mujeres.

—Voy a conversar con el psiquiatra sobre tu evaluación. Pasaré luego a verte.

Ellie solo asintió con seriedad.

Cuando salió de la habitación se encontró con el director del hospital que caminaba por el pasillo.

—Te estaba buscando, vamos a mi oficina.

Cuando entró y vio a la Sra. Griffin supo que le vendría.

—La Sra. Griffin me acaba de poner al tanto de lo ocurrido en la habitación de su hija, Sean.

Este asintió sin decir nada.

La mujer sonreía de lado con ironía y sarcasmo.

El director del hospital lo vio con preocupación y nervios. Entendió que lo que estaba próximo a hacer lo haría coaccionado por la Sra. Griffin. Probablemente ella tendría alguna carta bajo la manga que usaría para manipular al director. Como alguna amistad de importancia en la junta del hospital, en el ayuntamiento, alguna donación considerable, quien sabría.

—Tengo que suspenderte.

—Lo entiendo.

—Podría ofrecerme una disculpa, Sr. Norton; y quizá, yo podría interceder por usted ante el director.

Sean la vio con divertida ironía.

—En primer lugar, le voy a pedir que me llame Dr. Norton, Sra. Griffin; en segundo lugar, no tengo nada por lo cual disculparme. Pensé que llamándoles juntaríamos esfuerzos en ayudar a Ellie a salir adelante. Sin embargo, me doy cuenta de que este ha sido el peor error de mi vida. Y si por ello debo quedar suspendido, lo haré. Será un tiempo valioso que me permitirá ayudar a Ellie a sanar sus heridas.

Vio a al director que lo observaba perplejo.

—En una hora me iré a casa, ten en cuenta de que la Sra. Griffin no puede entrar de nuevo en la habitación de su hija porque le altera los nervios y la joven acaba de intentar suicidarse.

Laureen lo vio de nuevo con rabia.

El director asintió indicándole a Sean con la mirada que le ayudaría a mantener a la mujer alejada de su hija.

—Usted no entiende que me preocupo por mi hija, no puede estar sola. Y tiene que venir a casa con nosotros.

Eso era lo que ella quería, controlar a Ellie y no iba a permitírselo.

—Ellie no estará sola, Sra. Griffin. Yo mismo me aseguraré de que esté a salvo.

—¿Y cuando todos tengan que volver a su trabajo? ¡Ella se quedara sola! Puede intentar quitarse de nuevo la vida.

—Me acaban de suspender gracias a usted y le aseguro que voy a estar con Ellie todo el tiempo que sea necesario.

—Entiende que se está haciendo responsable de cualquier cosa que le pase a mi hija, y que tengo testigos.

El director la vio con real sorpresa y asombro.

—Sean, no digas más...

—Le voy a pedir que no se acerque a Ellie si no va a cambiar de actitud, ya que voy a hacerme responsable por ella voy a cuidar muy bien quién se le acerca.

Saludó con la cabeza al director y salió de la oficina con ganas de golpear con intensidad un saco de boxeo o mejor aún la cara del idiota que puso a Ellie en esa terrible situación.

Se montó en el coche y se fue directo al gimnasio, tenía que drenar aquel exceso de rabia que tenía en el cuerpo.

Capítulo 4

Ellie esperaba en su cama del hospital a que Ryan y Leah vinieran a buscarla.

Ryan no paraba de decir que se quedaría con ella varias semanas aunque Ellie no quería compañía. Se sentía bien, sabía que tendría que apuntarse a terapia —cosa a la que no se negaba— y que pensaba le ayudaría a cerrar ese insoportable capítulo en su vida llamado Danny.

Estaba plenamente convencida de que eso del intento de suicidio fue un error que no cometería de nuevo.

Quería vivir. Entendía que estaba destrozada en la parte sentimental, sin embargo, entendió también que podría soportar sentir un vacío en su vida, extrañar a Danny como loca, podría soportar el hecho de que creía que nunca podría olvidarse de él, sí que podría aguantarlo todo. Le hacía sentirse más fuerte el hecho de que su padre se revelara del yugo controlador de Laureen Griffin y se comportara de una manera muy diferente con ella y con su hermano.

No sabía nada de su madre.

Desde que Sean la sacó de la habitación por comportarse como una verdadera bruja con ella, no le llamó más.

Así mismo, tampoco supo más del médico a quien le debía un sincero agradecimiento por defenderla de las garras de su mamá. También creía que le debía una disculpa porque sospechaba que su ausencia se debía a que su madre tomó represalia con él y su puesto de trabajo.

Intentó que Leah o Ben le dijese algo al respecto; ambos comentaron que no sabían nada y no era del todo mentira.

Leah desconocía la situación al completo porque Sean así se lo pidió a Ben cuando conversó con él para decirle que no le quitara un ojo de encima a Ellie mientras estuviese en el hospital porque él estaba de baja por unas semanas. Acotó que le daría detalles en otro momento y como el asunto se dio a puerta cerrada en la oficina del director, ninguna enfermera sabía darle razón a Ben de lo ocurrido.

—Buenos días —Ryan entró y saludó a su hermanita con un beso y un abrazo protector—. Estás preciosa esta mañana.

Ellie sonrió con dulzura. Su hermano siempre lograba hacerla sonreír sin

importar qué tan triste estuviese.

Ryan desconocía los detalles de la historia con Danny, no quiso escucharlos porque sabía que iría a casa del maldito y le rompería el alma, si eso era posible.

—¿Tienes todo listo? —preguntó Leah después de darle un abrazo a su amiga que asintió con la cabeza.

—Entonces, vamos.

—¿Y Ben?

—Está en tu casa con tu padre, quedamos en almorzar allí y pasar todo el día contigo.

Ellie volvió los ojos al cielo.

—No quiero que me mantengan vigilada, de verdad no voy a volver a cometer una estupidez como esta. Es mi segunda oportunidad en la vida y no voy a desperdiciarla.

—Da igual, a mí me tienes que aguantar porque no quiero verle la cara a mamá. No me quedaré con ella estos días.

Ellie sonrió con pesar.

Le gustaría que su madre se diera cuenta de lo mal que la pasaban todos por su comportamiento.

—Parece que por un buen tiempo no iremos a casa los domingos.

—Yo no iré hasta que ella no te ofrezca una disculpa —Ryan le abrió la puerta del coche a ambas mujeres y luego se subió—. Por cierto, he hablado con Sean y le di las gracias por poner en su lugar a mamá. Lo suspendieron y me pidió que no te dijera nada pero creo que debes saberlo porque es justo que le ofrezcas una muestra de agradecimiento. El hecho de que no sientas nada por él no quiere decir que seas maleducada con él.

Ellie se colocó el cinturón de seguridad.

—¿Tu lo sabías? —le preguntó a Leah que negó con la cabeza.

—Ben tampoco, me lo habría dicho.

Ellie suspiró.

—Ya había pensado en llamarle para agradecerle. Ahora me siento muy mal porque puede perder su trabajo por mi culpa.

—No te preocupes, hermana, ya me adelanté por ti y como yo también me sentí culpable por lo de su trabajo me pareció una estupenda idea invitarle a tu casa al almuerzo que tendremos hoy.

Leah sonrió traviesa en la parte trasera del auto. Conocía a Ryan y estaba casi segura de que estaba actuando en complicidad con Sean para ayudarle a conquistar a Ellie, cosa le parecía un poco apresurada aunque de igual manera estupendo. Harían una pareja fabulosa y Sean era el hombre que Ellie siempre

soñó.

Ellie le dedicó una mirada incrédula.

—Es broma, ¿No?

Ryan negó con la cabeza.

—Hay que ser justos, Ellie, y lo menos que se merece ese hombre es un agradecimiento de nuestra parte por todo lo que ha hecho por ti.

Ellie resopló y se hundió en el asiento mientras pensaba en la incomodidad de tener que estar con Norton y compartiendo comida con su familia.

Ella que solo deseaba llegar a casa para relajarse.

En el fondo sabía que Ryan tenía razón. Además, serían solo unas horas, quedaría bien con Norton y después, no tendría que verlo nunca más.

La cara de desconcierto que puso Ellie cuando llegó a su propia casa y se encontró a Sean en la cocina con un delantal, preparando la comida, conversando con su padre y Ben que le acompañaban con una cerveza cada uno, fue suficiente para indicarle a Sean que todo estaba saliendo como lo planeó hacía unos días.

Después de que saliera del hospital tras el incidente con la madre de Ellie, estuvo ocupado ideando un plan que lo acercara de una maldita vez a la mujer de su vida y le hiciera conquistarla.

Desde que se dio cuenta de que pudo haberla perdido con su intento de suicidio sentía una necesidad imperante de tenerla entre sus brazos, besarla, amarla, darle todo lo que se merece y llenarla de amor mientras la vida se le permitiese porque él mejor que nadie sabía que, la vida era tan efímera, que de un momento a otro se podía perderla y con ella al ser que amamos y la oportunidad de demostrar esos sentimientos que vamos postergando para un momento que no sabemos si llegaremos a tener.

Así que él estaba decidido a no dejarla ir.

La conquistaría y empezaría a hacerlo ganándose a todas las personas que la rodeaban. Si los ponía de su lado, le sería más fácil acceder a ella.

Sabía que le gustaba a la chica y ahora que conocía la razón de su aproximación a la muerte, entendía el por qué antes no le hizo caso. Sentía amor por alguien que no solo no le correspondía de la manera que se lo merecía sino que además, la hizo sufrir como nadie debería hacerlo y él le iba a demostrar que el amor podía nacer entre ellos, que solo era cuestión de tiempo y que junto a él, ella podría ser inmensamente feliz.

Sean tenía tantas cosas que enseñarle a su Ellie. El aroma de las flores, la belleza del cielo despejado, la calma que se siente observar el mar cuando parece un plato. Esa misma calma que se siente cuando estás junto a la persona correcta que hace que el mundo a tu alrededor pare y tu atención solo sea capaz de caer en la persona que produce esas emociones maravillosas en tu interior.

Ellie no conocía nada de eso. Creía estar enamorada de un hombre que nunca la tomó en serio, un hombre que solo buscaba divertirse con ella y que no compartió de esos momentos que son tan pequeños que parecen insignificantes y que, en realidad, marcan, dejan huella, haciéndose inolvidables.

Quería tantas cosas con su Ellie.

La chica levantó una ceja mientras se acercaba a saludarlo. Le dio un abrazo que demostraba con claridad lo incomoda que se sentía con tanta cercanía entre ellos.

Sean era paciente y sabía que con ella tendría que ir con más calma de la que ya había empleado.

—¿Cómo conseguiste apoderarte de mi cocina?

—Cariño —el Sr. Griffin lo salvó de inmediato. No habían conversado sobre Ellie pero el hombre de cabellera blanca y porte impecable no era tonto y sabía que el médico iba en serio con su hija—, Sean insistió en cocinar porque aseguró que la comida casera te caería mejor.

Le hizo un guiño a Ellie y ella volvió los ojos al cielo.

—Huele bien, al menos.

—Si es que está haciendo tu plato favorito.

Ellie no pudo evitar pasarse la lengua por los labios y Sean sintió que la sangre le hervía de deseo en ese momento.

—Ya casi va a estar listo. ¿Quieres una Coca-Cola?

Ellie asintió y Ben se la sirvió. También le dio una a Leah.

Ryan sacó otra ronda de cerveza para ellos y brindaron por tener a Ellie en casa.

Se veía bien de ánimo, pensaba Sean cuando la observaba sin disimulo.

Parte de su plan consistía en no esconder ninguno de sus sentimientos por Ellie.

Estaba un poco demacrada y tenía un plan para reparar eso también y estaba seguro de que la idea a ella le iba a encantar aunque no le diría la verdad entera porque si no, la chica se negaría rotundamente.

Sirvieron la mesa entre todos. Sonreían y eso le hizo sentir feliz a Sean.

Era un hombre familiar, lamentaba que sus padres escogieran un lugar de retiro tan alejado de su ciudad de origen, entendía que el clima de Nueva York no era el adecuado para la edad de sus progenitores. Los extrañaba. Ya deseaba

verlos y abrazarlos.

Eso que estaba consiguiendo ese día, con Ellie, parte de su familia y sus amigos, le hacían sentirse mejor. Necesitaba la calidez de un hogar. Siempre soñó con una familia inmensa. Porque ellos eran solo tres. Su padre, su madre y él.

Se juró que tendría una familia numerosa, más que numerosa, porque cuando fuese viejo, quería tener la casa llena de nietos y eso solo se conseguía teniendo muchos hijos.

No solo serían niños, las mascotas también debían estar presentes.

Con Sonia no pudo conseguirlo, y lo agradecía porque desde que vio a Ellie supo que con ella lograría formar una verdadera familia y aquello que tenía ese día ante sí era solo una demostración de cómo sería su vida junto a ella.

La observó sonreír en grande y su corazón dio un salto de emoción al verla tan llena de alegría ese día que quizá solo la tendría a ratos pero aprovecharía a que la chica se diera cuenta de que riendo, combatiría de manera efectiva la tristeza.

Ellie y Leah tenían lágrimas en los ojos producidas por la intensa risa que les ocasionaba recordar momentos de travesura en la infancia que compartieron las chicas junto a Ryan. Parece que era el que pagaba todos los platos rotos en las travesuras que ellas orquestaban.

Ben le hizo señas a Sean para que fueran un momento a la cocina con la excusa de buscar más bebida.

—Te conozco, Norton. ¿Cuál es tu plan?

Sean sonrió con diversión.

—Mi plan es hacer que mi chica pueda reír como lo está haciendo hoy en cada día de su vida, Walker.

Ben negó con la cabeza y una sonrisa traviesa.

—¿Tu chica?

—Va a ser mi chica, Walker; y tú, junto a su hermano, van a ser los padrinos de nuestra boda.

—Llévalo con calma, ¿Sí?

Sean bufó.

—¿Te parece que no he tenido calma en todo este tiempo que he estado detrás de ella?

—Estaba enamorada de otro, al cual por cierto, quiero partirle la cara.

Sean lo vio a los ojos.

—Te avisaré entonces cuando tenga su dirección.

—Sean, no lo hagas, Ellie no te perdonaría que te metas así en su vida — le advirtió Ben con cautela.

—La esposa de ese hombre merece saber todo.

—Sean —Ben se mostró reticente—. No es tu asunto y Ellie sabía muy bien en dónde se estaba metiendo. Si de verdad quieres conquistarla no te entrometas en su pasado.

—Lo siento, Ben. Es una decisión tomada y no pienso echarme para atrás. Nadie más lo sabe, así que cuento con tu absoluta discreción. Ese imbécil se merece la soledad por engañar de esa manera tan vil a dos mujeres.

Ben negó con la cabeza.

—Es un error, Sean.

—Ya veremos si lo es.

—Te quedó muy bien la comida.

Ellie llevaba en las manos las sobras del almuerzo para guardarlas y lavar los trastos.

Sean ya se estaba encargando de eso.

Todos los demás se habían marchado, incluso Ryan, que se fue de pronto a causa de una llamada de urgencia por parte de su jefe.

No era que a Ellie le hacía mucha gracia quedarse sola con Sean, pero no tuvo más alternativa que relajarse y aceptar su realidad. Además, tenía que aprovechar la ocasión para agradecerle todo lo que hacía por ella y también, aprovecharía de dejarle en claro que ella no lo quería rondando a su alrededor porque no quería darle ninguna esperanza.

Se veía gracioso con el delantal que ella tenía en la cocina. Era rosa con un bonito volante en la parte baja y un lazo en la solapa del único bolsillo que tenía. Bastante femenino, la verdad.

Entonces fue la primera vez que detalló a Sean Norton.

Nunca tuvo el interés de hacerlo y ahora, estando a solas, parecía que no tenía más alternativa que fijarse en su físico.

Un hombre delgado, alto, quizá debía trabajar más su musculatura en un gimnasio para compensar su altura. Parecía que le faltaba músculo. Se veía como esos adolescentes que son muy altos y delgados que hasta parecen desgarbados, así. Quizá era porque siempre vestía ropa holgada. O es que le quedaba grande.

Suspiró y él se volvió a verla.

Le dedicó una mirada que le hizo sentir incomoda y entonces recordó todo lo que debía decirle y aclararle en ese momento para luego no tener que volver a verle.

—Sean, voy a aprovechar la ocasión para agradecerte lo que hiciste por

mí en el hospital —recordó que el hombre se estaba jugando su puesto de trabajo por culpa de su madre—. La verdad es que siento mucho que mi madre haya hecho uso de su estatus social para manipular al director del hospital y....

—Ellie —Sean la interrumpió mientras se secaba las manos y se acercaba a ella. A la chica no le gustó tanta cercanía entre ellos aunque eso le hizo apreciar el agradable aroma del perfume de Sean. Olía muy bien, una fragancia intensa y varonil, «como él» pensó y de inmediato se dijo que debía dejar de pensar estupideces. Sean la veía divertido—. No tienes nada qué agradecerme, haría cualquier cosa por ti. No sé si notaste alguna vez que fui capaz de dejar mi vida en Nueva York por ti.

Ellie nunca olvidaba ese detalle porque le parecía que era una completa locura dejarlo todo por alguien que no te corresponde. Aunque si Danny le hubiese pedido que se mudara de ciudad para seguirlo a él, estaba segura de que lo hubiese hecho.

El olor a madera y cítricos que emanaba la cercanía con Sean la estaban mareando.

Se alejó un poco.

—¿Quieres sentarte un rato?

Ella negó con la cabeza.

—Me gustaría acostarme a dormir.

—Muy bien, te voy a pedir que dejes por favor la puerta abierta.

Ella lo vio y soltó una carcajada.

—Sean, no puedo dejar la puerta de casa abierta.

—Oh, no, cariño, no me entendiste, es la puerta de tu habitación lo que no puedes cerrar, yo me quedaré en esa habitación —finalizó señalando la habitación contigua a la de Ellie.

La chica sintió de pronto que la invadía la molestia.

—Puedo quedarme sola.

—Nadie lo duda, pero como nos diste un buen susto a todos, Ryan nos pidió que no te perdamos de vista. Lo hubiese hecho él mismo lamentablemente, se tuvo que ir. Tu padre tiene un negocio que atender, y tu madre no le está haciendo la vida simple en este momento —Ellie sintió curiosidad por saber cuánto más sabía de ella y sus padres el doctor Norton—. Leah, en su estado, no se puede quedar y ya sabes que el negocio que ustedes tienen alguien lo tiene que atender; y Ben, es médico, él siempre estará ocupado.

Ellie frunció el ceño.

—Tú, también lo eres.

—Y estoy suspendido, por tu culpa, así que no me pongas las cosas difíciles —le hizo un guiño de ojo—. Estabas muy cansada y querías irte a

dormir. No te detengas por mí.

Ella lo vio enfurecida. No le hacía ninguna gracia que Norton se quedara con ella.

Cerró los ojos y respiró profundo. Se lo debía. Él la defendió de su madre y además, una noche pasaba de prisa así que al día siguiente cada quien volvería a su vida.

—Hay sábanas en el armario del pasillo para que las coloques en tu cama y...

—Ya me conozco la casa, Ellie, vete a dormir —le dedicó una sonrisa divertida—. Buenas noches.

“¿Cuándo regresas?” Ellie le envió un mensaje de texto a su hermano para saber cuándo se podría librar de Norton.

No recibió respuesta y pensó en que su hermano todavía estaría conduciendo.

Suspiró.

En otra época habría llamado a Leah para decirle que se iba a su casa pero nadie la dejaría conducir a tan solo un día de haber salido del hospital por intento frustrado de suicidio y Leah estaba embarazada, no era justo molestarle a esas horas.

Se lavó la cara para desmaquillarse y se lavó los dientes. Luego se aplicó sus cremas hidratantes nocturnas. Entró a su habitación de nuevo, se cambió y se metió entre las sábanas.

Estaba cansada.

Cerró los ojos y respiró profundo.

Entonces recordó la imagen del vacío que la invadió antes de haber estado a punto de morir.

Se asustó y abrió los ojos de golpe.

Se dijo que no tenía nada que temer. Estaba en su cama, que era cómoda y mullida; en su casa, que le hacía sentirse segura; y además, tenía guardaespaldas.

Respiró profundo de nuevo y cerró los ojos.

Sintió que era absorbida por una niebla espesa y negra que la alejaba de sus seres queridos.

Lloraba, porque no quería que los apartaran de ella.

Se aferraba a la vida una vez más.

Entonces alguien la empujó y fue capaz de abrir los ojos.

Se incorporó en la cama de golpe, sí se había quedado dormida, se lo aseguraba el reloj que marcaba las 5 a.m.

Tenía la respiración agitada, la garganta seca y algo atascado en ella que no le permitía tragar con normalidad.

Fue a la cocina por un vaso de agua.

La casa estaba en completa oscuridad y se recordó que el médico dormía en la habitación junto a la de ella.

Se sirvió el vaso de agua que bebió como si hubiese estado en el desierto y volvió a su habitación.

Se metió en la cama de nuevo pero esta vez, al cerrar los ojos, lo único que consiguió fue ver el rostro de Danny; y aquello que no le permitía tragar con facilidad, se volvió más denso arrastrando las lágrimas hasta sus ojos que no pudieron resistirse y la única opción que tenía era dejarlas salir tan intensas y fuertes como habían llegado.

Capítulo 5

Sean la escuchó llorar de nuevo.

Como cada madrugada de esa semana.

En todos esos días decidió no interrumpir sus momentos de desahogo. Sabía que todo pasaría poco a poco, sobre todo cuando Ellie empezara a asistir a las terapias con el terapeuta.

Sin embargo, Sean se sentía como un completo inútil quedándose en su habitación mientras fingía no escuchar nada.

Esa noche estaba llorando más de lo habitual.

Sean se sentó en la cama se frotó el rostro con las manos y se dirigió al baño. Entonces la escuchó llorar más fuerte. Como si al sentir que Sean entraba al baño, ella podría dejar de llorar entre murmullos como lo venía haciendo para que, según ella, el médico no la escuchara.

Sean negó con la cabeza. ¡Qué tonta era!

Él era capaz de escucharla aunque estuviese sumergido en las profundidades del Atlántico.

Se aseó un poco y luego decidió entrar a la habitación de ella. Ya era hora de abrazarla y de demostrarle que tenía en él a un amigo en el que podía confiar.

Ellie se secó las lágrimas con el dorso de la mano cuando lo vio entrar en la habitación.

—Estoy bien.

—No lo dudo —le dijo él restándole importancia a la situación. Los últimos días de convivencia con Ellie le estaban enseñando que en lo que a sus sentimientos se refería era mejor no presionarla—. Solo vengo a que me ayudes a revisar mi habitación porque creo que hay un monstruo debajo de mi cama.

Ellie lo vio con curiosidad y él se sentó en el borde de la cama sintiéndose satisfecho cuando ella le cedió un poco más de espacio.

—¿No estás un poco grande para temerle a lo que pueda haber debajo de tu cama?

—Jamás se está demasiado grande para seguir creyendo en un mundo fantástico al que podemos escaparnos de vez en cuando.

Ellie bufó.

—Es probable que sea menos cruel que este.

Sean levantó los hombros.

—Yo también lo creo, aunque también es posible que sean más crueles. ¿Puedes imaginarte a un vampiro o a un hombre lobo que no sea cruel?

Ellie negó con la cabeza.

—Son depredadores y atacan sin piedad a sus presas. También, según la ficción, son capaces de amar sin condiciones y son fieles.

Sean la vio con una mezcla de preocupación en la mirada.

—En la vida real también se ama sin condiciones, Ellie. Y también existe la fidelidad.

—No me ha tocado ver ninguno de los dos casos.

—Quizá porque no has querido —Sean le sonrió con pesar y ella lo vio con vergüenza—. ¿Crees que todos somos iguales por lo que te hizo Danny?

Sean se arrepintió de hacerle la pregunta cuando vio que sus ojos, sus intensos y hermosos ojos se llenaron de lágrimas.

No se resistió y la abrazó.

Ella se dejó abrazar y fue un momento que Sean quiso congelar en el tiempo porque no sabía cuándo podría repetirlo. Se sentía tan bien estar allí, con ella entre sus brazos, dándole consuelo y demostrándole sus sentimientos.

Suspiró y se acomodó sin separarse de ella para quedar apoyado del espaldar de la cama con Ellie recostada en su pecho.

¡Qué momento! Aunque sería perfecto si pudiese besarla y decirle cuánto la amaba y además, que no estuviese llorando por culpa de un imbécil.

—Hace muchos años —empezó a narrar Sean—, en un barrio famoso de Nueva York, nació un chico que a primera vista ya daban por sentado que se convertiría en un hombre muy guapo. Pero muy muy guapo —Ellie respiraba de forma entrecortada aunque consiguió calmarse un poco. Sean estaba logrando atraer su atención y a su vez, presentar su pasado ante ella para que la chica entendiera que podía confiar en él plenamente—. Bruce, su padre, un hombre fuerte y valiente, no podía sentirse más dichoso de haber conseguido un primogénito que perpetuara el apellido. Era todo un orgullo en su familia que el primer hijo fuese varón. Su madre, Dalila, una mujer generosa y más buena que ninguna, habría deseado tener una niña pero cuando su guapo bebé la vio por primera vez a los ojos, sintió que le daría lo mismo el sexo del bebé siempre que le dedicara miradas de amor como la que el niño acababa de darle allí, mientras lo estrechaba por primera vez en sus brazos.

En ese momento, Ellie ya había parado de llorar, y Sean empezó a jugar con su cabello mientras seguía narrando su historia.

—Su hogar no fue el más lujoso pero sí era el que estaba más lleno de amor en todo el vecindario. Dalila y Bruce eran de esas parejas que cada vez que

se veían a los ojos era como si estuviesen teniendo contacto visual por vez primera. Y el niño que...

—¿Cómo se llamaba? —Ellie le interrumpió.

—¿Quién?

—El niño, Sean, ¿cómo se llamaba?

—Sean.

Sintió sonreír a Ellie y aquella sensación le llenó el corazón de felicidad.

—No me dejes con la duda de qué ocurrió con Sean, continúa.

Ahora fue él quien sonrió.

—Bien. Sean, que siempre se mostró inteligente y valiente como su padre —Ellie soltó una risita por lo bajo a modo de burla, Sean la recibió con agrado—, creció y se convirtió en un niño tímido y observador. Desde temprana edad sintió la necesidad de cuidar de los demás. Cada animalito que veía herido, lo llevaba a casa para sanarlo. Dalila no estaba muy contenta con tener la casa siempre llena de animales que, en ocasiones, no eran tan bonitos como un simple gato lastimado, sin embargo, le dejaba seguir sus instintos al niño porque notaba que había un don especial en él. Y no se equivocó.

Sean sonrió pensando en su madre.

—¿Qué hacía Bruce para vivir? —le preguntó Ellie curiosa.

—Bruce era albañil y Dalila costurera y ama de casa. Sean a veces no soportaba que su madre le hiciera ropa porque siempre lo vestía como un muñeco haciéndole quedar en ridículo.

Ellie soltó una carcajada.

—Me lo imagino, mi hermano odiaba esa forma de vestir a los niños también.

—La familia Norton no podía darse grandes lujos aunque vivían bien. Y consiguieron siempre darle la mejor educación al pequeño Sean. Amor, respeto, solidaridad, confianza y la constancia necesaria para alcanzar los sueños fueron la clave en la vida del pequeño.

Sintió a Ellie suspirar profundamente.

Y su respiración se acompañó por completo. El médico consiguió que se quedara dormida.

Sonrió satisfecho y decidió continuar con la historia en tragos cortos para que Ellie, poco a poco, se acercara más a él.

«Constancia para alcanzar los sueños» recordó a su padre.

La tendría, porque Ellie representaba el máximo sueño que había tenido en su vida, incluso mayor del que persiguió para convertirse en el médico que era hoy en día.

Cuando Ellie abrió los ojos de nuevo, la habitación estaba a oscuras pero se llegaba a colar un poco de luz a través de la separación de las cortinas.

Se sentía descansada.

Vio el reloj y se estiró. Pensaba que había dormido más tiempo, sin embargo, el reloj le indicaba que solo pasaron unas tres horas desde que Sean se pusiera a contarle la historia del pequeño Sean en Nueva York.

Reconocía que gracias a eso consiguió calmarse.

Recordó el momento en el que el médico la acunó en sus brazos y sintió una extraña mezcla de emoción, ansiedad y también incomodidad.

Le parecía incómodo que se sintiera tan a gusto junto a Norton.

Mientras entraba al baño para seguir su rutina diaria de aseo, pensó en que la compañía de Norton le estaba haciendo bien, sobre todo en esos momentos en los que las noches parecían querer engullirla con su oscuridad absoluta.

También recordó el día en el que tomó las pastillas y negó con la cabeza.

Un poco por la mala experiencia que llevaría en sus recuerdos para siempre, la sensación de vacío; de estar siendo engullida por la oscuridad tal como le ocurría por las noches y por lo cual acababa llorando; y además de la mala experiencia, no dejaba de preguntarse ¿Por qué diablos llegó a intentar quitarse la vida? si ella no era esa clase de personas.

Sería la primera pregunta que le haría a su terapeuta ese día.

Su primera consulta oficial empezaba ese día y se sentía nerviosa porque no sabía cómo saldría todo. De eso dependía que el médico le diera la libertad absoluta o no.

Cuando llegó a la cocina se encontró con Leah, su padre y Sean.

—Buenos días —saludó a los presentes con vergüenza. Sabía que estaban allí para darle apoyo pero le parecía que estaban siendo un poco exagerados.

Leah la abrazó, al igual que lo hizo su padre y Sean le hizo un guiño de ojo que la hizo sentir más avergonzada.

No quería darle alas a Sean a pesar de que a veces parecía sentirse bien a su lado, como la noche anterior que se quedó dormida entre sus brazos.

«Cosa que no puede suceder de nuevo, Ellie, él tiene sentimientos por ti que tú no tienes por él» pensó.

—¿Cariño, me escuchas? —Edmond Griffin le hablaba a su hija con diversión.

—No, papá, lo siento, estaba abstraída en mis pensamientos, ¿qué me decías? —vio a su alrededor con nerviosismo mientras recibía una taza de café

por parte de Sean que la miraba con intensidad.

—Te decía que estás demacrada. ¿Hace cuánto tiempo que no te tomas unas vacaciones?

Ellie le dio un sorbo a su café y recordó lo bien que le hacen sentir esos pequeños placeres por la mañana.

—No sé, padre. Quizá son tres años que no tomo vacaciones.

—Pues te vendrían muy bien.

Ellie negó con la cabeza. Era impensable, no con todo el trabajo que tenían en la oficina y no con las consultas semanales con el terapeuta.

—¿Por qué no? —preguntó Leah mientras se acariciaba la barriga con movimientos circulares. Y por encima de eso, estaba su amiga y su embarazo. No la dejaría sola.

—Tu barriga, nuestra empresa y el terapeuta.

Respondió Ellie pensando que no daría oportunidad para una réplica.

—Mi barriga no puedes cuidarla tú, para eso tengo a mi marido y al obstetra que vigilan mi embarazo. La empresa va muy bien sin ti —Ellie frunció el ceño—, tenemos equipo entrenado para que todo avance sin tener que estar nosotras presentes. Además, mis padres han estado ayudando. Así que eso, está cubierto. Y por el terapeuta pierde cuidado, que no creo que se niegue a que te vayas de vacaciones y además pueden seguir manteniendo las sesiones por Skype.

Ellie sintió que no tenía escapatoria.

Se relajó y bebió un poco más de su café.

Tenían razón, unas vacaciones no le vendrían mal.

—Lo conversaré con el terapeuta y después tomaré una decisión.

Cuando Ellie entró al consultorio del Dr. Anderson, se sintió como si estuviese entrenando a la casa de un amigo al cual tenía mucho tiempo sin ver.

No sabía cómo explicarlo; estaba convencida de que nada era como se lo había imaginado.

Desde que le indicaron que debía asistir a consulta con un terapeuta una vez por semana debido a su intento de suicidio, Ellie pensó que iría a una sala en la que haría un monólogo siendo observada por un único espectador que si le parecía bien, la declaraba sana; y si no, declararía inestabilidad mental en ella lo que supondría muchos problemas en su vida.

Y nada fue como lo imaginó.

El Dr. Anderson atendía a sus pacientes en la parte baja de su casa, la

cual tenía habilitada como una casa normal. Muy acogedora, por cierto, con una decoración que la hacía un hogar. Nada tenía que ver con la simplicidad y modernismo que se veían hoy en día en consultorios y oficinas.

Las paredes estaban cubiertas con un bonito papel tapiz que combinaba con el beige del sofá y la madera oscura de las sillas que estaban en el área del comedor.

La cocina, parecía algo vieja pero conservaba esa magia que le hizo recordar a Ellie la casa de sus abuelos paternos. Su abuela cocinaba delicioso y pasaba gran parte del día en la cocina.

Anderson la observaba con detenimiento. Era analítico con ella y Ellie reconocía que debía ser así porque era su trabajo.

Prepararon té en la cocina y luego pasaron al salón en el que el médico invitó a Ellie a quitarse los zapatos y sentarse en donde creyera que estaría a gusto.

Ellie eligió el suelo y Anderson se sentó frente a ella con la bandeja entre ellos.

La chica sonrió.

—¿Qué te parece gracioso?

—Esto —vio a su alrededor—. Tenía días pensando que me encontraría una casa de líneas modernas, con poco mobiliario dentro, colores sobrios, mucho blanco.

—Estás describiendo mi consultorio.

Ellie sonrió divertida de nuevo.

—¿Y esto no es tu consultorio?

—No me gusta verlo así —Anderson sirvió el té—. Me gusta pensar en este espacio como una sala de terapia en la que la gente drena sus problemas como cuando se visita a un amigo y este te ayuda con tu carga. Es más cómodo sentir que vienes a la casa de un amigo que a una consulta con tu psicólogo.

—Es cierto —Ellie tomó un poco de su té—. Gracias, está delicioso.

—Es una mezcla de hierbas relajantes que ayudan a las personas a abrirse.

Ellie lo vio con vergüenza.

—Hace unas semanas intenté suicidarme, doctor —lo soltó sin pensarlo, necesitaba hacerlo.

Anderson asintió con la cabeza, dio un sorbo a su bebida y luego la vio a los ojos.

—Yo soy un amigo nuevo, Ellie, tienes que contarme la historia desde el principio —sonrió—. Soy muy curioso.

—No nos bastará una hora de sesión —aseguró Ellie.

—No tengo más citas por hoy, así que el tiempo no es un problema. Sin embargo, no pretendo que me cuentes todo hoy si no quieres. Iremos poco a poco.

—Eres muy diferente a lo que me imagine de un psicólogo.

—Lo soy. No me gusta usar el mismo método mecánico que los demás. Este sistema me ha funcionado mejor.

Ellie asintió de nuevo mientras se frotaba las manos en las piernas con nerviosismo.

—Es una suerte entonces que me hayas tocado —ambos rieron—. ¿Tengo que contarte toda mi infancia?

—Sería bueno. Podrías empezar contándome ¿qué te recuerda la cocina de esta casa? Pude darme cuenta de que algunos recuerdos buenos llegaron a tu mente cuando entraste en esa habitación.

—Así es. Recordé a mi abuela paterna. Su cocina era similar y siempre te rodeaba un agradable aroma cuando estabas allí con ella. Tengo pocos recuerdos de ellos, pero los agradezco. De mis abuelos maternos no tengo ninguno.

—¿Murieron a temprana edad? —Ellie asintió entristecida.

—Mi madre comenta que eran buenas personas aunque no habla de ellos como mi padre habla de los suyos.

—¿Y cómo ha sido la relación con tus padres, Ellie?

La chica levantó los hombros.

—No puedo decir que sea mala, pero no ha sido fácil. Mi madre es controladora en exceso y desde que nacimos quiso asumir el control de nuestras vidas. Mientras éramos pequeños pudo hacerlo. Luego, empezamos a rebelarnos y bueno, no ha sido fácil librarnos de ciertas costumbres aunque lo hemos ido consiguiendo.

—Vives sola, supongo.

—Vivía sola, antes de intentar la estupidez del suicidio. Ahora parece que tengo un perro guardián —Anderson no pudo evitar reír ante la expresión en el rostro de la chica—. Parece que creen que me voy a intentar matar de nuevo.

—Es lo normal, es lo que la gente suele creer que pasará. Y de hecho, son muchos los casos en los que pasa.

—No en el mío, doctor.

—¿Y eso por qué crees que es así?

—Porque sé que lo que hice fue una estupidez y estoy agradecida de que mi mejor amiga me consiguiera a tiempo para traerme de nuevo a la vida —hizo un silencio—; aunque me sigo sintiendo rota por dentro. Pero no rota en el sentido de que mi vida ya no vale nada. No. Antes lo confundí y ahora puedo darme cuenta de que seguiré estando rota el resto de mi vida en cuanto a mis

sentimientos, en cuanto a las relaciones amorosas. Puedo seguir viviendo aun sin saber si podré olvidar a Danny algún día.

Sintió que su voz se quebró e intentó recomponerse.

—¿Cómo fueron tus relaciones amorosas antes de Danny?

—Pasajeras. Nada que tenga importancia recordar.

Ellie empezó a contarle a Anderson cómo conoció a Danny y cómo empezaron a darse las cosas entre ellos sin darse cuenta.

«Sin darse cuenta para Ellie» pensó Anderson, porque el tal Danny estaba muy claro desde el principio en que no abandonaría a su esposa.

Esa era una terapia clásica para Anderson.

—Un día me estaba prometiendo dejar a su mujer y al siguiente lo vi saliendo de la casa de su suegra con su mujer y el hijo que esperan —Ellie sintió un nudo en la garganta— o que quizá ya tuvieron porque la barriga de ella estaba muy grande.

Anderson la vio con compasión.

—¿Qué sentiste cuando los viste, Ellie?

—Rabia. Pero no con él. Conmigo, por idiota por no querer darme cuenta de una realidad que estaba ahí frente a mí. Y por eso hice lo que hice. Aunque en el momento pensaba que lo hacía porque no soportaría la vida sin Danny —Ellie se desinfló—. Como le dije antes, la soportaré aunque creo que no podré olvidarlo. Danny se me clavó tan fuerte en el alma que dudo que pueda sacarlo de ahí.

—¿Te has planteado la posibilidad de que puedas volver a verlo?

Ellie negó con la cabeza y la mirada la delató. Sintió que no podría soportar verlo de nuevo.

—No lo soportarías porque ¿podrías caer de nuevo en sus brazos o porque serías capaz de reclamarle por todo lo que te hizo sufrir?

Ellie bajó la mirada avergonzada.

—Caería de nuevo, doctor.

—Es lo normal —aseguró el con tranquilidad—. Así que no tienes nada de qué avergonzarte. El tiempo es sabio, Ellie, y cura las heridas. Nos permite ver cosas que en el momento nos negamos a ver. Así que confía en este proceso que verás que en unos meses, todo estará bien.

—Eso espero, por lo pronto quiero volver a mi vida con normalidad sin nadie que me vigile. ¿Cree que pueda hacerlo ahora o es mejor lo que me sugiere mi familia que me vaya de vacaciones?

—Yo creo que poner un poco de distancia, cambiar de ambiente, despegarte de lo que te recuerde a Danny te daría un poco de claridad y te ayudaría mucho.

Ellie suspiró resignada.

—Tomaré vacaciones entonces. Quizá alguna playa en el Caribe. Tengo muchos años intentando conocer Aruba y nunca he podido hacerlo. ¿Nosotros podríamos seguir las consultas por Skype?

—Por supuesto. Las seguiremos dejando para el mismo día a la misma hora, me gusta seguir patrones y rutinas —Ellie asintió seria—, sin necesitas algún cambio de día, podríamos ajustar la agenda, o tal vez alguna consulta extra o de emergencia... —la vio pensativo—, ¿con quién te irás de vacaciones?

—Sola.

Anderson hizo una mueca de disgusto.

—No lo creo conveniente. No por el peligro de lo que puedas hacer si no que más bien que en estos momentos necesitas compañía para que te sirva de soporte en cuanto aparezcan los sentimientos de vacío y rabia que la situación con Danny creó en ti. Lo extrañarás, habrá momentos en los que lo necesitarás y si estás acompañada para poder desahogarte, será mucho mejor.

Ellie asintió.

—Quizá el viaje tendrá que esperar entonces, los que quisiera que me acompañasen están todos ocupados. Mi mejor amiga está esperando un bebé y no puedo pedirle que me acompañe a un viaje así —Ellie vio el reloj, tenía dos horas y media con Anderson y empezaba a sentirse agobiada de hablar de su pasado y sus sentimientos hacia Danny—. ¿Podemos dejarlo por hoy?

—Por supuesto.

Ellie tomó el móvil y envió un mensaje.

—Tengo que avisar a todos los que quieren venir a recogerme.

Ambos rieron.

—Lo hacen porque te quieren. Y es genial tener a alguien que nos quiere cerca para poder contar con ellos cuando sea necesario.

Ellie recordó que esas mismas palabras se las dijo Sean a Leah el día que su amiga se lastimó la frente mientras empacaba sus cosas para mudarse desde Nueva York a Arlington.

Un motor frente a la casa le indicó a Ellie que era la hora de salir de ahí.

Anderson le acompañó hasta la puerta y cuando abrió saludó a Norton con efusividad.

—¿Cómo es que llego a encontrarte aquí? —Anderson veía a Norton con real sorpresa. Por su parte, Sean lo veía con normal alegría y luego vio a Ellie con dulzura.

—La vida hace que uno cambie de ambiente —le sonrió a Anderson con complicidad y el psicólogo entendió muy bien el mensaje. Sean, su buen amigo de la universidad, del que tenía mucho tiempo sin saber, ¿Estaba en Boston, por

su paciente?

—Deberíamos ponernos al día, son muchos los años que tenemos sin vernos —comentó divertido el psicólogo observando la reacción de Ellie ante la mirada de Sean. Estaba claro que sus sentimientos estaban un poco revueltos en ese momento pero cada vez que su mirada cruzaba con la de Sean, la chica se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja y veía hacia su lado izquierdo buscando evadir la mirada de Sean Norton. ¿Qué ocurría allí?

—¡Sería genial! ¿Cómo está tu familia? —Norton supo que Anderson se había casado y que tenía dos niños para entonces, vivían en DC.

—La madre de mis hijos y yo nos divorciamos hace varios años. Los niños ahora son preadolescentes y están muy bien. Los veo cada cierto tiempo. Ellos siguen en DC ¿Veo que tú también te divorciaste?

—Así es, hermano. Afortunadamente —Sean volvió a ver a Ellie que le sonrió a medias y con nerviosismo.

—¿Y tus padres? —Anderson recordó a los padres de Sean con cariño. Muchas noches se quedó con ellos a cenar mientras estudiaban para algún examen. Anderson vivió toda su vida en Boston hasta que le tocó ir a estudiar medicina a Nueva York.

—Bien, esos dos sí que saben vivir la vida en grande. Papá se retiró hace unos años y decidieron ir a vivir al Caribe —Ellie lo vio con sorpresa y Anderson con picardía a ambos. No sabía cuál era la historia entre ellos, pero el simple hecho de que su amigo estuviese allí y no en Nueva York ya decía lo mucho que le importaba la chica—. Tienen una bonita villa en Aruba, una isla encantadora.

Anderson le dedicó una mirada a Ellie que ya se mostraba curiosa.

Y agradeció que fuese ella la que hizo la siguiente pregunta porque habría quedado muy mal de su parte como profesional.

—¿Has estado allí? —A Sean se le iluminó la mirada y asintió con la cabeza—. Acabo de decirle al doctor que quisiera ir allí de vacaciones.

—¿Y? —Sean buscaba aprobación.

—A mí me parece una excelente idea que se tome un par de semanas para desconectarse de todo y pensar en lo ocurrido. La única condición que le he puesto es que no vaya sola —Anderson se metió las manos en los bolsillos de su pantalón viendo con complicidad a su amigo.

—No tendrá que hacerlo porque yo estoy de vacaciones hasta nuevo aviso, además me conozco muy bien la isla.

—Pero... —Ellie intentó protestar y fue cuando Leah le llamó para que corriera a sentir al bebé moviéndose en su barriga. Ellie no se podía resistir a esas peticiones y fue con su amiga.

—¿Cómo la encontraste?

—Bien, Sean. Tiene una gran herida que sanar pero estará bien. ¿Eres a quién ella llamó perro guardián?

Sean sonrió divertido.

—No la he dejado sola ni un minuto. Cuando la vi entrando en urgencias —dejó de hablar porque sintió que el miedo de aquel día se le instalaba de nuevo en el pecho.

—Estás trabajando aquí, en Boston —Anderson cambió de tema al notar la angustia en el rostro de su viejo amigo. Sean tenía un serio interés en esa chica.

—Pedí traslado después de conocer a Ellie, no sabía su historia con el imbécil. Nadie lo sabía, de hecho.

—Llévala de viaje. Estoy seguro que será una buena oportunidad para ambos —le dio una palmada en la espalda—. Yo nunca te recomendé esto, no lo olvides. Soy su psicólogo y también tu amigo. Cualquiera día pasa por aquí para poder ponernos al día y tomarnos algunas cervezas; cierro el consultorio después de las 7 p. m

—Lo haré. Gracias —otras palmadas resonaron en las espaldas de ambos y luego se despidieron.

Sean no podía estar más feliz.

Su plan, sin quererlo, estaba saliendo mejor y más espontáneo de lo que pensaba.

Capítulo 6

Después de la primera visita de Ellie al doctor Anderson, Sean notó una mejoría súbita.

Aunque sospechaba que fuese real.

Estaba convencido de que tampoco la fingía. Lo más probable era que ni la misma Ellie fuera consciente de esa falsa alegría que la envolvía en esos días.

Sean siguió con su plan con mucha cautela porque no quería que un paso en falso le echara a perder todo lo que había logrado con Ellie hasta el momento.

Vivían como amigos que comparten casa. Se sentía como en su época de estudiante aunque claro, su cuerpo no reaccionaba de la misma manera cuando veía a Ellie salir del baño a cuando vio a Anderson en la mis situación muchos años atrás.

Y practicar el auto control con esa mujer tan cerca era todo un reto. Que hasta los momentos, llevaba de manera «decente.»

En tan pocos días estando juntos, empezaba a conocer a Ellie más de lo que ella misma creía conocerse.

Sabía sus gustos; lo que podía alegrarla y también, lo que podía entristecerla, apartando la mala experiencia que tuvo con el imbécil al que todavía no le hacía una visita.

Llamó a sus padres para avisarles que irían y, tal como esperaba, ellos estuvieron encantados de recibirles. Su madre empezó a hacerle un extenso interrogatorio sobre Ellie que él se limitó a responder con las cosas básicas. Sin embargo, si le advirtió a Dalila Norton que no atosigara a Ellie con sus cosas porque necesitaba descansar.

A lo que esta le pregunto: «¿Tengo que alegrarme de eso? ¿Su necesario descanso es porque voy a ser abuelita?» Y como Sean lo último que quería era hacer sentir incomoda a Ellie, le pareció que una dosis de la verdad le vendría bien a su madre. Lo resumió todo a «algo muy estúpido que hizo y no quiero perderla, mamá, así que por favor, les pido que no hagan o digan ninguna tontería» Sabía que Dalila no se conformaría con eso, pero por lo menos la aguantaría hasta que pudiera conversar bien con ella a solas.

Mientras menos compasión le demostraran sus padres a Ellie, menos ella pensaría en lo que hizo y por quién lo hizo.

Su prioridad era que Ellie se olvidara de Danny de una maldita vez y empezara a verlo a él con otros ojos.

Ya al menos la hacía reír con mucha frecuencia y eso era muy bueno porque bien sabía que la risa curaba todos los males que la medicina no alcanzaba a curar.

Aquella mañana decidió poner en orden su vida laboral y organizar el viaje del cual no volvieron a hablar después de salir de casa de Anderson, al cual le debía una visita. También lo apuntó en su agenda.

Redactó un correo electrónico para el jefe del hospital consultando sobre su situación y cuándo podría reincorporarse a su trabajo.

Necesitaba saber fechas para así poder planificar bien todo.

Vio el reloj, aún era temprano, había chequeado a Ellie un rato antes y dormía profundamente. Tal como lo hacía ahora.

Se sintió tentado a espiarla de nuevo; sin embargo, no era buena idea. A la chica empezaba a agradarle su compañía, era mejor no tentar a la suerte.

Llevaba tres noches sin despertar de manera repentina llorando a cántaros. Era bueno, aunque Sean sabía que no era definitivo.

Empezó a preparar el desayuno y después de un rato, sintió que Ellie se despertó y se metió en el baño.

Minutos más tarde salió vestida con ropa deportiva, una cola de caballo que recogía esa rubia melena que tanto le gustaba y también traía cara de comerse a un león si se lo servían en ese momento.

Sean sonrió.

—Buenos días.

—¡Madre mía! ¿Quieres matarme con ese olor?

Sean arrugó la nariz con desaprobación y Ellie le sonrió con vergüenza.

—Lo siento, no hablo de muerte en el sentido exacto de la palabra, ¿lo entiendes, verdad?

Sean asintió cogiendo un trozo de bacon y llevandoselo a la boca.

—Lo entiendo, sin embargo, no me gusta cuando tú hablas de muerte.

Ellie tomó asiento en la barra de la cocina. Le gustaba sentirse atendida por Sean.

Él le sirvió un poco de huevos revueltos, le extendió una cesta con pan tostado y ella tomó una rebanada.

—Sean, ¿por qué haces todo esto por mí si sabes que no tengo ni tendré sentimientos por ti?

—No te preocupes, que lo que siento por ti es tan inmenso, que es capaz de servir por tu cuota y la mía.

Ambos rieron.

Ella no dejaba de observarlo con compasión.

—Y deja de verme así.

—Es que no quiero que pierdas tu tiempo conmigo.

—No lo estoy perdiendo, ese es tu punto de vista. Desde mi punto de vista, lo estoy invirtiendo en una buena causa y además, tienes que aguantarte mi presencia el tiempo que yo diga porque me lo debes.

Ellie negó con la cabeza y su semblante cambió por completo.

No le gustaba hablar de su madre últimamente.

—Ayer me llamó. Me exigió que fuera a verle porque mi padre y mi hermano le prohibieron que viniera aquí.

—Lo más lógico.

—Te llamó «médico de pacotilla».

—No me extraña —acotó con rapidez Sean y después tomó un poco de su jugo de naranja.

—¿Cómo es que puedes tomarlo con tanta calma?

—No es mi madre y muy a pesar de que le agradeceré siempre el haberte dado la vida, no tengo porqué cumplir todos sus deseos.

—O caprichos.

—Exacto. Hablando de padres —Sean se atrevió a cambiar de tema porque la madre de Ellie solía ponerle de mal humor—. Ayer hablé con los míos y estarán encantados de recibirnos en Aruba un par de semanas.

—¡Wow! Creo que vas muy rápido Dr. Norton.

—¿Te parece? —Ellie lo vio con suspicacia—. No te estoy llevando a una cena formal en casa de mis padres. Si prefieres, nos quedamos en un hotel.

—Yo podría quedarme en un hotel, he estado investigando y hay uno que tiene una playa privada con unos flamencos de verdad que van paseándose a tu lado mientras tu solo disfrutas de la tranquilidad del mar y de alguna deliciosa bebida que te preparen. Y tú, podrías quedarte en donde tus padres si lo que quieres es pasar tiempo con ellos.

—No. Y no le des vueltas porque bien sabes que no voy a dejarte sola.

—Ya me siento mejor, creo que las terapias con Anderson serán muy buenas para mí.

—Solo llevas una y... —Sean se cortó de inmediato pero después de soltar el aire decidió que le diría siempre a Ellie todo lo que pensaba—. Creo que es una mejoría superficial.

Ella lo observó con duda.

—¿Por qué lo dices?

—Hace unas semanas intentaste suicidarte, Ellie. Yo mismo te vi —el doctor no pudo disimular la angustia que creció en sus ojos recordando aquel

terrible momento de su vida.

Ellie se dejó abordar por la vergüenza de nuevo y en ese momento, sintió una ráfaga de ternura al ver a Sean sumergido en una preocupación pasada que le seguía afectando mucho.

—De verdad, lo siento. Nunca quise hacerte sentir así.

—Lo sé, Ellie. No te estoy culpando de nada. Solo te pido que no te dejes vencer si tienes otro ciclo de noches sin dormir y llantos por el dolor que él te causó.

Ellie asintió con la mirada clavada en su plato y Sean se convenció de que habrían muchas recaídas.

Sean resopló.

—¿Qué te parece si programamos el viaje para después de tu segunda consulta con Anderson?

Ellie solo levantó un hombro.

Sean estiró la mano y la puso encima de la de ella sintiendo tantas cosas en ese simple contacto. Lo que más le gustó fue el destello de sorpresa y emoción que vio en la mirada de ella. No había incomodidad por su parte, bueno, no los primeros segundos porque en cuanto se dio cuenta de que experimentaba algunos sentimientos que no comprendía, Ellie se tensó bajó el contacto de Sean y removi6 un poco la mano para separarse de él.

—Si no quieres ir no vamos, Ellie. No pienso obligarte a nada. Al igual que si en unos días, Anderson dice que estás mejor, hablaré con tu padre para que sea él quien tome mi puesto.

Ellie sintió verdadera incomodidad con esa idea.

—¿Me estás sugiriendo que me vaya con mi padre a Aruba? —dijo ella irónica.

—Si eso te hace sentir mejor, sí.

—Bueno, tampoco exageremos, lo que no quiero es irme contigo a Aruba y quedarme en casa de tus padres.

—¿Por qué no?

—Porque no, Sean. Nada más imagínate la idea que se van a hacer de nosotros. Pensarán que estamos enamorados.

—Mejor que no piensen eso —dijo él sarcástico despertando la confusión en ella y eso le gustó. Siguió exagerando la situación que sabía que no iba a ocurrir por la simple razón de que en casa de su madre solo había dos habitaciones y él no pensaba dormir dos semanas en el sofá cama del salón—. Bruce y Dalila no evolucionan con los tiempos modernos y las parejas así tienen unos pensamientos bastantes chapados a la antigua. Tu sabes, que es su casa, que somos un hombre y una mujer, que debemos estar lo más separados posibles y

hasta es probable que acaben montando guardia por las noches para que no nos escapemos de nuestras habitaciones.

Ellie soltó una carcajada que le iluminó el rostro y Sean se sintió feliz.

—No terminan de entender que no soy un adolescente y que tú, no eres mi novia.

Ella se sonrojó.

—Supongo que se lo explicaste, ¿no?

—Por supuesto que les he explicado miles de veces que no soy un adolescente pero no acaban de entenderlo.

Ellie lo vio con suspicacia.

—Sean.

—¿Qué?

—¿Y lo otro?

—¿Qué?

—Lo de que yo no soy tu novia, ¿se los explicaste?

Sean la vio divertido.

—Se lo tendremos que demostrar cuando estemos allá.

Ellie negó con la cabeza y aunque acompañó a Sean en sus carcajadas, no dejó de sorprenderse ante el sentimiento de comodidad y complicidad que la embargó al pensar en el viaje que estarían próximos a hacer.

En la víspera de su nueva consulta con su terapeuta, Ellie Griffin no se sentía tan bien como en los días anteriores.

No sabía qué debía esperar de esa cita.

Un nudo se le alojó en la garganta y sintió como si alguien le retorciera el interior de la boca del estómago.

¡Maldito Danny!

Una ira incontrolable empezó a dominarla. ¿Lo odiaba?

Asintió y reconoció su respiración que empezaba a acelerarse.

Se sentó en la cama, todo estaba oscuro y recordó el abismo en el que se sintió caer cuando se tomó las pastillas.

Sintió náuseas y corrió al baño. Devolvió lo poco que había en su estómago desde que cenó horas antes en casa de Leah.

¡Maldito Danny!

Habló de él con su amiga. Se sinceró y le contó toda la historia.

Cada beso, cada caricia.

Cada promesa.

Nauseas de nuevo y esta vez solo consiguió arcadas. Ya no le quedaba nada en el interior del estómago.

Sintió las lágrimas salir una vez más de sus ojos y empezaba a cansarse de llorar por un hombre tan imbécil como Danny.

Después de lavarse la boca, se vio en el espejo. Había cambiado tanto desde que intentara quitarse la vida.

Su rostro no se veía brillante y lozano como siempre, sus ojos perdieron la ilusión.

Caminó como zombi hasta su cama, las lágrimas seguían saliendo a borbotones.

Danny no solo le rompió el corazón, también consiguió robarle su fe en el amor.

Cerró los puños de nuevo y sintió una presión en el pecho que necesitó liberar pensando en voz alta:

—¡Maldito Danny! —gritó y no se sintió completamente satisfecha. Se colocó de rodillas sobre el colchón y empezó a golpear una de sus almohadas con ímpetu.

Le había colocado un blanco a esa esponjosa almohada.

Veía el rostro de Danny y eso ayudaba a obtener más fuerzas para golpear sin contemplaciones.

No se daba cuenta de que también estaba gritando con desespero mientras golpeaba todo a su paso porque se dejó cegar por la rabia y el dolor.

Solo consiguió detenerse cuando Sean apareció en su habitación y la inmovilizó apretándola en un abrazo que cercó sus brazos y sus piernas.

Ella se removía como una culebra mientras Sean ejercía más presión y le hablaba en voz muy baja.

Ellie entendió que Sean no le dejaría en paz y unos minutos después se dio por vencida dejándose arrastrar por la tristeza más cruda que podía sentir un ser humano en su interior y solo cuando se relajó, Sean soltó un poco para que se pudiera mover cosa que hizo de manera inconsciente, dándose la vuelta y refugiándose en el pecho del hombre.

Lloró durante mucho rato, como una niña pequeña a la que separaron de un ser querido.

Sean no pudo evitar sentir lástima por ella, rabia también. Inmensa. Que lo obligó a no saltarse la promesa que se hizo a sí mismo de ir a casa del mal nacido y darle un merecido. En un principio pensó en esperarlo a la salida de la oficina; ahora, tras ver el sufrimiento de Ellie, sabía que ese hombre se merecía la soledad y él mismo se encargaría de ponerla en su camino.

Apretó contra sí a Ellie que se aferró a él como si no existiera nada más

en el mundo.

Suspiró y le dio un beso en la coronilla. Aquel momento era lo que él quería, claro, sin las lágrimas ni la tristeza por culpa de otro. Él quería demostrarle a Ellie que podía conseguir sentirse amada de nuevo y veía la cuesta cada vez más empinada pero si algo tenía el doctor Sean Norton era que no se dejaba vencer por nada ni por nadie.

Ellie intentaba calmarse aunque le estaba costando trabajo. En ese momento, cuando recapituló lo ocurrido, sintió vergüenza de que Sean la viera así de nuevo. Y a pesar de que sentía que no era una situación justa para él, agradeció que estuviese allí apoyándola y cuidando que sus emociones no la lastimaran una vez más.

Actuó con rapidez cuando la inmovilizó, reconocía que aquel gesto apaciguó su ira y ahora, cuando sentía los latidos del corazón de Sean, se sintió protegida y el compás tranquilo de su respiración le estaba dando la calma que buscaba. Hipaba a causa del llanto pero se sentía tranquila.

Sin darse cuenta, Danny se desvaneció de sus pensamientos dejando sus sentidos alerta.

El olor de Sean tan varonil invadió sus fosas nasales e hizo una fuerte inspiración para absorber todo cuanto pudiese de aquel agradable aroma.

Él la seguía abrazando y de vez en cuando, le daba un beso tierno en la coronilla.

Ellie no sabía qué era lo mejor en ese momento.

Estaba tan confundida con todo lo que ocurría en su vida que lo único que quería era dejarse llevar por lo que sentía en el momento. Y en ese instante se sentía tan bien y tan cuidada entre los brazos de Sean que no pensó en apartarse ni un milímetro.

Él tampoco quería romper ese momento que era mágico a pesar de la tragedia que reinaba en el interior de su amada.

Ambos suspiraron.

—Gracias.

La voz de Ellie salió de su garganta como un susurro.

Sean solo le dio un beso más en la coronilla.

Ellie notó que le gustaba ese gesto de él.

Recordó la historia que Sean le contó en las noches en las que sufrió de ataques de llanto después de que regresara del hospital.

—¿Te gustaría contarme más de esa historia que me contaste hace unos días? —ella le preguntó con tiento.

Sintió a Sean sonreír a medias.

—¿En dónde nos quedamos?

—Creo que en que Sean creció en una familia como pocas. Tuvo suerte ese niño. Ya me gustaría a mí tener una familia así.

Sean bufó.

—Tu padre es un encanto, Ellie; y tu hermano es como yo hubiese sido con mi hermana pequeña de haberla visto crecer.

Ellie se removió para verlo a los ojos.

Percibió por primera vez la tristeza en el rostro de Sean.

—¿Qué le ocurrió?

—Un parto que se torció y murió al nacer.

—Lo siento.

—Yo también, me habría gustado tenerla y cuidarla.

Ellie le sonrió de una forma que Sean consideró diferente.

—Eres bueno cuidando a la gente. Creo que todo lo que pueda estar mejorando ahora es gracias a ti. Eres como un nuevo hermano.

Sean resopló divertido.

—No lo digas ni en juego, Ellie. Te cuido de la manera en la que lo hago no porque te vea como a mi hermana —se vieron de nuevo a los ojos—. Lo entiendes, ¿no?

Ellie evadió la mirada y Sean no insistió en el tema pero si no pudo dejar de sentir incomodidad ante su comentario. ¿Su hermano? Aquella percepción debía cambiar pronto porque no quería que Ellie tomara el camino equivocado. Era cierto que no quería presionarla y tampoco quería que lo viera como a un hermano, no conseguiría conquistarla jamás.

—Sean creció y se convirtió en un joven apuesto que levantaba suspiros al pasar por los pasillos de la escuela.

Ellie rio.

—Tienes un auto estima poderosa.

—No, cariño. Nada tiene que ver mi auto estima en esto, deberías venir conmigo un día al hospital y ver cómo me miran algunas enfermeras.

Ellie se removió de nuevo y buscó su mirada.

Sean reconoció la curiosidad en ella.

Se relajó. Ellie creía verlo a él como a un hermano, sin embargo, estaba claro que sus sentimientos empezaban a verlo de otra manera y ella aún no se daba cuenta al completo.

—Son muchas —siguió pinchando su curiosidad—. Las de aquí se portan muy bien. Las de Nueva York me dieron algunos dolores de cabeza. Sobre todo con mi ex mujer.

Entonces notó de nuevo la curiosidad en Ellie.

Sonrió en su interior.

—No nos adelantemos a la historia —la obligó a ocupar su puesto de nuevo, entre sus brazos, dándole algunos besos en la cabeza y haciéndola sentir especial. Ella no opuso resistencia—. Sean, en su adolescencia, tuvo varias novias. Aunque solo una consiguió hacerse un hueco muy especial en su corazón. Una chica rubia, que siempre llevaba los labios pintados de rosa pálido. La inocencia de ella y su sonrisa era lo que más le atraía. Sean era el capitán del equipo de béisbol y se le daba muy bien. Además, lo hacía más popular con las chicas que algunas no entendían que existía una línea, incluso a esa edad, entre ofrecerse y conquistar.

—Es interesante que pienses así.

—Nunca me han gustado las mujeres que me lo ponen fácil. Déjame seguir recordando mis viejos tiempos que se siente muy bien recordar que era lo más popular que tenía la escuela.

—Era un asco. A mí nunca me gustó ser la popular pero era la hermana de Ryan y no tenía muchas alternativas más que asumir la popularidad adquirida. Sean sonrió.

—Espera tu turno para contarme tu historia, ni creas que te vas a salvar.

Ambos sonrieron.

—La primera chica de Sean se llamó Adelaide. Sigue siendo tan encantadora como en aquel tiempo, solo que ahora vive en Washington State, es ama de casa; tiene una familia numerosa y un marido que la adora. Fue gracias a Adelaide que Sean conoció lo que era enamorarse de alguien, sufrir por ese amor, sentir emoción al ver a la persona que te roba las sonrisas. En aquel momento sentía que ella era su verdadero amor. Y estuvo bien pensarlo así porque fue el primero y creo que todos los primeros amores se merecen un puesto especial —Sean hizo una breve pausa recordando aquellos días—. Después de asistir al baile de graduación y separarse a causa del trabajo del padre de Adelaide, que los obligó a marcharse a Washington State, Sean quedó con el corazón un poco lastimado. Pero venía un gran cambio para él con el comienzo de la universidad. Fue admitido en Columbia y sus padres no podían sentirse más orgullosos.

Ellie respiraba ya con tranquilidad. Empezaba a amanecer y Sean sabía que debían levantarse pronto porque les esperaba un día ocupado.

—No pares.

—No lo haré. Solo quiero disfrutar del silencio junto a ti por unos minutos antes de levantarnos. ¿Crees que podemos hacerlo?

Ellie no respondió con palabras pero al acercarse más a Sean le dejó saber que aprobaba su idea y el médico se sintió rebotante de felicidad.

Ellie olía a hogar. A esperanza. Sin saberlo de forma consiente, la chica

lo llenaba de tantas maneras que a veces lo abrumaba.

Era perfecta.

Era lo que necesitaba en su vida.

Era el amor de verdad, lo que tanto había deseado conocer, finalmente se estaba manifestando en su vida aunque todavía le quedara un buen camino por recorrer hasta conquistar a Ellie por completo.

Capítulo 7

—¿Cómo has estado esta semana, Ellie? —El doctor Anderson se sentó frente a ella, sobre la alfombra del salón de la planta baja de su casa.

Ellie levantó los hombros con la cabeza gacha y los ojos clavados en esa deliciosa fragancia que salía de su humeante taza de té.

—¿Cómo va el negocio?

—Bien, no he estado allí mucho tiempo. Leah y los demás no me dejan.

Anderson bebió un sorbo de su té.

—¿En qué has invertido tu tiempo estos días, entonces?

—Haciendo actividades al aire libre con Sean. Ese hombre tiene una fuente de energía inagotable.

Anderson sonrió con diversión porque Ellie acababa de describir a Sean muy bien. Le encantaba estar de paseo en cada rato libre que tenía. No lo culpaba, su profesión lo obligaba a cambiar de ambiente de manera drástica.

—Para ser médico de urgencias y sobrevivir, debe tener una fuente de energía inagotable. Siempre le han gustado las actividades al aire libre. De seguro que te llevó al parque varias veces y tuvieron largas caminatas en silencio.

Ellie sonrió.

—Pensé que era una táctica de él para tener más cercanía conmigo y hacer que yo hable más con él de lo que ocurrió con Danny.

Anderson la vio con compasión.

—Es probable que sea una técnica, Sean siempre ha sido un hombre de técnicas y planes en cuanto una mujer le gusta —Ellie lo vio con falsa sorpresa—. Vamos, Ellie, es nuestra segunda consulta pero soy bueno en lo que hago y es obvio que mi amigo tiene un interés genuino en ti.

Ellie se desinfló como una chiquilla que es descubierta diciendo una mentira.

—Quisiera corresponderle. Hace unos días que lo observaba en la cocina preparando el almuerzo, me pregunté por qué no pude poner los ojos en un hombre como él en vez de ponerlos en un idiota como Danny.

—Porque eso no lo elegimos. Surge solo.

—Vaya puntería que tengo para elegir a los hombres inapropiados.

Danny no es mi primera mala elección.

Ellie hizo una pausa y Anderson aguardó.

—Los tres hombres que han pasado por mi vida me han dejado destrozada, doctor.

Anderson asintió incentivándola a decir más. Era necesario que Ellie empezara a sanar las heridas más antiguas para poder cerrar las más recientes.

—El problema es que soy una soñadora, una celestina que cree en el amor verdadero y que se enamora con la primera atención que le hacen. Y luego, me quedo sola, destrozada, llorando por mucho tiempo un amor que parece que solo yo me imaginé. Yo soy la del problema, eso está muy claro.

Ellie empezaba a hablar con rabia. Era lo normal. El despecho estaba pasando para dejar paso a la rabia que le produce el darse cuenta de que confió en alguien que la traicionó.

—¿Por qué crees tú que eres la del problema? Está claro que, por lo menos Danny, también tiene un problema. Él recurre a la mentira para que confíes en él y le des lo que quiere que es tener sexo contigo porque en su matrimonio hay cosas que están fallando. No puedes adjudicarte toda la culpa de lo que ocurrió porque tú lo único que hiciste fue confiar y entregar sentimientos a cambio de promesas que nunca llegaron.

—¡Yo sabía que estaba casado! He debido imaginarme que nunca iba a divorciarse.

—No siempre funciona así, Ellie. Yo me divorcié; y en mi caso, mi segunda relación, también se terminó.

Ellie lo vio sorprendida.

—¿Usted engañó a su ex esposa?

Anderson asintió.

—Más de una vez y luego me decidí a dejarla y abandonar a mis hijos, por una mujer que me enloquecía y en la que no podía dejar de pensar. Lo dejé todo por ella y sin embargo, ella nunca se sintió segura de mí. No es para menos, empezamos una relación basándonos en el engaño a otra persona, estaba bien justificado que ella pensara que mis llegadas tarde a casa fueran por estar con otra mujer como lo hice con ella mientras engañé a mi ex esposa —Anderson tomó otro sorbo de té mientras Ellie lo observaba con atención—. ¿Tú crees que habrías podido tener una relación sana con Danny si él hubiese dejado a su mujer por ti?

Ellie dudó unos instantes pero luego admitió que no, no habría tenido una relación sana.

—¿Por qué simplemente no puedo olvidarme de él de un día para otro?

—Porque tienes el ego lastimado. No creo que haya sido verdadero amor

lo que sentiste por él. Por lo poco que me has contado de tu pasado, necesitas cariño, Ellie; y buscas atención porque careces de eso en casa. Tienes padres dominantes y aunque crees que te liberaste de ellos, en realidad no lo has hecho porque buscas rodearte de gente similar. Es normal, es como un chip que tienes en tu interior programado para eso.

Ellie sintió que le estaban dando una bofetada con tanta verdad escupida a la cara de una manera profesional y delicada.

—Desde nuestra última consulta me sentí mucho mejor. Estuve bien de ánimo hasta anoche. Desperté de nuevo con la ansiedad de verme absorbida por el hoyo negro que vi antes de caer en el sueño profundo de las pastillas que tomé aquel día. Después pensé en Danny y tal como ahora, cada vez que pienso en él siento una rabia tan grande que si lo tuviera enfrente le reviento el rostro a golpes.

Ellie hablaba entre dientes y tenía los puños cerrados.

—Es normal que te ocurra todo esto, Ellie, tienes que pensar que estás en un programa de desintoxicación y que unos días serán muy buenos y al siguiente vendrá uno muy malo. No tengas miedo, es lo normal.

—No tengo miedo, doctor, pero si siento vergüenza de que Sean me vea así. Ayer tuvo que inmovilizarme porque yo estaba muy alterada. La verdad es que al principio no concebía la idea de tenerlo conmigo a cada momento del día; ahora, Sean es un gran amigo en el cual apoyarme cuando lo necesito —Ellie no se daba cuenta de su cambio de actitud al hablar de Sean, Anderson lo notó de inmediato. Sus músculos se relajaron, la mirada se serenó, la voz salía como una dulce melodía y hasta la vio sonreír con sinceridad—. Anoche, después de todo el episodio y de que le diera las gracias una vez más por ayudarme, le comenté que es como si la vida me hubiese obsequiado otro hermano.

Anderson la vio con suspicacia, Ellie no hablaba de Sean cómo hablaría de su hermano. En la sesión anterior le comentó de su relación con Ryan y se comportó de manera totalmente diferente a pesar de que entendió que la relación entre los hermanos Griffin era excelente.

—¿Y qué te respondió él?

Ellie sonrió divertida.

—Que él jamás podría verme como una hermana. ¿Sabía usted que tuvo una hermana y que murió al nacer?

Anderson asintió.

—Pasé muchas noches en casa de los Norton y su madre me contó la historia alguna vez. Ahora que soy padre, entiendo cuando me decía que nada en el mundo supera la tristeza de la muerte de un hijo —Ellie tragó grueso—. ¿Cómo conociste a Sean? —la curiosidad era más fuerte que su profesionalismo.

Su amigo nunca hablaba de su hermanita que murió y a la que nunca dejó de querer. Era un niño y aquella noticia le creó un trauma.

Ellie le contó cómo se conocieron y a medida que pasaban los minutos y que conversaban más sobre Sean, Ellie se convertía en otra mujer.

Reía a carcajadas recordando todas las veces que se sacudió de encima a Sean, su expresión se volvió soñadora cuando le contó de la convivencia entre ellos y le confesó que se siente muy mal por haberle hecho pasar un susto semejante como recibirla en una camilla en urgencias estando tan cerca de la muerte.

—Cuando alguien menciona ese día o ese momento de mi traslado al hospital, su cara se deforma en una expresión que refleja angustia extrema y dolor.

—No es para menos, Ellie. De estar en su lugar, también me habría asustado. ¿Cómo es que no está trabajando?

Ellie volvió los ojos al cielo y tensó los músculos del rostro, el doctor Anderson lo dedujo de inmediato.

—Mi madre.

Le contó lo ocurrido el día en el que Lauren Griffin habló con el director del hospital y movió los cables adecuados entre sus contactos para que el pobre Sean estuviese suspendido de manera indefinida.

Anderson estuvo de acuerdo con ella en que su madre también necesitaba unas consultas terapéuticas que le ayuden a calmar esa necesidad de control.

—¿Y qué has pensado de tu viaje?

—Esta mañana me decidí a hacerlo. No le he dicho nada a Sean todavía y la verdad es que me siento incomoda al pensar que me quedaré en casa de sus padres, pero algo me dice que me hará bien desconectarme de mi familia y de mi trago amargo con Danny. Además, Sean me ha estado contando parte de su vida y tengo curiosidad por conocer a Dalila y a Bruce.

—Encantadores ambos, ya lo verás. Yo estoy de acuerdo con tu decisión. Es normal que no te sientas cómoda estando con ellos porque debes pensar que se pueden hacer ideas que no son en cuanto a tu relación con Sean, al que ves como a un hermano.

—Exacto —respondió Ellie con nerviosismo. Los sentimientos de ella hacia su amigo quedaron muy claros en ese momento.

Ellie Griffin tenía sentimientos muy profundos hacia Sean Norton que nacieron en el mismo momento en el que él atendió a su amiga Leah en una sala de urgencias en Nueva York. Ellie le describió la escena con tanto detalle, que Anderson casi podría recrearla. Recordó la camisa que llevaba puesta Sean ese día y cómo llevaba cortado el cabello entonces. Incluso le comentó que el doctor

Norton la impresionó en cuanto entró al cubículo.

Anderson sabía que ella no estaba consciente de la profundidad de sus palabras, Danny fue solo una equivocación en su vida y ella creía que eso era amor cuando el verdadero amor lo sentía por Sean Norton desde hacía mucho tiempo y él iba a ayudarle a darse cuenta de eso.

—¿Cómo fue la consulta con Anderson? —Leah la veía con preocupación acariciándose la barriga que parecía estar a punto de explotar. Estaba muy cerca del día del parto.

—Bien.

Leah la observó inquisidora.

—Bien, Leah. Hablamos de muchas cosas. Del episodio que tuve anoche en el que me descontrolé de forma tal que ni yo misma habría sido capaz de reconocerme. También hablamos de Norton.

—Me contó lo que te ocurrió anoche.

Ellie bufó mientras removía los papeles en su escritorio.

—Ustedes parecen el club de los viejos chismosos, todo se lo van contando.

—Te estamos cuidando, así que mide tus palabras.

—¿Estás poseída por el espíritu de mi madre? —preguntó Ellie sarcástica.

—Dios me libre —ambas rieron y Ellie consiguió relajarse. Leah se acercó a ella y le tomó la mano para colocarla sobre la barriga. El bebé no dejaba de removerse dentro.

A Ellie se le enrojecieron los ojos.

—¿Yo podré alguna vez sentir esto en mi interior?

Leah volvió los ojos al cielo.

—Por el amor de Dios, Ellie Griffin; te has convertido en toda una experta del drama. ¿Pero qué tonterías dices? ¡Claro que podrás hacerlo con o sin hombre! Solo necesitas un buen laboratorio de fertilidad o alguien que quiera tener sexo dejándote en estado sin ningún compromiso posterior. Estás en el siglo XXI. Abre los malditos ojos de una vez y date cuenta de que tienes todo para ser feliz y convertirte en la madre que tanto sueñas ser.

—¿Cuándo das a luz? Tus malditas hormonas son demasiado insensibles conmigo.

Leah la vio con ira.

—Si pudiera, pariría hoy mismo, ya. No sabes cómo quiero que me

saquen a este niño de la barriga. No puedo dormir, los dolores en la espalda son cada vez peores, mi humor es como una estúpida montaña rusa y ya casi ni me recuerdo de cómo son mis pies. Esto —Leah encerró a su barriga en un círculo hecho en el aire con su dedo índice—, no me deja verme los pies.

Ellie dirigió allí su mirada.

—Y debo decirte que necesitas mantenimiento con urgencia en esa zona, cariño.

Leah se sentó derrotada en la silla frente al escritorio de Ellie.

—No quiero ni saber en qué condiciones estoy aquí —señaló su entrepierna y Ellie abrió los ojos con sorpresa y expresión de terror.

—¿Cuánto tiempo tienes sin ir al salón de belleza?

—No lo sé, Ellie. No he tenido tiempo.

Entonces, Ellie se levantó y le dio algunas indicaciones a su principal asistente para que se encargara del resto del personal que tenían contratado desde hacía un tiempo para llevar a cabo todo el montaje y supervisión de las fiestas que tenían pautadas.

Leah y Ellie empezaron a delegar el trabajo cuando Leah salió en estado y también porque el negocio seguía creciendo y sabían que no se darían abasto las dos solas.

—Vamos, ya les dije a las chicas que se encarguen el resto del día. Tú y yo nos iremos al SPA.

Leah le vio con tanta alegría que Ellie temió porque se echara a llorar allí mismo.

Faltaban dos semanas para que el embarazo de Leah llegara a término. Y desde ese punto, en cualquier momento, daría a luz a su sobrina «o sobrino» pensó Ellie arrugando un poco la nariz porque deseaba que fuese niña. Pensó en su viaje a Aruba y se dio cuenta de que estaba el embarazo de Leah en medio. No iba a dejar a su mejor amiga sola en su primer parto por irse de viaje.

—¿En qué piensas? —le preguntó Leah mientras Ellie conducía hacia el SPA.

—Quiero irme de viaje pero tú estás a punto de dar a luz y...

—¿Te vas a la isla con Sean? —Leah le sonrió con amplitud y felicidad.

—Lo decidí esta mañana. No es por Sean, es por mí.

—Pero... te vas con Sean —Leah la vio con picardía.

—Si sigues, me voy sola y no le diré nada a nadie.

—Te llamaré diciendo que estoy rompiendo aguas y vendrás de inmediato así tengas que nadar para llegar aquí antes de que el humano de 3 kilos que llevo en mi interior, decida salir.

—¿De verdad no saben qué es?

Leah negó con la cabeza. Ellie sabía que decía la verdad. Conocía bien a su amiga.

—¿Estás nerviosa?

—¿Tu no lo estarías? Y no es por el parto, toda mi vida será diferente después de que me lo echen en brazos.

Ellie la vio con dulzura y la tomó de la mano.

—Vas a ser una madre estupenda.

La tarde pasó volando dentro del SPA en el que las mujeres fueron atendidas como diosas. Depilación, manicura, pedicura, copas de champaña para Ellie e infusiones exóticas para Leah.

Ellie consiguió una parte de ella que tenía un poco abandonada. Algo en su interior mejoró aquella tarde junto a su amiga. Los recuerdos de momentos divertidos que pasaron juntas consiguieron que Ellie reconectó otra vez con esa mujer que alguna vez fue. Seguía sin reconocerla por completo, sin embargo, le dio la oportunidad de quedarse para conocerla y entender por qué debía hacer las paces con ella.

Leah también se veía relajada y satisfecha con todos los mimos recibidos en el SPA.

El camino de regreso a casa lo hicieron en silencio. Irían a casa de Leah y Ben en donde cenarían y luego se iría a casa. Por fin había conseguido un día entero sin Sean y al pensar en eso, se dio cuenta de que en cierto modo, lo había extrañado.

Frunció el entrecejo. ¿Por qué iba a extrañarlo?

Negó con la cabeza justo en el momento en el que se estacionaba frente a la casa de Leah. Apagó el motor del auto.

—¿Qué te ocurre?

Leah la conocía muy bien.

—Pensaba en Sean —después de todo lo ocurrido con Danny y la forma en la que le mintió a su mejor amiga durante toda su relación con ese cretino, Ellie decidió que no le ocultaría nada nunca más—. No he estado con él en todo el día, creo que es la primera vez en todas estas semanas y... —Ellie hizo silencio. No sabía cómo decirle a su amiga que lo extrañó sin que Leah pudiese mal interpretar todo—. Creo que lo echo de menos.

Cerró los ojos para aguantar el comentario efusivo que saldría de su amiga porque la primera reacción sería malinterpretarlo todo, era lo normal. Luego le explicaría que no le entendió cómo era que lo extrañó.

Claro, sería más fácil de explicar si ella misma lo supiera.

Leah no abría la boca y Ellie abrió los ojos buscando su mirada.

Leah la veía con los ojos muy abiertos dejando en claro que, en ese

momento, en su interior, manejaba una extraña mezcla entre el miedo y la emoción.

—No exageres que tampoco la cosa va por ahí.

Leah no se inmutó y Ellie se percató de que la mano derecha le temblaba. Algo no iba bien con su amiga.

—¿Qué te ocurre?

Leah murmuró algo, Ellie fue incapaz de entenderla. Estaba como en un trance y solo alcanzaba a balbucear algunas palabras.

Ellie, con los nervios a flor de piel, la zarandó por los hombros para que reaccionara y fue cuando Leah contrajo el rostro en una expresión de dolor que la tomó por sorpresa y le tomó de la mano tan fuerte que Ellie pensó le rompería los huesos.

—Con-trac- —Leah intentaba hablar pero los ejercicios de respiración y el dolor que sentía en el momento no le estaban haciendo el proceso fácil.

Ellie entendió todo. Encendió de nuevo el coche y aceleró haciendo chirriar las ruedas.

—Respira, cariño, respira que todo va a salir bien —Ellie conducía de forma desbocada y saltándose todas las reglas posibles. Una patrulla se unió a ellas en el camino encendiendo la sirena. Ellie siguió su ruta a la misma velocidad con la patrulla atrás.

—Quiero llegar a salvo al hospital, Ellie.

—Tengo todo controlado, cariño. No me sueltes la mano y vigila el tiempo de las contracciones. ¡Voy a ser tíiiiiiiiiiaaaaaa! —Gritó por la ventanilla del coche en tanto se acercaban al hospital.

Cuando llegaron, el oficial de policía fue el primero en bajar de su patrulla y acercarse con prisa al auto de Ellie con la mano en su arma lista para desenfundarla de ser necesario.

Ellie casi lo golpea al abrir la puerta. Estaba eufórica y le sonrió divertida.

—Voy a ser tía, nos arreglamos luego —corrió al interior del hospital y salió con un par de enfermeras que se acercaron al coche con una silla de ruedas.

El policía entendió toda la escena, no perdonaría a Ellie de la multa astronómica por saltarse siete paradas y tres semáforos en rojo. Comprendía la situación y ayudó a sacar a Leah del auto para llevarla dentro.

—Haga lo que tenga que hacer, señor oficial, debo aparcar el coche porque mi amiga me necesita.

—Deme las llaves del coche, mi compañero y yo lo dejaremos en el parking y volveremos a dejarle la multa.

Ellie no se lo pensó dos veces. Sacó el bolso de Leah y el de ella y les

lanzo las llaves.

—Leah Simmons es el nombre de mi amiga —vociferó mientras entraba al hospital.

Leah rellenaba unos formularios de acceso e intentaba demostrar fortaleza.

—Dame, lo haré yo y llamaré a Ben. Tu cuida que ese niño no salga hasta que lleguen todos —le dio un beso en la cabeza a su amiga.

—Como si pudiera elegirlo yo. ¿Hay algo que me puedan dar para el dolor? —preguntó a la enfermera y esta sonrió divertida.

—Ya mismo te lo pondremos, cariño. Vamos a llevarte a una habitación.

Los gritos de Leah se escuchaban en el pasillo.

A Sean le preocupó la angustia en la mirada de Ellie.

Y se preocupó aún más cuando la chica se le echó en brazos asustada.

—Ben, ¿ya llegó? —Ellie asintió—. ¿Qué ocurre?

—Cuando Ben llegó, el médico nos mandó a todos los demás a desalojar la habitación. Los padres de Leah, Amelia y Alyssa están abajo. La niña estaba muy nerviosa. El bebé está atascado en el hueso de la pelvis de Leah.

Sean sintió los nervios atacarle porque recordaba lo ocurrido con su hermanita, que murió por otra causa, pero no podía dejar de sentir temor por una madre y su bebé cuando algo se complicada en una situación de parto. Más cuando les tenía tanto cariño a ambos.

Otro grito de Leah.

Se abrió la puerta de la habitación. Ellie y Sean se hicieron a un lado cuando vieron a Leah ser trasladada a quirófano.

—Distocia de hombro —le dijo Ben a Sean de inmediato—, van a practicar cesárea.

—Avísanos en cuanto todo termine.

—Lo haré.

Ben corrió detrás de su esposa.

Ellie se aferró de nuevo a Sean.

—¿Estarán bien?

—Seguro que sí, cariño —Sean pidió en su interior para que todo fuera así—. Ve al cafetín con los demás, trae un buen café. Yo voy a preguntar bien a las enfermeras qué ocurrió para hacerte un reporte completo desde el punto de vista de un médico para que estés más tranquila, ¿te parece?

Ellie asintió y se fue cabizbaja al cafetín.

Sean no tenía nada que conversar con las enfermeras. Conocía esos casos aunque fuesen muy raros en los partos. Estaba seguro de que Ben sacó a tiempo a Leah de la habitación. Lo vio tranquilo y eso lo calmó un poco a él.

Se sentó en la sala de espera de ese piso y respiró profundo recordando que, la última vez que estuvo en un lugar idéntico, fue unos pisos más abajo, viendo como Ellie se debatía entre la vida y la muerte.

Otra respiración profunda y cerró los ojos.

Extrañaba su trabajo.

Estuvo ese mismo día en la mañana en el hospital y pasó por urgencias a saludar a sus compañeros que le dieron palabras de apoyo con respecto a su situación. El director, con quien tuvo una cita extendida, le aseguró que pronto podría volver. La madre de Ellie parecía ser muy influyente y le complicó un poco la vida al director del hospital.

Después de allí, se fue decidido a comprar los boletos para ir a visitar a sus padres, sin embargo al llegar a la agencia de viajes, decidió solo reservar la salida en dos días porque no quería presionar a Ellie que, aunque la veía convencida de hacer el viaje, aun no le había dado el sí por completo.

Sonrió pensando en esa frase «El sí» El día que su Ellie le diera ese sí que él tanto anhelaba estaba seguro de que necesitaría mil pellizcos para entender que lo que sale de la boca de Ellie es real y no producto de su imaginación.

Suspiró de nuevo.

Pasó todo el día sin Ellie y se sintió bien pero la extrañó a morir y ahora, que ella se sentía tan angustiada, solo quería abrazarla y demostrarle que estaba allí para darle todo el apoyo que necesitara; pero como médico, sabía que era mejor que los familiares del paciente esperen alejados de este porque eso les permite pensar y hablar de otras cosas.

Vio el reloj.

A penas habían pasado veinte minutos desde que sacaran a Leah de la habitación.

Veinte minutos más tarde, vio llegar a Ellie que llevaba a Alyssa tomada de la mano mientras los padres de Leah y Amelia les seguían.

Le sonrió a la pequeña Aly y esta corrió hasta él.

—¡Tío Sean! ¿Sabes algo de Leah y de mi hermanita? —Sean la sentó en su regazo y la abrazó fuerte. Esa niña siempre le sacaba una sonrisa. Alyssa, era la primogénita de Ben en su primer matrimonio del cual enviudó, y a pesar de que la niña creció sin su madre y con la tristeza de saber que no podría conocerla jamás, era dulce, hermosa y nada convencional. Inteligente, decidida y traviesa. Le acarició las mejillas y la vio a los ojos.

—Tu papi los está cuidando. Seguro que pronto escucharemos llorar al pequeño —Sean quería que fuese varón.

—¡Pequeña! —respondieron Ellie y Alyssa al mismo tiempo.

Sean les sonrió a ambas.

—Pues yo también quiero un varón —protestó el padre de Leah.

—Yo lo único que quiero es que salgan todos bien de ese quirófano, sea del sexo que sea —la madre de Leah llevaba un rosario en la mano al igual que Amelia, que era la madre de la primera esposa de Ben. La única familia que le quedó tras la muerte de su hija fueron su yerno y nieta y fue quien cuidó de Alyssa mientras Ben trabajaba antes de que apareciera Leah en su vida.

Sean Intentó explicarles a todos que no había de qué preocuparse que estaba seguro de que Ben habría sacado a Leah a tiempo para llevarla a quirófano antes de que el bebé corriera algún peligro de asfixia.

Todos asintieron sin dejar de verse preocupados. Como era normal.

Una hora después, Ben se dejó ver.

Todos se pusieron de pie. Traía los ojos rojos al igual que la nariz.

Sean detectó de inmediato que ese llanto era de alegría.

Lo abrazó palmeando la espalda de su amigo con fuerza.

—Es un varón.

Todos aplaudieron y abrazaron a Ben con alegría. A todos se les enrojecieron los ojos.

—¿Están bien? —le preguntó Sean.

—Perfectos. Llegamos en el tiempo exacto a quirófano y Leah estará muy dolorida. De salud, ambos están perfectos.

—¿Puedo verlo, papi?

—Claro, cariño. Ven, acompañame a ver cómo lo preparan en el retén, papi tiene acceso gratis hoy allí —sonrió feliz—. Leah estará en observación un rato y luego la traerán aquí. ¿Ustedes podrían ir con ella? Ya sabe que todo salió bien pero está muy nerviosa y asustada.

—Mi pobre niña —protestó su madre.

Ellie, la madre de Leah y Amelia fueron a hacerle compañía en la sala de observación.

—Los padres siempre quedamos a un lado.

—A menos que seas médico y te den acceso a todo, como a Ben.

—¿Podrías dármelo?

Sean sonrió divertido y palmeó la espalda del padre de Leah.

—Estaría encantado, Sr. Simmons, pero estoy suspendido.

—¿Todavía sigue el asunto con la madre de Ellie?

Sean asintió.

—¡Qué mujer!

—Afortunadamente, Ellie no es igual.

—Leah me asegura que la amas de verdad.

Sean bufó.

—Señor, si me dijeran ahora mismo que debo darle mi corazón para salvarla, lo haría.

El señor Simmons no pudo evitar sonreírle.

—Cuando uno se siente así con respecto a otra persona, no hay duda de que el amor es real, aunque me parece un poco dramático tu ejemplo —Sean sonrió divertido—. Creo que de tanto estar con Ellie, se te está pegando lo dramática que es.

—Siempre ha sido así, ¿no?

—Ahora es peor —ambos rieron y luego el Sr. Simmons lo vio a los ojos—. Conquistala pero te aconsejo que pases pronto a la acción. Leah también me asegura que Ellie a veces necesita que la presionen un poco y te ve flojo en eso.

Sean lo vio con duda. No se sentía nada seguro de dar un paso así. Y luego pensó en que Leah jamás le habría dicho eso a su padre.

El Sr. Simmons volvió los ojos al cielo.

—Maldición, que mal se me da mentir. Está bien, Leah no dijo nada.

Ambos rieron de nuevo.

—No puedo presionarla, Sr. Simmons. Ellie acaba de pasar por algo muy fuerte.

—¡Bah! En mi época lo arreglábamos besando a la chica que nos gustaba y nos daba resultados inmediatos. Solo podían ocurrir dos cosas: una bofetada sumada a una sarta de insultos; si eso ocurría, ya sabías que era mejor te apartaras del camino de la mujer por mucho que te gustara. En cambio, si la chica respondía a tu beso con la misma emoción y las mejillas se le volvían rosa intenso de la vergüenza que sentía por ser descubierta, entonces sabía que podrías darle rienda suelta a todo lo que sentías por ella. Hay fórmulas que no fallan aunque los tiempos cambien, muchacho. Y ahora, me voy a ver a mi nieto —señaló a la habitación que le correspondía a Leah y hacia la cual caminaba Ben que llevaba al recién llegado en brazos junto Alyssa que no podía dejar de sonreír.

Sean observó aquella escena con una dicha absoluta en su interior.

Quizá el padre de Leah tenía razón y se estaba volviendo dramático como Ellie.

Negó con la cabeza sonriendo y reuniéndose con los demás para conocer al pequeño John.

Cuando Ellie entró en la habitación del hospital seguida por la madre de Leah, Amelia y dos enfermeras que trasladaban a una Leah ansiosa y sonriente, y se encontró a Sean con el recién nacido en brazos, hablándole y sonriéndole de una manera tan tierna; se levantó en el interior de la chica una emoción que desconocía por completo y que no pudo disimular.

Pensó en que aquella escena se le hacía perfecta y, de repente, sus piernas temblaron un poco, haciéndole dudar de su salud. Se aferró a la cama de Leah que, con ayuda de las enfermeras y de Ben, ya estaba incorporándose en la cama para recibir en brazos y su pequeñín.

Sean vio a Ellie con ilusión y se acercó a ella antes de darle el niño a su madre.

Ellie lloró de emoción.

—Es perfecto.

—Sí que lo es —Sean le respondió con dulzura y luego le entregó el niño a Leah que, como era de esperar, lloró de felicidad acurrucándolo en su regazo —¡Felicidades! —le dio un beso en la coronilla a Leah y esta, acercó su pequeño a su pecho, luego lo levantó y lo besó.

Todos los presentes se dedicaron a alabar al recién nacido, felicitar mil veces a los nuevos padres, pelearse por quien sería el siguiente en tenerlo en brazos, que Leah y Alyssa no le dieron mucha oportunidad a los demás, pero Ellie les dedicó una mirada desafiante y ambas rieron entregándole a John por un buen rato.

En algún punto, Leah se quedó dormida y los demás aprovecharon para ir a buscar comida. Ben también se retiró a causa de una emergencia que tuvo que atender y Sean decidió salir de la habitación un rato.

A Ellie le pareció perfecto el silencio del momento teniendo a aquella bolita de carne en los brazos.

Suspiró

Era más que perfecto. Suave, delicado y olía delicioso.

Le dio un beso en el gorrito que le tapaba la cabecita.

—Eres un bebé hermoso y afortunado. Tienes unos padres que harán todo lo posible por hacerte feliz; una hermana que estará encantada de cuidarte y jugar contigo; tres abuelas; dos abuelos; dos tíos y yo —Ellie le hablaba en voz baja al bebé que dormía plácido en sus brazos—. Yo soy tu tía Ellie...

—La reina del drama —completó Leah aun soñolienta pero sonriente. Le hizo señas de que se sentara en la cama con ella y le pusiera en brazos a John.

Ellie hizo lo que se le pidió.

—Estoy tan feliz por ti.

—Yo quiero estarlo por ti también —Leah vio a su bebé y sonrió. Después vio con complicidad a su amiga—. Ni creas que me olvidé de que me estabas diciendo que echaste de menos a Sean hoy.

Ellie volvió los ojos al cielo.

—Y yo que creía que podía haber ocurrido un milagro y se te había olvidado todo.

—Nada que tenga que ver contigo, podría olvidarlo. Eres la hermana que me dio la vida. ¿Cuándo se van para Aruba?

—En unos meses.

—¿Perdona?

—No puedo irme ahora con el bebé ya afuera. Tú necesitarás ayuda y alguien debe ocuparse del negocio.

—Mi madre, mi padre, mis suegros que llegarán en cualquier momento —la puerta de la habitación se abrió y apareció Ryan tras ella. Leah sonrió en grande al verlo y el chico se acercó a ella para abrazarla con cuidado—. Llegaste pronto —le puso al niño frente a los ojos.

—Se parece mucho a ti —le acarició la mejilla a Leah sonriéndole con ternura—. Son para ti —levantó un hermoso ramo de flores frescas y coloridas—. No encontré nada más para traerte ahora. Sé que no son tus favoritas.

Leah le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Sabes que con tu presencia habría bastado.

—Y luego dicen que la dramática soy yo —protestó Ellie y su hermano se le echó encima para abrazarla con fuerza.

—Deja los celos, que para ti también hay atención —le dio un beso en una mejilla y luego le rodeó el rostro con las manos—. ¿Cómo has estado? Te veo mucho mejor.

—Teniendo en cuenta de que la última vez que me viste había intentado suicidarme ¿lo olvidas?

—¿Crees que pueda olvidar eso alguna vez, Ellie? —Leah la vio furiosa.

—Ya, lo siento, es que estoy un poco emocional hoy.

Ryan la vio divertido.

—Creo que necesitas salir de la ciudad.

—¿Ves? Ahora también estará Ryan que podrá ayudar porque seguro se quedará por unos días —Ryan las veía con confusión y Leah no perdió tiempo en aclarar todo—. Ellie tiene una invitación a Aruba con Sean que está buscando retrasarlo por todos los medios.

—Ni hablar. Tú te vas. Así yo tenga que renunciar a mi trabajo para encargarme del tuyo.

—Ustedes son insoportables.

—Mira quien habla.

El pequeño John se removió en los brazos de su madre al tiempo que una enfermera entraba en la habitación para pedirles a todos que salieran porque el bebé debía comer y Leah debía intentar amamantarlo.

—Estoy agotado, ¿me puedo quedar en tu casa?

—No tengo más espacio, Ryan. Sean sigue allí, conmigo.

La vio divertido.

—Pero ya no te enfadas cuando lo dices. Tu sofá es cómodo, puedo dormir allí sin problemas. Mañana debo salir temprano porque tengo una reunión en la oficina a la que no puedo faltar.

Sean se acercó a ellos y saludó a Ryan.

—Creo que es hora de irse a casa.

—Vayan ustedes, yo quiero quedarme un rato más por si Leah necesita algo.

Los hombres asintieron y se alejaron un poco.

—¿Sean? —Ellie lo llamó y este se dio la vuelta—. Parece que no tendré otra alternativa que hacer ese viaje contigo. Así que, ¿Podrías comprar los pasajes?

Sean la vio sonriendo en grande y Ryan observó complacido toda la escena. Su hermanita por fin encontraría el amor junto a un buen hombre.

—¿Podrías tener todo listo para pasado mañana? —le respondió Sean con divertido sarcasmo—. El vuelo sale al mediodía —le hizo un guiño de ojo que atontó a Ellie. Aquella expresión se le antojó sexy a la chica.

Le sonrió al médico y luego bufó.

—¿Ya los tienes comprado? ¿Y si no me hubiese decidido aún?

—Te conozco, cariño, y sé muy bien qué es lo que quieres.

Ellie cruzó los brazos a la altura del pecho y negó con la cabeza sonriendo a medias.

—Buenas noches, chicos.

Se dio la vuelta y entró en la habitación con delicadeza.

Ryan vio con suspicacia a Sean.

—¿Cómo hiciste para tener todo tan coordinado?

—La vida, Ryan. La vida te echa una mano cuando deseas algo con todo tu corazón.

Capítulo 8

Dos días después, Dalila y Bruce Norton esperaban a Sean y a Ellie en el aeropuerto de Oranjestad.

Sean los vio a lo lejos y levantó la mano para saludarles. Ambos respondieron al saludo con tanta efusividad que Sean se sintió como un adolescente que no le hace gracia las tonterías de sus padres.

—Son encantadores —comentó Ellie viendo la escena divertida. Ella también saludó a la pareja; estos comentaron algo entre ellos y entre risas nerviosas y ojos brillantes, le saludaron con mayor intensidad que a Sean.

—¿Estás seguro que les dijiste a tus padres quien soy yo?

—Por supuesto, Ellie —Sean no pudo ocultar la mirada traviesa mientras sacaba las maletas de la banda de equipaje.

—Sean, ¿qué les dijiste?

Sean la vio directo a los ojos.

—Solo dame una oportunidad, Ellie. Por favor —y sin pensarlo, hizo aquello que quería hacer desde que vio a la chica por primera vez. Le estampó un beso que los hizo sentir miles de emociones a ambos y que ninguno de los dos quiso dejar al descubierto. No era el momento.

Sean colocó todo el equipaje en el carrito y se fue directo a la salida para encontrarse con sus padres. Buscó a Ellie con la mirada y la chica aún estaba paralizada en el medio de aquel lugar desconocido, intentando procesar qué diablos acababa de ocurrir.

—¿Vienes? —Sean no se atrevió a tocar el tema del beso. Todavía sentía la electricidad recorrerle los labios por el contacto con los de ella y tenía en corazón acelerado de la emoción cual adolescente. Era como un momento mágico que no se atrevía a aclarar, por los menos, hasta que estuvieran en la playa alejados del aeropuerto ya que temía que Ellie tuviera la idea de regresar a casa de inmediato.

Se lo había pensado mucho.

Llevaba semanas debatiéndose entre hacer las formas con pausa o tomar acción y enamorar a Ellie cuanto antes.

Hacía dos noches, Ryan y él se fueron al apartamento de Ellie para dormir y fue lo que menos hicieron a pesar de que Ryan debía conducir al día

siguiente de regreso a Nueva York.

Tenía poco tiempo conociendo a su futuro cuñado, por fortuna, se la llevaban muy bien y conversaron mucho acerca de Ellie.

Ryan, al igual que el Sr. Simmons, le aconsejó que diera pasos más seguros con su hermana y que siempre la tomara por sorpresa.

«Ellie asegura que las sorpresas alimentan el amor» le dijo en algún momento y ambos rieron con la expresión de la chica pero sin quitarle la razón. «Ellie es soñadora y quiere un futuro con el marido perfecto rodeada de muchos niños» Sean se sintió a gusto con aquella descripción del futuro que Ellie soñaba. No era algo desconocido para él y mientras más se lo mencionaban, más real se le hacía esa imagen de llegar a casa, cansado, después de una larga jornada en urgencias y ser recibido por esa rubia maravillosa de la que estaba enamorado. O esperarla a ella en casa tras una jornada intensa de fiestas infantiles.

La noche previa al viaje no durmió pensando en su plan de ataque. En un plan de conquista tan perfecto, que Ellie no tuviera más opciones que abrirle su corazón.

El factor sorpresa sería la clave.

Y estaba empezando a surtir buen efecto su plan.

Dejó ver una sonrisa de victoria cuando Ellie se acercó a él y caminó a su lado en total desconcierto.

Sus padres, les abrazaron con emoción y lágrimas en los ojos.

—Mamá, por dios, pareciera que tenemos miles de años sin vernos.

—Los tenemos. Si no es por esta dulce chica, estoy segura que no te apareces por aquí hasta dentro de un par de años más.

Sean abrazó a su madre de nuevo y le dio un beso en la mejilla.

—Eres exagerada.

Ellie sonrió y se sintió identificada con la Sra. Norton.

El padre de Sean, ya se había adelantado con el carrito de las maletas.

—¿Lo has contratado como mi sirviente?

La Sra. Norton soltó una sonora carcajada.

—En realidad, lo tengo en calidad de esclavo —Sean sonrió y Ellie abrió los ojos con sorpresa, a lo que Dalila Norton le aclaró—: Es un jubilado inquieto y hay que darle trabajo, cariño, lo entenderás cuando este —le dio una palmada en el hombro a su hijo—, sufra del mismo síndrome de jubilación.

Sean la vio divertido y Ellie no pudo evitar sonrojarse y sentir cierta tensión en su interior.

—Mamá, vas muy rápido. Ellie aún no es mi prometida, no me ha dicho que sí.

Entonces, Ellie lo vio llena de indignación. Cómo se atrevía a decirle eso

a su madre si ni siquiera era cierto. En vez de protestar y aclarar las cosas, lo que hizo fue dejar hablar a su subconsciente y enredar más toda la situación.

—¿Acaso me lo has pedido?

Sean paró en seco y la vio a los ojos con seriedad.

—¿Estás hablando en serio?

Fue entonces cuando Ellie cayó en cuenta de lo que dijo. ¿Hablaban en serio? No podía ser. Si ni siquiera había salido de su crisis con Danny cómo iba a pretender comprometerse con otro hombre.

Bueno, no era otro hombre, era Sean.

—Entonces, Ellie, te hice una pregunta.

Tenía que fingir y lo hizo.

La Sra. Norton observaba todo con meticulosidad. Algo no iba bien entre esos dos y tendría que conversarlo con ambos, por separado, claro estaba.

Sean vio a Ellie con las manos apoyadas en las caderas. Esperaba su respuesta con ansias. El corazón le latía como caballo desbocado pero debía comportarse. O fingir, o lo que fuera que lo mantuviera un poco cuerdo porque lo que en realidad quería era brincarle encima a Ellie y devorarla lentamente entre besos y caricias. Se veía tan hermosa cuando se enfadaba.

Él le sonrió a medias de manera irónica.

Ella arrugó la nariz y se mofó de su gesto pero no alcanzó a articular palabra antes de que Sean se pusiera en movimiento de nuevo y la tomara de la mano haciéndole un guiño de ojo.

Ella vibró en su interior. Cada contacto con Sean la hacía vibrar de una manera tan especial que empezaba a sentirse muy cómoda con esa sensación.

Como el beso.

Se llevó una mano a los labios y Sean la vio de reojo.

Le gustó el beso. Hizo la danza de la victoria en su interior y observó que su madre estaba empezando a sacar conclusiones.

A esa mujer era difícil ocultarle algo. Ya hablarían en cuanto tuvieran la oportunidad.

Bruce Norton ya había encendido el coche y les esperaba impaciente.

—¿Por qué han tardado tanto? —La Sra. Norton volvió los ojos al cielo.

—¿Por qué eres tan gruñón, cielo? —le preguntó y luego le dio un beso en una mejilla mientras el hombre con la cabeza cana y sus intensos ojos azules, la veía de forma soñadora.

Ellie capturó esa imagen en su memoria para siempre.

Y se sintió afortunada de poder estar allí, con ellos, con Sean.

Ese día estuvieron con los Norton todo el día en casa.

Ellie notó a Sean tan relajado y feliz que no se atrevió a pedirle a para salir de allí. Tampoco se atrevió a decir que quería dar un paseo sola. Sería descortés con ellos y a pesar de que se sentía un poco agobiada por la actitud de Sean con ella y la forma tan especial con la que la trataban sus padres; no podía quejarse y menos decir que la estuviera pasando mal.

Los padres de Sean sirvieron una deliciosa cena de langostas asadas en la barbacoa con patatas horneadas, ensalada y cerveza helada.

Comieron en el jardín trasero de la propiedad que no era muy grande pero si acogedor.

Se veía que la Sra. Norton era un ama de casa ejemplar.

Le gustaban las novelas de romance, las películas melodramáticas y veía a su marido con ojos amorosos aunque le gustaba hacerle muchas bromas.

Entendió de dónde salió ese gen de Sean. Tenían los mismos ojos café de mirada brillante; por el resto, Sean era igualito a su padre.

Hablaron de muchas cosas.

Los Norton se interesaron por saber de su negocio, cómo funcionaba, cómo le iba y también hablaron del trabajo de Sean.

Ellie notó que Sean no había hablado con sus padres sobre su verdadera posición en el hospital y lo agradeció, de seguro lo hizo para mantener en privado el asunto de su intento de suicidio.

Sean no dejó de tener atenciones con ella. Le servía las cosas con amabilidad, le hacía comentarios dulces y a pesar de estar frente a sus padres, se mostró muy cariñoso con ella. Más de lo que habría podido entender ese mismo día.

Ya no sabía si quería entender o dejarse llevar.

Tendría tanto de lo qué hablar con el doctor Anderson en la siguiente sesión.

Suspiró.

—¿Estás cansada, cielo? —le preguntó la Dalila con dulzura.

—La verdad, no —Ellie le dejó ver una sonrisa sincera—. La estoy pasando muy bien con ustedes.

Sean le dio un apretón de mano y también sonrió.

—Querrás descansar porque mañana seguro pasarán el día entero en la playa.

—Suenas a un buen plan para mañana —Ellie vio divertida a Sean—. ¿Qué dices?

—Eso haremos. Ahora vamos a recoger todo y a nuestras habitaciones.

Dalila los vio divertida.

—¿Habitaciones? ¿De qué hablas, cariño? Ustedes ya están muy mayores para estar en cuartos separados. Además, esta casa no es un palacio y solo nos queda disponible una habitación con una cama matrimonial; muy grande, eso sí.

Sean abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué? —su madre intentó sonar natural. La verdad era que quería saber exactamente lo que ocurría entre su hijo y esa chica porque estaba claro que las chispas entre ellos saltaban pero no estaba muy convencida de que ambos lo supieran. Bueno, su hijo estaba muy claro, con solo verle la cara de tonto con la que veía a la rubia para saber que estaba enamorado de ella y además nunca en su vida lo vio sonreír de aquella manera en la que lo hizo mientras la chica les contaba sobre su negocio.

Sin embargo, Dalila notaba que ella no parecía estar muy convencida de lo que sentía o quizá no se había dado cuenta. El caso era que ella les ayudaría a arreglar ese asunto, como siempre, sin traspasar los límites y haciéndose la inocente todo el tiempo.

—Gracias, mamá —Sean se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

Esta sonrió con alegría.

—Tu y yo hablaremos en otro momento —sentenció sin que nadie más escuchara. Una capacidad especial que tenía su madre, acotó Sean en su interior y luego vio a Ellie que lo observaba con duda y se frotaba las manos con nerviosismo en los pantalones. Se sentó de nuevo junto a ella; estuvo a punto de darle la opción de que él dormiría en el sofá del salón si eso le hacía sentir mejor pero no. Recordó a su futuro suegro y cuñados con el asunto de no darle opciones a Ellie. Quedó demostrado en el aeropuerto que la chica algo sentía por él y Sean estaba dispuesto a cuidar esa semilla para que germinara como era correcto—. Me puedes usar como tu oso de peluche —le susurró a Ellie.

Ella lo vio de reojo y se levantó a ayudar a los Sres. Norton a recoger todo; se ofreció a lavar los trastes y Dalila le dio un «No» tan rotundo que no se atrevió a contrariarla.

No le quedó más remedio que dar las buenas noches e ir con Sean a la habitación que les asignaron.

Una de las paredes estaba cubierta con un delicado papel tapiz con flores en diferentes tonos de rosa.

La cama, en efecto, era tamaño *king* y las sábanas que la cubrían podían fácilmente hacer juego con el papel tapiz de la pared.

Algunos adornos de cerámica reposaban en una mesa redonda que estaba frente a la ventana que, a su vez, estaba cubierta por cortinas rosa pálido con

black-out en los extremos y las centrales eran de gaza blanco impecable. Ellie de inmediato corrió las cortinas de *black-out*, dejando las de gaza apenas visibles.

Se sentó en el sillón orejero junto a la mesa.

Vio a Sean y este se sentó frente a ella en el suelo.

—¿Qué ocurre?

—Que me da la impresión de que esto no es lo correcto.

—¿Quién lo dice?

Ellie se quedó en silencio.

—Tus padres están confundidos con nosotros.

—Mi padre, está bien con cómo estamos. Mi madre, es más detallista y no te preocupes, que ya te tocará una conversación con ella.

Ellie abrió los ojos por enésima vez en el día.

—Dalila va a querer saber por qué parece que me quieres pero te niegas a aceptarlo.

Ellie abrió aún más los ojos.

Aquellas palabras retumbaron en su interior y le hicieron ver —en un segundo— que quizá podía ser cierto.

Quizá.

Tenía que hablar con Anderson.

Sean seguía viéndola sin parpadear.

—Escucha, Ellie, no quiero presionarte a nada. Y aunque tengo sentimientos muy profundos por ti, tampoco quiero pasarme toda la vida persiguiéndote, intentando conquistarte porque no quiero ser un estorbo en un tu vida y también creo que me merezco la oportunidad de ser feliz con alguien más si tú, finalmente, te niegas a aceptar al mejor candidato que se te ha acercado en la vida.

Ellie no pudo evitar esbozar una sonrisa con las últimas palabras que Sean le dijo.

En su pecho apareció una espina que no le hizo ninguna gracia al escuchar que Sean podía cansarse de estar detrás de ella.

¿Por qué tenía que molestarle eso?

Ay Dios, cada vez entendía menos qué ocurría en su vida.

—Estoy muy confundida, Sean.

—Lo sé y no espero que estés de otra manera, sin embargo, yo te pedí una oportunidad y espero que no me la niegues. Yo te amo, Ellie; y mi amor por ti es capaz de hacerme tener la paciencia necesaria para que te des cuenta de que tu pasado ya no importa y de que si me dejas entrar en tu corazón, podríamos tener el futuro que los dos deseamos.

—¿Y cuál es ese futuro, Sean?

Ella lo vio con incertidumbre y Sean se aprovechó de eso para inclinar la balanza a su favor.

—Una casa, mucho amor, niños, mascotas.

Ellie suspiró con nervios. Sean se sentía esperanzado en ese momento,

—¿Por qué me amas si en todo este tiempo no he hecho más que rechazarte, darte problemas, causarte incomodidades?

—Porque parece que el amor es así, Ellie. Uno no apunta de quien quiere enamorarse, la vida nos reúne porque es nuestro destino —se acercó a ella y la tomó de las manos. Le acarició por unos segundos—. Te amo desde que te vi entrar en urgencias por el accidente de Leah. Me impactaste con tu melena, tus ojos dulces, la preocupación por tu mejor amiga. Me arrepentí y no sabes cuánto, de no haber apuntado tu número de teléfono. Incluso, cuando Leah volvió al hospital y montó una guardia para verificar que Ben no trabajaba allí tal como le dijimos, me arrepentí de que mi sentido profesional no me permitiera aprovecharme de la situación para sonsacarle a Leah tu teléfono —hizo una pausa viéndola a los ojos—. Cuando te volví a ver en casa de Leah y Ben, no me podía creer la suerte que tenía. Y fue cuando me dije que no te dejaría escapar de nuevo. Me mudé para tenerte cerca, conocerte mejor. Quizá no me sé tú color favorito pero sé que cuando estás enfadada frunces el entrecejo de una forma especial y cuando estás feliz no paras de reír. Sé que te gusta que te sorprendan, eso me lo dijo tu hermano —Ellie volvió los ojos al cielo—. Lo que no me dijo fue lo mucho que iba a adorar tu expresión tras ser sorprendida. Abres los ojos como una niña pequeña y tu mirada gana un brillo especial.

Ellie lo veía como si estuviese ante un espejismo de hombre.

¿Cómo había sido tan estúpida de no hacerle caso a un hombre que parecía conocerla más que ella misma?

¿Cómo era que había podido pensar en la muerte rindiéndole honor a un amor que un imbécil fingió por ella?

—Si me dicen que mi única responsabilidad de aquí en adelante es tomarte por sorpresa para que siempre me dediques esa mirada que ahora me estás obsequiando por primera vez, te juro que dejo la sala de urgencias para dedicarme el resto de mi vida a hacerte feliz.

Ellie sintió un nudo intenso en la garganta, nunca antes nadie, nadie, en su vida, le dijo algo tan especial como lo que acababa de oír.

—Sean... —colocó una mano en su pecho y algunas lágrimas le resbalaron de las mejillas—. Me dices cosas muy bonitas.

—Es lo único que se me ocurre decirte, Ellie, no tengo capacidad para nada más.

Le sonrió y se puso de pie invitándola a imitarlo.

Cuando la tuvo frente a él la abrazó con fuerza y Ellie no pudo resistirse a responderle de igual manera.

Se estaba estableciendo entre ellos la conexión que Sean buscaba y que Ellie pensaba que jamás podría ser posible.

Ella sollozó en el pecho de él.

Él suspiró con alivio, gratitud y motivado por las emociones que estaba experimentando en ese momento, se atrevió a dar un paso más alto.

La separó un poco de él y le levantó el rostro con delicadeza por el mentón.

Se vieron a los ojos por unos segundos.

—Eres una mujer especial, cariño —Le dio un beso en la frente que hizo vibrar el interior de Ellie—. Necesitas un poco más de tiempo y sanar; no por Danny, por ti. Por lo que intentaste hacer movida por el dolor. Sé que está todo muy reciente y no pretendo que nos acostemos ya, tengamos sexo y me des el «sí» de inmediato —le sonrió.

Ella también sonrió con picardía.

—Pensaba que eso era lo que querías.

—No ahora, Ellie. Sé que todo debe llegar en su momento. Me conformo con que me des la oportunidad que te estoy pidiendo a gritos desde hace mucho tiempo.

Se vieron con intensidad a los ojos y Sean no se resistió.

La besó.

Primero con calma, más bien con cautela. Temiendo que Ellie saliera corriendo pero al ver que la chica respondió tan bien y rodeó su cuello con los brazos, Sean la asió de la cintura para acercarla más a él y dejó que su lengua, desesperada y febril, saliera en una ronda de reconocimiento al interior de la boca de ella.

Cuanta calidez, cuanta dulzura embriagante, cuanta sensualidad emanaba de ella con tan solo besarla.

Sean sintió su miembro endurecerse y pedir su cuota de participación dentro de aquel juego; no se lo permitió.

No esa noche, no en la siguiente semana.

No.

Esperaría un poco más.

Primero quería que Ellie se sintiera cómoda expresándole sus verdaderos sentimientos.

Después se deleitaría con ella.

Siguió besándola y lo haría hasta que ella quedara saciada.

Para lo demás, tendrían toda la vida por delante.

Capítulo 9

Varios días más tarde, Ellie estaba descansando plácidamente en una de las tumbonas de la Isla privada Renaissance. Era una isla exclusiva para huéspedes del hotel que llevaba el mismo nombre.

Fue un plan de ella incluso desde antes de hacer el viaje, y estando en el avión, acordó con Sean que se hospedarían en el hotel unos días para poder disfrutar de aquel lugar maravilloso.

El tirarse allí en la arena a tomar sol rodeada del turquesa del agua y de los maravillosos flamencos que se paseaban entre los turistas de la isla fue una de sus exigencias y Sean la complació.

Un sitio paradisíaco.

Silencioso. Perfecto.

Que se disfrutaba más con buena compañía y el delicioso daiquirí de mango que le ofreció el personal del hotel.

Parecía que las vacaciones, en cierto modo, le estaban sentando muy bien porque desde que llegó a la isla dormía profundamente sin temer a la oscuridad que en algún momento podía absorberla. Aquello era una gran evolución para ella. Y dejó de temer a dormir por miedo a despertar aterrada creyendo que la muerte se acercaba a ella de nuevo.

Unos días antes, tuvo una conversación extensa con su terapeuta al cual le pidió miles de consejos sobre lo que sentía y cómo manejar la situación.

Anderson se limitó a escucharla, como siempre lo hacía y luego le aconsejó que siguiera lo que le indicaba su corazón que era lo correcto hacer pero ella estaba un poco dudosa de eso porque su corazón parecía tener unos fallos técnicos que le estaban preocupando.

Ya no negaba de la existencia de unos sentimientos hacia Sean y conversándolo con Anderson se dio cuenta de que los llevaba con ella desde hacía mucho tiempo y que por estar en una relación tan tóxica como la que tuvo con Danny, no se dio cuenta de lo que sentía por Sean.

Así que sí, el médico empezaba a formar parte de su vida como parecía que tuvo que haberlo hecho desde hacía tiempo; sin embargo, no acababa de sentirse a gusto con esa idea.

Aún conservaba su miedo a que Sean le hiciera daño como lo hicieron

los demás y estaba convencida de que no podría entregarse por completo a Sean porque sus ilusiones y amor se habían quedado con Danny a quien en cierto modo, a veces, echaba de menos.

Anderson decía que era normal. Pero ella no sabía hasta qué punto podría considerarse así en realidad.

No quería hacerle daño a Sean tampoco, que tan ilusionado iba por la vida complaciéndola en todo y llenándola de besos y halagos que en su vida había escuchado de un hombre.

Aquellos días en la isla los recordaría siempre. Sean todos los días le tenía preparado un plan para divertirse y conocer algún rincón maravilloso de aquel trozo de tierra que se encontraba en el mar Caribe.

No se podía quejar de aburrimiento.

El médico se esmeraba en distraerla, hacerla reír y mantenerla alejada de los pensamientos negativos que, a veces, querían apoderarse de ella.

Lo que más sorprendía a Ellie era que Sean lo lograba a la perfección.

Era un hombre especial, sin duda. Y despertaba muchas emociones en ella.

Le encantaba esa forma desenfrenada que tenía de besarla y a la vez le gustaba ver cómo hacía uso de su autocontrol para parar en el momento adecuado antes de que la ropa de ambos saltara por el aire y se devoraran los cuerpos como lo hacían sus bocas.

La excitaba. Tampoco le quedaba duda de eso. Sin embargo, aún no se atrevía a acostarse con Sean. No sabía si podría cerrar los ojos y sentir sus caricias sin pensar en Danny, como de vez en cuando le ocurría cuando la besaba.

No faltaban las comparaciones en su interior entre los dos hombres. Cosa que siempre se inclinaban a favor de Danny y aquello no estaba nada bien.

Les quedaban unos días más de vacaciones y Ellie se sentía preocupada porque sabía que en cualquier momento dejaría ver sus verdaderas emociones, las dudas que la seguían dominado y eso lastimaría a Sean que no la merecía en lo absoluto.

A pesar de que Sean levantaba en ella el deseo y algunos sentimientos de cariño, Ellie sentía que dejó avanzar mucho las cosas entre ellos. Desde el principio, ella sabía que Danny no abandonaría sus pensamientos jamás y era injusto que Sean tuviera que compartir espacio con el cretino de su ex.

Suspiró.

Su móvil sonó.

Sean salía del mar que parecía una impresionante y majestuosa piscina color turquesa.

Bebió un sorbo de su daiquirí y luego, le dio un beso en los labios.

Ellie no podía negar que se derretía un poco con esos gestos de su parte.

Le sonrió.

—Es Leah, mira —le pasó el móvil para enseñarle una foto de John que dormía en su cunita—. Dice que es un ángel. Y que Alyssa no para de cuidarlo como si fuera su guardia privado.

Ambos rieron.

Ellie respondió al mensaje de Leah y luego colocó el móvil en silencio y lo echó en el bolso de nuevo.

No quería distraerse con la tecnología y perderse de la magia que tenía ante sus ojos.

En unos días regresaría a su vida normal y estaba decidida a hundirse de lleno en el trabajo porque quería retomar su vida como la tenía antes.

Sin Danny, claro.

Suspiró de nuevo.

Sean la vio con suspicacia.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Ellie, no puedes engañarme.

—Sean, no quiero hablar de esto ahora.

El médico la vio con mirada sombría.

—Entonces, ¿cuándo?

—Cuando me sienta mejor.

Sean apretó los labios en una línea delgada, sintió que su corazón se apagó un poco y decidió no decir nada más.

Empezaba a sentirse confundido él también.

Tanto silencio acabó por enloquecer a Ellie que se sentó frente a él y dejó que sus palabras fluyeran de manera insólita.

—A veces pienso en Danny.

Sean entrecerró los ojos. Dudaba de ese «a veces».

Ellie volvió los ojos al cielo.

—¿Cómo haces para conocerme tanto?

Sean bufó y no pudo evitar sonreír.

—Porque te amo.

Ellie sabía que Sean no le escondía nada y que iba siempre directo al grano, pero cada vez que le decía esas palabras, temblaba en su interior y no sabía si era de emoción o de miedo.

Hubo un incómodo silencio entre ellos.

Ellie quería contarle todo lo vivido con Danny pero sentía que no tenía la

fuerza para hacerlo, no quería quebrarse de nuevo y llorar.

Preocuparlo.

Recordó que no él no le contó el resto de la historia de su vida y lo animó a continuar. Quizá eso la contagiaba a ella a contarle lo que él tanto quería saber.

Y entonces Sean se abrió por completo con Ellie. Entendió su juego y accedió a jugarlo.

Se sintió feliz de poder recordar momento que pensaba que había olvidado. Le contó cómo conoció a Anderson en la universidad, cómo se convirtieron en buenos amigos, cómo consiguió convertirse en el segundo mejor de su clase de medicina.

Hasta que llegó a la parte en la que conoció a su ex mujer.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —preguntó Ellie mientras se aplicaba una nueva capa de crema con protección solar 50.

—Tres años. Fue una boda alocada, sin planificación, creo que nos dejamos llevar por la pasión y nada es duradero así. Cuando la llama se apaga...

Ellie bufó enseguida.

—Esa historia de la pasión ya me la conozco. Así que no tienes nada que explicarme.

—Reconozco que mi trabajo no ayudó —Sean levantó los hombros—, en realidad nunca ha ayudado con ninguna chica. Y todo sumó a que ella me abandonara.

Ellie abrió los ojos con sorpresa.

—¿Cómo diablos pudo pensar en hacerte algo así? —Se sentó junto a Sean sin darse cuenta para colocarle crema en el cuerpo a él también. Sean sonrió complacido, lo estaba cuidando y eso significaba tanto aunque ella no se diera cuenta aun—. Con lo bueno que eres. Fue una tonta en dejarte ir.

—Bueno, no me quejo. Gracias a eso puedo estar aquí contigo y gracias a ti descubrí que a ella no la amé nunca —Ellie dejó de aplicarle crema y se quedó inmóvil frente a él. Ahora sí que sus palabras estaban haciendo mella en ella. Sean se acercó a su boca y le colocó una mano en la nuca para atraerla por completo a él. El beso que le dio la dejó sin aliento, sin razón, sin sentido aunque con mucha motivación, ¡Oh! Sí, que había motivación y exaltación en ella y en todo su cuerpo había corriente que necesitaba más besos de esos. Cuando la soltó le dijo—: gracias a su abandono y a tu oportunidad, descubrí que estos besos solo podrán existir entre nosotros —con su mano libre, recorrió la espalda de Ellie hacia abajo y luego, sin despegar el contacto, la llevó hasta el abdomen de ella rozando con tanta delicadeza el borde del bañador que Ellie sintió que una cascada cayó desde su vientre, se le reseco la boca, haciéndole suplicar más con la mirada y él, que solo quería complacerla, rozó de nuevo el lugar pero decidió

subir hacia el cuello y en su recorrido, rozar, con la misma delicadeza, sus dedos sobre uno de los pezones de la chica que se dejaban ver alerta y tan despiertos que a Sean se le hizo agua la boca. Ellie dejó escapar un gemido y él le devoró la boca de nuevo.

Entonces ella sintió las palpitaciones en su entrepierna y también sintió el agua del mar batiendo con suavidad en la orilla.

Bajó la intensidad del beso y se despegó un poco de Sean.

—Estamos en el medio de la playa. Vamos a calmarnos un poco.

Sean la vio divertido y agradeció haberse puesto el bañador de lycra debajo de sus shorts estilo surfista, porque si no, su erección hubiese sido visible al otro lado del mundo.

Ellie quedó atontada con las caricias y los besos. Y pensó que había salido bien en ese instante, no se cruzó Danny por la cabeza.

—Mi madre nos quiere de regreso hoy en casa. Vamos a tener una cena de pre despedida.

A Ellie le pareció perfecto para así no tener la tentación de seguir con esos besos desquiciantes y caricias que simulaban ser sin intención.

Ella volvió a su tumbona, bebió un sorbo del nuevo daiquirí que le trajeron minutos antes y lo vio a los ojos.

—¿Por qué quieres saber cómo ocurrió todo entre Danny y yo?

—Porque soy un maldito masoquista que quiere nutrirse de tu sufrimiento para liberarte de él y para que pueda ir hasta la casa del idiota y partirle la cara.

Ellie abrió los ojos de nuevo por sorpresa.

—Sean... tú no...

—No. Voy a confesar que me muero de ganas de tenerlo frente a frente y sí, también voy a confesar que pensé seriamente en ir a su casa y contarle todo a su mujer pero preferí escuchar a todos los que me aconsejaron que no lo hiciera porque te perdería.

Ellie asintió con el ceño fruncido.

—Es lo que hubiese ocurrido. No te lo habría perdonado.

Esta vez fue él quien la vio con sorpresa.

—¿Lo defiendes? —Ella negó—. Entonces por qué no me habrías dado el visto bueno si le hubiese jodido la vida entera como él te la jodió a ti. Por su maldita culpa te tomaste unas pastillas con las que casi te mueres.

—No fue su culpa, fue mi decisión. No lo estás viendo con claridad ni estás siendo justo con él. Mi reputación de ser la mujer más dramática de Boston no es una pantalla, es algo genuino que tengo en mi interior con lo que intento luchar día a día porque esta manía de drama siempre me lleva a conocer a

hombres que solo le aportan más drama a mi vida.

—Yo no voy a hacerte eso.

—De igual manera lo que está pasando entre nosotros me asusta mucho.

—¿Pero te gusta? —la observó con nerviosismo y picardía.

—Sí, Sean, me gusta. Sin embargo, mi sistema, programado para el drama, no me permite dejar de pensar en Danny. Es una lucha que se me presenta día tras día entre mi pasado y mi presente. Tú y él —Él la vio con dolor—. Y por esa mirada es que me niego a abrirle mi corazón a nadie más, sobre todo a ti. Eres maravilloso, Sean, pero tengo a Danny clavado en lo más profundo de mi corazón y no sé cómo arrancármelo. Las terapias con Anderson me han ayudado mucho más de lo que creía y he mejorado. No sufro más ataques de pánico por las noches y eso me hace sentir más tranquila y confiada al momento de dejarme vencer por el sueño y gracias a esas terapias me he dado cuenta de muchas cosas en mi personalidad que antes no lo hacía. Sin embargo, no he conseguido la forma de apartar mi ser a Danny, sus recuerdos, su olor, su voz, sus caricias —Sean tenía la vista clavada en el mar turquesa y calmo aunque su mirada no reflejaba esa tranquilidad del mar. No. Tenía el ceño fruncido y la rabia le salía por los poros—. Anderson asegura que es un ciclo, que todo pasa y que muchas cosas se curan con el tiempo y espero que así sea. Y No te voy a contar ni ahora, ni nunca lo que ocurrió entre Danny y yo. Es de verdad una actitud masoquista por tu parte, además, no hay nada útil para contar solo mentiras, falsas promesas, mucho sexo, un corazón roto y una vida que casi se pierde.

Ella también vio el mar y en ese momento no quiso seguir disfrutando de nada más.

Sean le gustaba, la excitaba, sin embargo, ella no estaba dispuesta a entregarse con la sombra de Danny siempre acechando entre ellos. Evitaría nuevos contactos con Sean y una vez regresaran a Boston, le pediría que la deje en paz un tiempo.

Sí, eso es lo que haría.

La cena en casa de la familia Norton estuvo de lujo «como siempre» pensó Sean mientras entraba en la habitación para cambiarse y finalmente acostarse a dormir.

Al día siguiente irían de paseo por la isla y quería levantarse temprano. A Ellie le pareció buena idea y por ello decidió imitarle. Ella se encontraba cambiándose la ropa en el baño, aprovechando así para hacer lo que ella misma

llamaba «La rutina de belleza nocturna» que Sean no tenía muy claro en qué demonios consistía pero sabía que necesitaba de mucho tiempo.

Se metió en la cama, la misma que tenía casi dos semanas compartiendo con Ellie y suspiró. No sabía cómo diablos había podido dominar sus instintos más viscerales hasta ese momento y ese día en particular, después del beso que le dio a Ellie en la playa y la forma en la que ella reaccionó a sus caricias, Sean no era un ejemplo a seguir de autodomínio.

La maldita erección iba y venía según Ellie hablaba, lo miraba, él la veía de espalda, le analizaba el trasero o los senos que él consideraba pequeños pero perfectos a su vista. Se moría por tocarlos, llevarse a la boca esos pezones que...

Suspiró de nuevo y se colocó en posición fetal porque era la única manera de que Ellie no viera lo que le ocurría en ese momento.

Se estaba tardando más de lo normal, pensaba Sean mientras se daba la vuelta para vigilar la puerta de la habitación.

O era tal vez que él se encontraba más necesitado de su presencia esa noche.

Intentó pensar en muchas cosas para distraer su ansiedad sexual aunque no parecía estar surtiendo efecto.

Sin embargo, encontró la manera de anclarse en un pensamiento que evitaba desde hacía unos días al estudiar el comportamiento de Ellie con él. Nada estaba saliendo como él lo había planeado. Desde que llegaron a la isla y él le robó el primer beso en el aeropuerto, él asumió que día a día conseguiría ablandar un poco más a Ellie y acercarla a sus verdaderos sentimientos, los que ella se negaba a ver. Al principio lo creyó fácil. Ellie lo veía con tanta intensidad en algunas ocasiones y con tanta ternura en otras que hasta su madre le dijo que la chica no tardaría en caer, y todos parecían estar muy equivocados.

Dalila no podía creer toda la historia que Sean le contó y lo animó a tener paciencia y tratar a Ellie como si fuese su mujer. «No intentes conquistarla, solo imagina que ya la conquistaste y ahora debes mantenerla interesada en ti todos los días de tu vida» Su madre le aseguró que ahí estaba la clave de los matrimonios duraderos y llenos de amor, además, le comentó algo muy sabio al decirle que lo fácil era la conquista lo difícil era mantener el interés en la persona amada.

Sean pensó en que su madre y el padre de Leah debían inaugurar un blog o algo así en el que den consejos de amor a los necesitados.

Sonrió.

Escuchó la cisterna activarse por tercera vez y después de ver el reloj y darse cuenta de que Ellie llevaba más de 30 minutos en el baño, empezó a preocuparse.

Se levantó y tocó la puerta con los nudillos.

No obtuvo respuesta.

Algo no iba bien.

Volvió a tocar y esta vez alcanzó a escuchar algún sollozo de Ellie que quedó ahogado con la cisterna del váter.

Estaba llorando.

Pegó la frente a la puerta y respiró profundo.

—Sal de ahí, Ellie. Ven conmigo.

Los sollozos se hicieron sentir más y la cisterna aún no se llenaba para poder ser vaciada de nuevo.

La sintió sorber por la nariz.

Recordó la conversación que tuvieron en la playa ese día y empezó a cuestionarse el haber actuado con tanta imprudencia.

Se sentó en la cama y después de algunos minutos, Ellie salió del baño aun con la ropa puesta, la cara recién lavada y las marcas del llanto que no pueden borrarse con agua y jabón.

Se veía a las manos mientras las frotaba una contra la otra y se acercaba a él.

Sean empezó a ponerse nervioso. Usualmente ella se acercaba a él con confianza para buscar consuelo, y ese día estaba teniendo cautela.

Su corazón empezó a sentirse extraño.

—Ven —palmeó la cama a su lado indicándole a Ellie que se sentara junto a él—. Vamos a hablar.

Ella se sentó y se vieron por unos segundos a la cara. Momentos en los que él temblaba en su interior porque no sabía qué venía a continuación y ella estaba decidida a no seguir con esa situación entre ambos.

Sean no sabía cómo hacer la pregunta porque en la mirada de la chica estaba claro que acababa de tomar una decisión que no le iba a gustar a nadie. Ni siquiera a ella misma que estaba echa un manojo de nervios en ese momento.

Le acarició el rostro y ella ladeó su cabeza para atrapar la mano de Sean y besarla en la palma.

Sean no supo cómo controlar la emoción que lo dominó en ese momento con un gesto tan simple de parte de ella.

Dejó escapar una exhalación y sus ojos ganaron un brillo especial.

Ella lo vio con compasión.

Y miedo.

Pero Sean se negaba a darse por vencido. ¡Maldición! Es que ella no se daba cuenta de que lo quería, si se lo estaba diciendo a gritos con la mirada.

Se acercó a ella y la besó con sutileza en los labios. Quería medir su aproximación, que si la chica le permitía, no pondría el freno.

La seduciría hasta que ella no pudiera pensar más y se entregara por completo.

Ellie le rodeó el rostro con las manos y lo vio. Sean quería entender qué ocurría con ella y a la vez, no quería darle tiempo a pensar en ninguna tontería de las que le pasaban por la cabeza en ese momento.

La besó de nuevo, esta vez fue más invasivo y ella se lo permitió. Se besaron con suavidad, saboreándose, reconociéndose.

Y entonces, Sean no soportó más la tortura del no saber qué pasaba por su mente; y el dolor que le producía su erección, todo tenía que quedar resuelto esa noche. Todo.

Sus manos empezaron a recorrer con delicadeza el cuerpo de Ellie que tras soltar el primer gemido y sentir que empezaba a ceder ante Sean, se detuvo en seco y se separó de él.

Sean se acercó a ella de nuevo. Su mirada era diferente. Parecía dudar de lo que minutos antes había decidido.

¿Se estaba dando cuenta de que no podía seguir luchando contra lo que sentía por él?

Sean no le iba a preguntar nada. Solo actuaría esa noche.

Pero Ellie no se lo permitió. Cuando él se disponía a darle un beso de esos que la dejaban viendo estrellas, ella levantó la mano y puso espacio entre ambos.

Lo veía con temor.

—¿Qué te ocurre, Ellie? —Sean se sintió angustiado. Por una vez en su vida se quedó en blanco y sin saber cómo actuar cuando vio a Ellie negar con la cabeza como si estuviese callando sus propios pensamientos y sus ojos se enrojecieron de nuevo.

—Me estas asustando, Ellie —Sean se llevó una mano al pecho. De verdad se sentía mal. Necesitaba que ella le dijera qué diablos pasaba por su cabeza en ese momento.

—No quiero esto, Sean. No lo quiero. No quiero salir lastimada de nuevo. No.

Sean la vio incrédulo cuando lo entendió gracias a su mirada. ¿De nuevo con eso? ¿Hasta cuándo iba a dudar de él?

—¿Me estás hablando en serio? ¿No te he demostrado mil veces que no pienso lastimarte jamás?

—Es en serio. No puedo seguir con esto. Me hace daño y a ti también.

Lo vio con duda.

—Ellie, siéntate, vamos a hablar de lo que estás sintiendo, cariño — intentaba serenarse él también aunque no lo conseguía porque le dolía en el alma

que Ellie pudiese pensar que la lastimaría como hizo el maldito Danny o los imbéciles con los que se topó antes. ¿No estaba claro que él era otra clase de hombre?

En ese momento, Sean sintió que podía aguantar que ella hiciera miles de comparaciones entre Danny y él, incluso podría aguantar compartir el corazón de la chica con ese idiota, pero se le estaba haciendo insoportablemente doloroso el hecho de que ella lo creyera uno más del montón.

—Ellie, por favor —ella dejó fluir su llanto y negó con la cabeza.

Sin decir nada, cruzó los brazos a la altura del pecho y le dio la espalda.

Sean no salía de su asombro. ¿Qué diablos estaba pasando?

La vio tomar su bolso, su equipaje, y salir de la habitación.

Sean quiso detenerla pero le faltó voluntad para ponerse en pie.

Se sentía agotado. Habían sido dos semanas muy intensas conquistando a Ellie poniendo lo mejor de sí para demostrarle a ella que él valía la pena y que juntos llegarían a ser muy felices.

En ese momento, por una vez, decidió que haría lo que ella le estaba pidiendo. Por el bien de los dos.

Ella tenía que aclararse de una maldita vez y él, bueno, él también debía hacerlo porque no podía pasarse el resto de la vida detrás de una mujer que se refugiaba en sus malditos miedos al amor.

¿Estaba cansado?

Sí, lo estaba y tenía el derecho a estarlo.

Se acostó en la cama y sin darse cuenta, un río de lágrimas empezó a fluir de sus ojos.

No le quitaba razón a Ellie, el amor dolía un maldito infierno.

Capítulo 10

Ellie llevaba más de un día sumergida en la oscuridad de la habitación del hotel en el que se hospedaba.

No quería hablar con nadie ni ver a nadie.

Después de salir de casa de los padres de Sean, envió un mensaje a Leah diciéndole que aún estaba en la isla, que estaba bien, que no cometería ninguna estupidez y que, por favor, le dijera a Sean que no la buscara más.

Leah quiso saber más, sin embargo, Ellie le dijo que si no dejaba de enviarle mensajes y si no dejaba de insistir en hablar de lo que le ocurría, metería su móvil en el váter y nadie podría localizarla hasta llegar a casa.

Leah le respondió de mala gana y aceptó su petición con protestas, pidiendo a cambio que llamara a Anderson para que hablara con él, pero Ellie también se negó. Era cierto que una conversación con Anderson le vendría muy bien, mas en ese momento, solo quería hacer lo que necesitara con el corazón y una de las peticiones ese órgano que tenía tan lastimado últimamente era no tener contacto con ningún otro ser humano hasta llegar a casa.

Lloró muchas horas y se alegró de hacerlo porque sin darse cuenta dejó salir sentimientos de los que no era consciente hasta ese momento.

Danny siempre estaría presente en su vida porque fue la relación con él lo que accionó su estupidez de intentar quitarse la vida y aquello era un hecho del cual no se olvidaría jamás y por ende no podría olvidar a Danny, y siendo ya consciente de eso, se dio cuenta de que sus sentimientos por Danny eran como una ilusión.

Como los oasis que encuentran los que se extravían en medio del desierto.

Eso le hizo sentir mejor, sin embargo, no acababa de sentirse bien por completo porque no entendía cómo debía sentirse con respecto a Sean.

Y por más vueltas que le daba al asunto, no le encontraba una solución lógica.

Recordó la última noche que estuvieron frente a frente y sintió ganas darse un puntapié por haber sido tan malagradecida con él y con su familia después de todos los tratos maravillosos que le dieron.

Sobre todo él.

Sacrificó una vida, una carrera entera por ella. Su ciudad natal, sus amigos, todo lo dejó por seguirla y después cuando ella estuvo muy mal, fue gracias a él que salió adelante.

Pensó en esas noches, no muy diferentes a esa última en soledad en el hotel, en las que despertaba aterrada pensando que la muerte vendría por ella de nuevo; y siempre estuvo Sean ahí para salvarla.

Era como un caballero de antigua armadura que vigilaba de cerca para cuidarla y amarla.

Un nudo se alojó en su garganta al pensar en eso.

Ya no sabía si era de tristeza o si era otra cosa.

Estaba tan confundida, tan enredada entre lo que debía agradecer solo por ser cortés y lo que quería demostrar porque así lo sentía.

La mirada de Sean esa última noche aún la tenía entre sus recuerdos como uno que no borraría nunca porque la hizo sentir miserable. Tal como podía sentirse ahora entre tanta negrura y soledad.

Tenía que admitir que no solo salió adelante gracias al apoyo incondicional de Sean, sino que además, la vida con él era más...

—Hermosa.

Comentó en voz alta, y ese pensamiento fue el que revolucionó todo su sistema haciéndole ver que no solo fue mal educada y malagradecida con los Norton si no que, encima, si seguía dejándose dominar por sus confusiones, perdería una buena oportunidad que la vida llevaba tiempo intentándole hacerle ver y que ella se negaba a aceptar.

Su mente empezó a bombardearla con recuerdos que en un segundo transformaron su tristeza en ansiedad por hablar con Sean.

Recordó todo, desde la primera vez que lo vio en la sala de urgencias cuando fue a buscar a Leah que se había lastimado. Ese día, ambos cruzaron una mirada que los hizo reconocerse aunque ella admitía haberla pasado por alto porque Danny estaba en su vida.

Cuando recordó esa mirada entre Sean y ella, su corazón dio un vuelco que la obligó a levantarse de la cama abrir las cortinas y meterse en el baño para darse una larga ducha.

Salió, se preparó un café de esos horribles del hotel pero que le ayudaba a concentrarse en los siguientes pasos que debía dar.

Se fijó en que el sol resplandecía sobre el mar, se acercó a la ventana y observó a la gente caminar por la avenida, muchos con cámaras en mano inmortalizando unas vacaciones que algunos quizá no puedan repetir de nuevo.

Recordó también el día en el que se tomó las pastillas y dio gracias por estar allí.

Por no haber cruzado la línea. Porque todavía no era su momento.

Y las palabras se arremolinaron en su cabeza como si alguien, desde otra dimensión, intentara enviarle un mensaje.

«Porque tienes derecho a ser feliz. Busca la felicidad, Ellie»

Sean apareció en su cabeza con su sonrisa dulce y sus ojos traviosos.

Se llevó una mano a los labios pensando, no, sintiendo de nuevo el beso que se dieron en la playa.

Su entrepierna vibró, exigió más de esos besos.

Y toda la pasión que empezaba a sentir quedó suspendida cuando finalmente recordó las palabras de él: «Te amo, Ellie»

La primera vez que se lo dijo, fue una de esas noches de despertar con el miedo acechando y él alejándolo de su vida. Cuando por fin ella conseguía calmarse y dejarse vencer de nuevo por el sueño sabiendo que entre los brazos de Sean nada ni nadie podría lastimarla, una de esas noches, escuchó el susurro lejano de un «Te amo» tímido que después salió sin más durante el viaje a la isla.

Y no podía olvidarse de todas las veces que él le dijo cosas increíbles a ella que jamás pensó que un hombre le diría.

Entonces entendió que una de las cosas que más le gustaban de Sean era su sinceridad para lo bueno y lo malo.

La amaba, se lo demostró todo este tiempo, incluso antes. Lo demostraba con los hechos que Danny nunca le dio.

¿Cómo fue tan tonta de no darse cuenta antes de que tenía sentimientos muy profundos por Sean?

¿Lo amaba?

¿Le correspondía con la misma magnitud a él?

Las manos le temblaron al pensar en un sentimiento tan grande hacia Sean ahí, oculto en su interior, con su necesidad de aferrarse a lo imposible machacando lo que sí era posible desde siempre.

¿Cómo pudo ser tan estúpida?

Su necesidad de soledad se transformó en necesidad de hablar con urgencia.

Pensó en Leah pero de seguro estaba durmiendo, aprovechando cada minuto que el pequeño John le cedía para reponer energías, así que optó por su hermano.

El teléfono repicó apenas una vez.

—¿Estás bien?

—Sí, cálmate. Estoy bien.

—Pues tu voz no dice eso, Ellie.

—Soy tan estúpida, Ryan. Me merezco todo lo que me está pasando.

Ryan, al otro lado del teléfono, se desinfló y sintió una gran compasión por su hermanita. Ojalá la vida y Sean le dieran otra oportunidad.

—¿Has hablado con él?

—No. Leah me llamó para decirme lo poco que le contaste y se enteró del resto por Sean, que llamó a Ben para explicarle un poco cuál era la situación y que pusiera al tanto a Leah. Sabe en dónde estás. Y me envió toda la información por correo electrónico. Me pidió que no te llamara. He intentado hablar con él pero las dos veces que llamé no me respondió y prefiero no insistir. Me imagino que no quiere saber nada de nosotros por un tiempo.

Ellie no pudo aguantar el miedo que sintió tras escuchar a su hermano decir aquellas palabras.

¿Perdería a Sean?

Las manos le temblaron de nuevo y dejó escapar un sollozo.

—Por dios, Ellie, deja de ser tan tonta y sufrir por gusto. Búscalos. Todos hemos notado la felicidad que te da estar con él. Tú eres la única que no quería verlo. No lo dejes escapar.

Ellie era incapaz de controlar el llanto.

—Creo que lo amo y estoy aterrada, Ryan, porque le dije algo que no creo que sea capaz de perdonarme.

—Por favor no me digas que lo comparaste con Danny.

Ellie bufó con ironía.

—No —se limpió las lágrimas y trató de calmarse—. De hecho, me dijo que eso lo podía soportar perfectamente; incluso, me dijo que podía aguantarse que en mi corazón existiera un lugar para Danny que yo creía que no podría sacarlo de allí nunca más —Ellie le contó a su hermano lo mucho que Sean se sintió ofendido y dolido cuando ella insinuó que él podría lastimar sus sentimientos.

—¡Dios! Ese hombre es un santo y tú, una idiota.

—Lo sé, tonto, ¿por qué crees que estoy llorando como lo hago?

—¿Y piensas que llorando vas a resolver algo?

—No.

—Entonces mueve el trasero, Ellie, y ve a luchar por tu felicidad de una maldita vez.

Ellie sonrió a medias. No se equivocó en llamar a su hermano, era él quien siempre conseguía dominar su gen de drama máximo y castigarlo en el rincón para hacerle ver las cosas con más claridad.

Solo esperaba que no fuese demasiado tarde para enmendar el error con Sean y poder decirle todo lo que sentía por él.

Sean aterrizó en Boston con un humor de perro y con ganas de ir a reventar la bolsa de boxeo del gimnasio con los puñetazos que quería darle a la vida por hacerle sentir tan asquerosamente mal.

Se lo tenía merecido por empecinarse en un imposible.

Ellie había sido un imposible desde el principio y él nunca quiso verlo. De no sentirse tan mal y tan desdichado, habría podido asegurar que Ellie solo era un maldito capricho en su vida.

Aunque él no era un hombre de caprichos; persistente, sí, que era diferente.

La ciudad se le hizo extraña a pesar de tener tiempo viviendo allí. La veía gris, carente de esa elegancia que lo cautivó la primera vez que la visitó.

Tal como lo cautivó Ellie la primera vez que sus ojos hicieron contacto con su ansiosa mirada.

¡Qué duros estaban siendo esos días sin ella!

Después de la noche en casa de sus padres, en la que Ellie lo lastimó dudando de sus sentimientos por ella, Sean decidió no llamarla, no buscarla, no interrumpir más su proceso. Decidió que, por el bien de ambos, la dejaría recorrer en soledad su camino de tristeza, despecho o lo que quiera que fuera que estuviera viviendo. No sabía cuánto tiempo aguantaría sin hablar con ella pero intentaría dominar a sus ganas lo más que pudiese.

Al principio, sin tener una ocupación, dudó en que aquello fuese a ser posible aunque parecía que la vida estaba enviándole cosas en las que mantenerse ocupado para no pensar en Ellie.

El jefe del hospital le llamó para darle la buena noticia de que consiguió reincorporarlo en su trabajo porque parecía que la madre de Ellie dejó de persistir en ser una piedra en su camino profesional. No sabía si darle las gracias o temer ante tanta bondad.

Quiso aferrarse a lo primero y en silencio, envió un agradecimiento a la vida, porque consideraba que la madre de Ellie no necesitaba ningún tipo de agradecimiento.

El caso es que allí estaba, intentando poner orden en todo el caos que se había convertido su vida.

Pidiéndole a Dios un milagro que le hiciera ver a Ellie que él la amaba con total sinceridad.

También rezó por conseguir un pasaje que lo sacara de la isla antes que a Ellie porque no quería encontrarla en el mismo vuelo, asientos contiguos.

No. Y en eso Dios fue rápido y se lo consiguió tan de prisa que no le dio

tiempo a despedirse de sus padres con calma.

Dejó a su madre muy preocupada.

Suspiró llegando a su casa y sintiéndola más ajena que la ciudad.

Tenía tanto tiempo sin pasar por allí que ya ni la sentía suya.

Encendió las luces y levantó las persianas.

El día estaba espantoso.

Gris, como su corazón, pensó.

Le quedaban unas horas para entrar de nuevo a su turno de trabajo y estaba ansioso porque pasaran pronto porque no quería seguir pensando en Ellie.

Sentía que iba a enloquecer en cualquier momento.

Desempacó el equipaje que traía de la isla pensando que ojalá así pudiera desempacar los recuerdos de esa mujer que se le había metido en la piel.

Y cuando pensaba que iba a sucumbir en la locura absoluta por tanto pensar en Ellie, su móvil sonó dejándole leer Dr. Fitzgerald.

Le extrañó la llamada y contestó sin más.

—Norton.

—¡Sean! Me alegra saber que tienes el mismo número. He estado intentado llamarte pero no conseguía comunicarme contigo. Tenemos que hablar de algo muy importante.

«Tan directo como siempre», pensó Sean con respecto a su antiguo jefe.

—Tú me dirás.

—No, esto tiene que ser en persona.

—Estoy en Boston, Fitzgerald.

Su interlocutor bufó.

—Ya lo sé, y necesito que vengas cuanto antes. ¿Mañana?

Sean abrió los ojos pensando en su puesto de trabajo.

—Verás, Fitzgerald, hasta dentro de unos días no puedo ir. Una historia muy larga que te contaré en otro momento.

—Tonterías, me la contarás mañana. Haz lo que tengas que hacer para llegar porque te va a interesar.

Y le colgó la llamada.

El Dr. Fitzgerald aún no le perdonaba que se marchara del hospital sin más.

Lo consideraba su mejor médico de urgencias y cuando le dejó caer la renuncia en el escritorio, le dijo que se fuera al infierno.

Le sorprendía que ahora le estuviese llamando para decirle que tenía que conversar en persona algo con él y que le iba a interesar.

Suspiró.

No podía rechazar la petición de Fitzgerald porque había logrado

despertar su curiosidad, así que se arriesgó a llamar a su actual jefe y decirle una blanca mentira y este, que sabía la clase de médico que tenía entre su personal, le concedió creerse la mentira que le decía para que resolviera lo que sea que tuviera que resolver y llegara al hospital centrado en su trabajo que era lo que quería de él.

Así, Sean dejó todo listo para ir a Nueva York al siguiente día sin saber que sería un día de esos que determinarían el resto de su vida.

Capítulo 11

Sean había planeado dormir en el vuelo a Nueva York porque no consiguió pegar ojo en toda la noche pensando en Ellie.

Ella tenía que haber llegado ese mismo día a Boston, agradeció que encontrara vuelo antes de la llegada del de ella porque lo último que quería era encontrarla «de paso» en el aeropuerto.

Aunque se moría de ganas de verla, de hablar con ella, debía seguir firme con su decisión de dejarla tranquila tal como se lo pidió en la isla.

¡Qué difícil se le hacía! Era como sus pacientes cuando tenían alguna adicción y abandonaban urgencias prometiendo que nunca más volverían a caer, asegurando que serán fuertes aunque las pruebas de la vida sean dolorosas; y unas semanas después, o días después, regresaban incluso en peores condiciones.

Así se sentía con respecto a Ellie. Algunas veces fuerte y capaz de olvidarla pronto y otras, bueno, otras simplemente quería correr, buscarla, besarla hasta borrarle la memoria.

Y recordó cómo lo excitaba la chica con tan solo darle un beso apasionado.

Pasó todo el vuelo removiéndose en el asiento para calamar su excitación de alguna manera.

Buscó otros recuerdos en su memoria pero todo le conducía al deseo que Ellie despertaba en él.

Para cuando aterrizó en la Gran Manzana, él y un zombi contaban con un gran parecido. Y su apatía y mal humor eran capaces de hacer que la gente a su alrededor lo viera con mala cara por lo descortés que estaba siendo en sociedad.

Cuando llegó al hospital, varias de sus compañeras corrieron a saludarle y él intentó mostrarse cordial, sin embargo, lo que deseaba en ese momento era decirles a todas que lo dejaran en paz y se largaran a sus puestos de una maldita vez.

Su móvil sonó, era su madre. Se detuvo y respiró profundo para responderle.

—Hola, madre.

—Sean Norton, me tenías muy, muy preocupada. ¿Se puede saber por qué no me enviaste un mensaje indicándome que habías llegado a Boston?

Sean se pinchó el puente de la nariz con los dedos y se apoyó de una de

las paredes del hospital.

—Lo siento, madre. Lo olvidé y tuve que coger otro vuelo a Nueva York porque mi antiguo jefe llamó solicitando reunirse conmigo de inmediato.

—Ajá. Ya veo.

Hubo un incómodo silencio entre ambos.

—Antes de que me digas algo más, y de que vayas a hacer alguna estupidez de la que puedas arrepentirte, quiero que sepas que Ellie estuvo aquí buscándote.

A Sean le temblaron las rodillas.

—No pudimos conversar mucho tiempo —continuó su madre—, porque vino antes de tener que marcharse al aeropuerto y he de decir que deberías buscarla y hablar con ella. Esa pobre criatura ya sabe que se equivocó al dudar de ti y, cariño, esa chica tiene sentimientos por ti muy serios. No la dejes escapar.

Sean sonrió.

—Mamá, ¿por qué no me llamaste antes para decirme esto?

Su madre bufó.

—¿Y crees que no lo intenté? Tu teléfono parecía tener algo en mi contra. En fin, ya sé que estás bien y que tu humor mejoró porque me llamaste «mamá» y no «madre», como al principio de nuestra conversación. Ahora, no pierdas tiempo y regresa cuanto antes a Boston.

Se despidieron justo en el momento en el que Fitzgerald salía de su oficina y vio a Sean.

—¡Llegaste! —se saludaron con un abrazo amistoso—. Vamos a mi oficina y hablemos, que te tengo una propuesta que no vas a poder rechazar.

Cuando Ellie entró en su apartamento y lo encontró libre de todas las pertenencias de Sean, casi se echa a llorar todo el día en el suelo.

Sin embargo, decidió que aquello no era lo propio de hacer, debía empezar a dejar su drama a un lado y empezar a comportarse como una mujer adulta y capaz de resolver sus problemas sin llorar a cada cinco minutos.

Pasó mala noche. Las pesadillas del vacío de la muerte estaban regresando y empezaba a temerle a la hora de irse a la cama.

Pensó en llamar a Sean pero Dalila le comentó que le llamaron del hospital para que se reincorporase cuanto antes, y con como quedaron las cosas entre ellos, le pareció muy lógico que Sean saliera corriendo de la isla en el primer vuelo que encontró. Ella habría hecho lo mismo de estar en su lugar.

Y sí, pensó en ir al hospital y pedirle que la perdonara allí mismo, pero

después de tanto tiempo que el pobre estuvo alejado de su trabajo, por su culpa, lo menos que podía hacer era averiguar hasta cuándo trabajaría y luego, hacerle una visita en casa.

Ella debía hacer lo mismo, ocupar su tiempo en su empresa y eso haría.

Se dio una ducha y se arregló sin mucho esmero porque no le apetecía. La mañana estaba oscura, las nubes eran una masa grisácea espesa que se movía con lentitud sobre la ciudad.

Odiaba ese clima y odiaba sentirse de la manera en la que se sentía que era muy parecido a lo que veía en el exterior.

Salió de casa, compró un café en el *Starbucks* de la esquina y cuando llegó a la oficina, se detuvo enfrente a admirar el buen trabajo que Leah y ella seguían haciendo.

Pasaría por casa de Leah al finalizar la jornada, antes de ir a casa de Sean.

Su amiga seguía de baja por su reciente maternidad aunque visitaba con frecuencia el negocio. Sus empleados eran muy profesionales, sin embargo, ya se sabe que las cosas no funcionan igual si el jefe no está visible aunque sea un rato en el día.

El personal la recibió con sorpresa y alegría. Se esmeraron por hacerla sentir cómoda en su regreso oficial a la compañía.

Anderson lo había aprobado.

La noche anterior, Ellie llamó a Anderson mientras intentaba controlarse de uno de sus asquerosos ataques de ansiedad nocturnos, y tras hablar de Sean la mayor parte del tiempo, Anderson le sugirió que volviera al trabajo cuanto antes. Que se apuntara a algún tipo de actividad que le ayudara a liberar el estrés que tenía acumulado también.

Y lo haría, porque sentía que lo necesitaba.

Pensó en Sean de nuevo y suspiró.

Sacó su agenda y la puso al día con todos los pendientes.

Llamó a algunos proveedores, hizo tres pedidos y salió a visitar a dos nuevas clientas que querían celebrar la fiesta de sus respectivas hijas en casa. Necesitaba ver el espacio, saber qué querían de decoración, las actividades que les gustarían para animar la fiesta, entre otras cosas.

Se mantuvo distraída gran parte del tiempo.

Consiguió hablar con su padre, apenas unos minutos, pero lo suficiente para indicarle que estaba bien y que había regresado al trabajo. Su padre le contó que Lauren estaba arrepentida de su comportamiento con ella y que quería hacer las paces con sus hijos. Quería invitarles a comer a ambos el próximo domingo. Ellie sonrió ante aquella oferta, quería ella también hacer las paces con

su madre pero necesitaba organizar primero su vida con Sean.

Así que pospuso el almuerzo para las siguientes semanas.

A media tarde, cuando tenía todo bajo control en la oficina, pensó en llamar a Leah para avisarle que pasaría por su casa. Buscó su móvil.

Se encontró con una concha marina tornasolada por uno de sus lados que Sean encontró en la playa. El último día de playa juntos en el hotel.

Suspiró. Tomó la concha entre sus manos y la apretó con fuerza cerrando los ojos.

Revivió cada momento del viaje, incluso, dejó que su mente viajara más atrás y la llevara a cada momento que compartió junto a Sean.

Sus labios esbozaron una dulce sonrisa y su rostro se iluminó con cada recuerdo.

Ni hablar de la manera en la que sus emociones despertaron cuando recordó los besos sensuales y las caricias que Sean le había dado. ¿Cómo sería estar en la cama con ese hombre?

Quería averiguarlo, necesitaba estar con él de esa manera tan íntima para poder saber si encajaban a la perfección en todo. Porque estaba claro que en el día a día encajaban muy bien y en cuanto a los sentimientos, pues ya no había duda de nada por su parte.

Ella estaba enamorada de Sean. Lo necesitaba.

No hubo un momento exacto para darse cuenta de eso con tanta certeza, pero sabía que ese hombre era su compañero, su complemento.

Él le hacía bien, la amaba como ningún otro hombre la había amado y lo más importante, era que se lo demostró cada día que pasó junto a ella.

—Ellie, disculpa que te interrumpa —la chica protestó en su interior por la interrupción aunque no le dijo nada a su empleada, era normal que la interrumpiera, nadie la mandaba a soñar con el hombre perfecto para ella en su horario de trabajo. Esbozó una sonrisa divertida pensando en ese comentario—. Te buscan.

La chica hizo señas con el pulgar hacia atrás y cuando Ellie enfocó la vista, ya era demasiado tarde.

Danny.

Danny Harris la saludaba con una sonrisa tímida y la mirada cargada de culpa.

Capítulo 12

Cuando Ellie parpadeó de nuevo, absorta, confundida, y sin saber qué decir, Danny ya se había puesto de pie y caminaba hacia ella.

La oficina de Leah y Ellie estaban unidas en el mismo espacio y apenas las separaba una pared de cristal de la recepción que ubicaron en la entrada del local para que los clientes pudieran tener una mayor comodidad si tenían que esperar a que les entendieran o si esperaban a que finalizara alguna de las fiestas privadas para adolescentes que organizaban en la última parte del mismo establecimiento. Los padres siempre podrían saber qué ocurría en torno a sus hijos sin que estos sintieran directamente vigilados.

Cuando vio que Danny estaba por entrar en su oficina, reaccionó de inmediato y se puso de pie caminando en su dirección llegando a la puerta antes que él e indicándole con la mano que regresara a la recepción.

Ellie no tenía idea de cómo sentirse porque en ese momento no sentía nada y no sabía si aquello era una buena o una muy mala señal.

Su empleada de confianza se retiró a la parte trasera del local para darles un poco de privacidad pero estaba atenta por si Ellie necesitaba ayuda. No conocían a Danny físicamente, nunca se había dejado ver allí sin embargo, ya se sabían la historia y la forma en la que Ellie cambió la expresión cuando la chica le anunció la presencia de Danny, alarmó a todo el personal.

Danny la abrazó por sorpresa y el contacto le hizo sentir un rechazo inmediato por el hombre que creía haber amado como a ninguno. Ahora se daba cuenta de lo que Anderson le dijo alguna vez. Que ese amor por Danny no era real.

—Danny, ¿a qué viniste? —ella se zafó como pudo de los brazos de los que alguna vez hubiese querido ser prisionera.

Danny la vio con tristeza y le acarició el rostro.

—Necesitamos hablar, Ellie.

Ellie le sonrió a medias. Fue más bien una sonrisa sarcástica.

—No tenemos nada de qué hablar, Danny. Todo está muy claro entre nosotros.

Él negó con la cabeza.

Le sonrió de nuevo, pero esta vez vio súplica y esperanza en su mirada.

Se sentó y la invitó a sentarse junto a él.

La cercanía no se le hacía agradable a Ellie pero quería acabar con ese encuentro de una vez. Se sentía incómoda porque las palabras de Danny, sus expresiones, lo que reconocía en su mirada no le causaba ninguna emoción en su interior.

Nada.

Cero.

—Vengo a que me perdones.

Ellie ladeó la cabeza y lo vio con ironía.

—Yo me perdoné a mí misma, Danny. No puedo darte mi perdón porque tú no hiciste nada que yo no consintiera. El error fue mío. Yo creí en tus palabras, yo me dejé seducir por tus besos, permití que existiera algo entre nosotros a pesar de saber que estaba muy mal aquello que hacíamos. El único que puede perdonarse a sí mismo eres tu —Ellie empezó a sentir una paz que desconocía—. Eso te permitirá ser feliz con tu familia.

—Me estoy divorciando finalmente, Ellie, por eso vengo. Quiero retomar lo nuestro —Ellie lo vio con duda—. Tu madre me dio el empujón que tanto necesitaba —la chica abrió los ojos con sorpresa. No se imaginaba a su madre aconsejando a Danny que dejara a su mujer embarazada o con un hijo ya en brazos—. Fue a casa de mi suegra y le contó nuestra aventura.

Ellie se sorprendió aún más. Nunca se hubiera imaginado que su madre haría algo así y no supo qué sentir en ese momento porque no le parecía que la actuación de su progenitora haya sido la adecuada. Pero tampoco podía culparla. Menos juzgarla.

—Vamos a volver, cariño, te he extrañado tanto —Danny la tomó de las manos y Ellie sintió lastima por él—. No sabes lo mal que me sentí cuando me enteré de lo que hiciste por mi culpa —la vio con esa mirada que, un tiempo atrás, la convencía de cualquier cosa. ¿Cómo se pudo dejar engañar por una mirada tan falsa?

Pobre hombre. Se permitió acariciarle el rostro y hablarle con dulzura.

—Danny, lo siento. En ese momento yo también pensaba que me estaba dejando morir por tu culpa, pero como te dije antes, todo lo que dejé que ocurriera en mi vida es mi absoluta responsabilidad y ¿sabes algo? Te agradezco no haber cumplido ninguna de tus promesas, gracias a eso y a todo lo que me ocurrió después, hoy soy otra y encontré mi verdadera felicidad en otro hombre. Uno que sí me valora y me adora y que yo casi dejo escapar por idiota.

—Es imposible que hayas dejado de amarme, mi Ellie —En el pasado, ese sentido de propiedad que se atribuía Danny hacia ella, la hacía derretirse. En el presente, no generó nada en su interior.

Danny estaba buscando no quedar en soledad tal como se lo merecía.

Ella se zafó de sus manos con seguridad, en el momento en el que Leah entraba convertida en una fiera.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —Preguntó a Danny y luego vio a su amiga—: ¿Y por qué diablos estás hablando con él tomada de las manos?

—Sean, espero que estés llamando porque cambiaste de opinión.

A Sean le resbalaban las lágrimas de los ojos.

—¿Estoy a tiempo todavía?

Intentaba ahogar la tristeza en su voz para que Fitzgerald no notara que lloraba casi como un niño.

—Te recibiría incluso si me llamas dentro de un mes, muchacho. ¡Felicidades! Eres el nuevo jefe de urgencias de este hospital. Como te expliqué antes, Johnson se marcha en dos días, pensaba nombrar a un jefe temporal porque algo me decía que debía esperar por ti.

Sean reprimió aún más el llanto.

—¿Estás bien, muchacho?

—Sí, sí. Un poco cansado. Los viajes que hice en menos de tres días empiezan a pasar factura. Estaré volando cuanto antes a Nueva York.

—Sean, si necesitas hablar...

—No, Fitzgerald. Gracias. Lo que necesito es salir de este maldito lugar cuanto antes.

—Bien, aquí te espero.

Colgaron la llamada y Sean dejó el móvil sobre la mesa de noche de su habitación. Se desvistió y se metió en la ducha. Necesitaba dejar salir sus emociones y sellar de una maldita vez sus sentimientos por Ellie. Ese día, Ellie Griffin debía morir para él definitivamente.

Estaba exhausto de sus cambios de parecer, de ir al son de sus emociones.

Debía centrarse y pensar en él, por una vez.

Ya estaba bien de darle la prioridad a Ellie en todo en su vida porque no se merecía tanta buena atención de su parte.

El agua parecía lavar sus penas de manera superficial porque en el interior, se sentía tan mal que no sabía cómo diablos haría para arrancarse a Ellie del corazón.

Tras secarse, encendió el ordenador y revisó las páginas de vuelos. Encontró en tiempo record un vuelo que saldría a última hora de la noche de ese

mismo día.

Suspiró, vio a su alrededor.

No tenía tanto qué recoger. En ese tiempo que llevaba viviendo en Boston parecía que nunca había tenido el tiempo suficiente para desempacar todas sus cosas y habilitar su casa como haría cualquier otro ser humano. Quizá la vida le mandaba ahí otra señal que él, como buen imbécil, se negó a ver.

Cerró el ordenador se colocó un *short* de deporte una camiseta de algodón y cuando empezó a recoger la ropa que tenía en el armario para meterla en la maleta que ya estaba abierta encima de la cama, sintió una presión en el pecho que se disparó cuando recordó a Ellie sentada junto a Danny tomados de la mano y con tanta cercanía entre ellos que despertó una furia en su interior desconocida hasta ese día.

Las lágrimas brotaron de nuevo.

Esa mujer, con su mirada, con su voz, con sus besos, se le había metido en el alma y estaba dispuesto a dar su vida por ella porque la amaría siempre.

Lloró más.

Se frotaba el pecho en un intento de apaciguar el dolor que lo embargaba en ese momento.

¿Cómo pudo Ellie preferirlo a él?

¿Cómo pudo reconectar con un hombre que la engañó al punto que la llevó al borde de la muerte?

Estaba claro que lo que Ellie le dijo a su madre antes de partir de la isla, no era cierto, pensaba Sean en medio de su tristeza. De haber sido cierto, la habría encontrado sola en su negocio y no en compañía del maldito ese.

Entonces, en un acto masoquista, decidió revivir toda la escena de un par de horas antes.

Después de recibir la llamada de su madre, antes de entrar a la oficina de Fitzgerald, estaba desesperado por llegar a Boston, correr a los brazos de Ellie y decirle que no la dejaría ir nunca más aunque ella se lo pidiera mil veces.

Incluso, la mitad de la conversación con su ex jefe permanecía en el limbo porque Sean no le prestó atención hasta que este lo llamó a tierra de nuevo y repitió la propuesta.

Lo quería de regreso en el hospital y le daría el cargo de Jefe de urgencias. Sean no se podía creer que el destino le jugara una broma semejante. Tanto que anheló aquel puesto que parecía nunca llegar y por fin lo hacía cuando la mujer de la cual estaba perdidamente enamorado decidía hacerle caso a sus sentimientos hacia él de una vez y por todas.

Ellie no se mudaría a Nueva York y él era incapaz de irse de Boston sin ella o de proponerle una relación a distancia. No.

En ese momento, pensó en que lo que más le importaba en el mundo era Ellie y bueno, estaba convencido de que más adelante, conseguiría una nueva oportunidad en el hospital de Boston y si esta no aparecía nunca más, no le importaba.

Lo único que quería con toda su alma era tener a Ellie a su lado y sin siquiera pensarlo un segundo, rechazó la oferta de Fitzgerald dejándolo impresionado y desconcertado porque sabía cuánto anhelaba el médico ese cargo.

No dio explicaciones. Solo se negó y se marchó cuanto antes para regresar a Boston y correr a buscar a Ellie que parecía estar muy cómoda junto a Danny.

Frunció el entrecejo y sintió ganas de darle un puñetazo a algo de la rabia que empezaba a dominarlo.

Era médico, sabía que de amor la gente no se moría y aunque existía el síndrome del corazón roto, no iba a permitirle a Ellie nada más. Nada.

Estaba cansado.

Mucho.

Cuando llegó al local en el que Ellie y Leah tienen su negocio, los cristales que separaban el interior del exterior le dio la visión clara y precisa de lo que ocurría en la sala de espera del establecimiento. No conocía a Danny físicamente pero el lenguaje corporal de Ellie, relajado y dispuesto al contacto con ese hombre, con una medio sonrisa en el rostro y escuchándolo con tanta atención mientras él entre palabras, acariciaba las manos de ella o su rostro, fueron las señales necesarias para saber de quién se trataba y en un principio, pensó en entrar y pedir explicaciones pero luego se resistió a hacerlo por dos razones: la primera, quería partirle la cara al imbécil de Danny; y la segunda, estaba claro que eso era lo que en realidad quería Ellie.

Recordó también todas las veces que ella le dijo que no sabía cómo sacarse a Danny del corazón y que no podría volver a amar a nadie porque el recuerdo de Danny no se lo permitiría.

Pues era un hecho que ya no tendría que preocuparse por olvidar a nadie.

¡Qué desconcertante era Ellie Griffin!

Incluso para sus amigos.

Sean se tropezó con Leah accidentalmente después de ver aquella escena entre la rubia y su ex y era tal la cara que llevaba el médico que Leah lo tuvo que detener tirándole de un brazo porque iba como ciego de la rabia que tenía en su interior.

—¿Qué diablos pasa contigo, Sean? —Leah lo observaba preocupada.

—Que estoy harto de Ellie y su maldito juego. Que le vaya bien con ese.

Yo, hasta aquí llegue.

Se zafó del agarre de Leah y se dio la vuelta dejándola atrás, sabiendo que la chica no tenía la culpa de nada y ahora, cuando recapacitaba en la forma en la que actuó se daba cuenta de que antes de marcharse, necesitaba darle a Leah una disculpa por su comportamiento esa tarde.

La llamaría desde el aeropuerto, antes de embarcar. No le apetecía ahora hablar con nadie. Se sentía muy mal como para tener contacto con otro ser humano.

Pensó en su viejo amigo Anderson y quizá con él sí que le vendría bien una charla, pero no tenía tiempo para ello. También lo llamaría desde el aeropuerto y le invitaría a visitarlo en Nueva York porque estaba claro que Sean no regresaría nunca más a Boston.

Lo lamentaba por Ben, Leah y la hermosa familia que conformaron juntos, pero su estabilidad mental y emocional debía ser lo más importante para él a partir de ese momento para poder olvidar a Ellie cuanto antes.

Negó con la cabeza, como si aquella acción le fuese a dar la claridad que necesitaba.

O la tranquilidad.

O a Ellie.

Lloró de nuevo.

Y así estuvo un buen rato hasta que también se cansó de tanto llanto porque sabía que no solucionaría nada con eso. Se secó los ojos con el dorso de las manos y fue al baño para lavarse la cara con agua fría. Necesitaba entrar en acción y recoger la mayor cantidad de cosas en el menor tiempo posible.

Sonó el timbre y volvió los ojos al cielo porque no se sentía con ganas de lidiar con ningún vendedor ambulante.

Decidió ignorar el llamado.

Pero la persona que estaba afuera parecía saber que había alguien en casa.

El timbre empezó a sonar con insistencia y Sean se enfureció por la falta de respeto de la gente.

Abrió la puerta con gran enfado y cuando estaba listo para mandar al infierno al que estuviese importunándole, se le atragantaron las palabras en la garganta porque Ellie era quien estaba de pie frente a él.

—¿Qué quieres? —Ellie desconocía esa faceta de Sean. Pero no lo culpaba.

—¿Hablar? —dijo con suavidad intentando aclarar lo que ya era bastante obvio.

—Dime lo que me tengas que decir, Ellie, y márchate porque no tengo tiempo para esto.

Un golpe bajo para ella. La primera vez que Sean no la veneraba y dejaba todo a un lado por ella.

—Voy a empezar con un: lo siento —la rubia no era tonta y sabía que debía ir directo al grano con Sean en ese momento si quería que él escuchara todo lo que tenía que decirle.

Él la vio a los ojos. Su mirada estaba cargada de furia, estaba muy dolido.

—Luego voy a decir que creía que eras un hombre inteligente, pero ya me doy cuenta de que no lo eres.

Notó el desconcierto en su mirada por un segundo pero el médico se recompuso rápidamente y siguió mostrando su actitud hostil.

—Eres un perfecto idiota —Sean la vio con total asombro—. Sí, Sean, así mismo, eres un idiota. ¿Cómo es posible que me creas capaz de volver con Danny?

La mirada de Sean se suavizó por completo. Aunque él seguía fingiendo.

—¿Me vas a dejar pasar o vas a dejar que tus vecinos te llamen idiota con razón?

Sean frunció el entrecejo y se apartó dejándole paso a Ellie.

Ella entró y colocó su bolso en el sofá pero prefirió permanecer de pie frente a él que la observaba con reticencia y los brazos cruzados en el pecho.

—Bueno, ya estás adentro, vas a seguir llamándome idiota o qué.

Ellie sonrió por lo bajo y lo vio divertida.

—Te ves súper sexy cuando estás enfadado —Él la vio consternado de nuevo—. Mira, lo primero que me tienes que conceder es el derecho a explicarme.

—¿Y luego qué?

—Vamos un paso a la vez —Ellie se acercó un poco a él para quedar frente a frente—. Estaba esperando con ansias a verte. Quería venir cuanto antes y hablar de mis sentimientos contigo. Tu madre me comentó que te llamaron del hospital y no sabía cuál turno tendrías, por eso no te busqué antes. Lo que sí no esperaba, era la visita de Danny —Sean frunció el ceño de nuevo—. Y no voy a extenderme en el tema de Danny porque pertenece al pasado. En su absurdo universo piensa que yo aún lo amo y que voy a abandonar todo por estar con él.

Sean ahora la veía con duda. Había logrado llamar su atención con lo que mencionó en tiempo pasado.

Ellie hizo un corto silencio para poner un poco más de los nervios a

Sean. Le gustaba realmente cómo se veía ese día con ese semblante mal encarado y hasta rudo.

Tenía la sombra de una barba de tres días, el cabello dorado revuelto y los ojos le brillaban con una mezcla de sentimientos en la que dominaba la curiosidad.

Pero se mantenía callado. Esperaba a que ella terminara su discurso.

Y lo haría.

—Verás, Sean, cuando me fui de casa de tus padres sin decir adiós y dudando de ti, pensaba que estaba convencida de que estaba haciendo justo lo que necesitaba. Yo no quería salir lastimada de nuevo y no quería lastimarte más a ti. Después de un día de mucho meditar, me di cuenta de que eres una parte importante de mi vida que no quiero dejar atrás. Te necesito a mi lado porque eres la única persona que me entiende —se acercó un poco más a él—. Eres ese hombre que me arrebató sonrisas y hasta suspiros —Sean sonrió de lado de manera inconsciente y Ellie se acercó un poco más—. Eres el hombre al que admiro por la persistencia que has tenido en conquistarme, porque no te diste por vencido.

—Lo había hecho hasta hace unos minutos.

—No te culpo, aunque creo que fue una tontería de tu parte creer que estaba perdonando a Danny. Tu madre ha debido decirte que fui a buscarte a su casa para arreglar las cosas entre nosotros porque me hacías una falta inmensa.

—Pensé que habías regresado con él.

Ellie bufó divertida y cerró el paso de aire entre ella y Sean. Le pasó los brazos por el cuello y él en un acto instintivo la tomó de la cintura pegándola más, si era posible, a él.

—¿Y perderte a ti? —le preguntó Ellie pensativa—. No, Sean. Danny ya no me importa y lo descubrí en ese momento en la oficina. Estoy agradecida de que lo haya hecho, me ayudó a cerrar un ciclo que parecía necesitar de palabras para quedar cerrado. Mi madre le destruyó el matrimonio.

—Su matrimonio ya estaba destruido, desde que decidió engañar a su esposa. Y tu madre, es una persona de cuidado —dijo con asombro Sean.

—Siempre lo ha sido. No sé si hizo lo correcto. Lo que sí está claro es que intenta hacer las paces conmigo de alguna manera. Controla mi vida indirectamente pero esta vez no me molesta.

Se vieron por un minuto a los ojos.

Ellie sintió tanto en ese momento. No sabía cómo definir en palabras tantos sentimientos que la abrumaban en su interior.

¿Era amor? ¿Así era el amor?

—Creo que necesitamos aclarar nuestro estatus, Ellie. No podemos

seguir como adolescentes yo persiguiéndote y tú rechazándome.

—Tan divertido que es tenerte detrás de mí.

Ambos rieron divertidos.

—Tú sabes cuáles son mis sentimientos por ti, Ellie. Te amo. Y eso no va a cambiar nunca porque te tengo aquí enterrada —señaló el lado izquierdo de su pecho— y no hay manera de que pueda sacarte de ahí. Me iba a costar el mismo infierno intentar olvidarte.

Ella le sonrió con dulzura y se acercó para darle un beso en los labios, tan suave que Sean lo sintió como un suspiro.

—Yo no sé con certeza qué es el amor Sean porque aunque creí sentirlo antes, estoy segura de que no lo era. Tú me has ayudado a darme cuenta de que el amor son risas y alegrías. Sentimientos indescriptibles, ansiedad loca por estar a tiempo entero con alguien en particular. Las mariposas en el estómago, y proyectarse en un futuro junto a esa persona capaz de remover tu mundo entero. Si alguien me da la certeza de que todos esos sentimientos y otros tantos que llevo en mi pecho ahora son la representación del amor, entonces, Sean Norton, definitivamente, te amo.

El labio inferior de Sean temblaba ligeramente y sus ojos brillaron enrojecidos.

—No vayas a llorar, por favor, que me robas el crédito de ser la Señorita Drama.

Ambos rieron nerviosos y se vieron por unos segundos a los ojos.

—Este es el momento en el que me besas, Sean. Bésame hasta que me duelan los labios, por favor.

Sean salivó ante su petición y se acercó para marcar su boca con delicados besos en los labios que fueron dando paso a la seducción y la pasión que ambos estaban conteniendo desde la primera vez que tuvieron un contacto similar.

Ellie se relajó al completo cuando Sean la abrazó con fuerza y la besó con impaciencia.

Vendría lo inevitable, lo que ambos anhelaban, ser el uno del otro en cuerpo y alma.

A las 8.45 p.m. Sean despertó sobresaltado.

Se había quedado dormido después de hacerle el amor a Ellie, que descansaba con la cabeza apoyada sobre su pecho. La acarició con suavidad en la cabeza y alcanzó a ver la hora.

Se frotó la cara con una mano y por un momento, dudó de que todo lo que le estaba ocurriendo fuese cierto.

Abrazó a Ellie con un poco más de fuerza y la chica se arrebujó contra él. Su cálida desnudez le despertó el instinto de poseerla de nuevo pero entonces recordó que no tenía mucho tiempo y que estaba metido en un gran lío existencial.

Por un lado, finalmente estaba con Ellie y se sentía abrumado con tanta felicidad en su interior.

Por otro lado, tenía una responsabilidad nueva que atender en Nueva York y era algo que ya no podía cambiar de nuevo. Le dio su palabra a Fitzgerald de que allí estaría pensando que todo con Ellie se había acabado y asumiendo que estaría mejor lejos de ella. Ahora, que la tenía en sus brazos, no se atrevía a llamar de nuevo a su ex jefe y rechazar una vez más su oferta.

Ya no solo se trataba de una responsabilidad o su palabra, también pensaba en que había dejado mucho por Ellie, para conquistarla, para poder estar cerca de ella y sí, finalmente lo había logrado pero horas antes cuando pensaba que ni alcanzaría lo que tanto deseaba, se dio cuenta de que no estaba bien dejar a un lado todo, absolutamente todo por otra persona, aunque se le ame más que a la vida misma.

Reconoció que debía existir un equilibrio entre la persona que se ama y los sueños profesionales.

Se frotó la cara de nuevo con la mano que tenía libre.

No le había dicho nada a Ellie y no sabía cómo lo tomaría.

Tampoco le hacía gracia una relación a distancia con la chica, pero ya había tomado una decisión y si las cosas ocurrían así a último momento, por algo era.

¿Por qué ahora? Pensó dándole un beso a Ellie en la coronilla.

—¿Qué ocurre, Sean?, no dejas de pensar en algo que te tiene nervioso. ¿No te sientes seguro de todo lo que te dije?

Ellie se recostó sobre su costado, apoyando la cabeza en una mano. Sus senos quedaron al descubierto apuntando a Sean de una manera tan provocativa que era capaz de perder el vuelo si llegaba a verlos de nuevo; es por ello que los tapó delicadamente con la sábana y ella sonrió divertida entendiendo que representaban una clara distracción para él.

—Pocas veces en mi vida me he sentido más seguro de alguien, Ellie — le decía la verdad. La forma tan decidida, directa y clara en la que le habló ella desde que él le abriera la puerta, le dejó ver que la chica le decía la verdad—. El problema no son tus sentimientos.

Sean le contó la cita que tuvo en Nueva York, cómo rechazó en un

principio la oferta pensando en arreglar las cosas con ella tras la llamada que le hizo Dalila y cómo cambió por una decisión final e irrevocable después de verla con Danny.

—En una hora debo tomar el vuelo porque, mañana en la mañana, me debo reunir con Fitzgerald y la junta del hospital para formalizar el nombramiento.

Ellie lo veía con nostalgia. Pero entendía su posición y no fue capaz de pedirle que se quedara por ella. No era justo.

Sean también debía consolidar sus sueños a nivel profesional. Además, ella se sentía más tranquila y segura que nunca en ese momento en el que los dos intentaban resolver algo importante en sus vidas.

—Nueva York está cerca, Sean, podremos vernos más seguido de lo que pensamos.

Sean la vio con duda y ella se preocupó.

—Ellie, cariño, esta nueva etapa en mi vida va a consumir mucho de mi tiempo. Ya te he dicho antes que mi carrera es intensa y temo que la distancia...

Ella lo calló con un beso.

—Ni se te ocurra pensar en decir alguna tontería sobre la distancia en una pareja. Yo estoy segura de ti, Sean.

—Lo sé y yo de ti, Ellie, el caso es que aunque quiero esto con todas mis ganas porque he trabajado mucho para conseguir este puesto, es más fuerte el deseo en mi corazón de permanecer a tu lado.

—No pienso permitir que rechaces el puesto.

—No lo haré. Le di mi palabra a Fitzgerald. Pero me duele tener que dejarte —la vio con súplica a los ojos—. Ven conmigo.

Ellie le sonrió con dulzura.

—Tengo mi negocio aquí. No puedo pasarme el día en Nueva York sin hacer nada. Podría terminar arruinada y amargada.

Ambos rieron.

—Vamos a verlo como algo temporal. Ve a Nueva York y en cuanto pueda, me subiré en un avión o conduciré hasta allá para verte. O si tú tienes algún tiempo libre vienes para acá. No nos angustiemos ahora por eso. Tomemos las cosas con calma.

Él asintió con pesar y la atrajo hacia sí para plantarle un beso que los dejó tontos a ambos pero con ganas de amarse de nuevo.

—Podemos ahorrar tiempo si vamos a la ducha de una vez —sugirió ella sonriente y Sean solo pudo dejar escapar un gruñido al verla correr desnuda hacia el baño.

Epílogo

Sean estaba teniendo un día intenso en urgencias.

Hacía unos meses que había aceptado el cargo de Jefe de Urgencias en el *Mercy Hospital* de Nueva York y no podía quejarse de lo bien que le iba a pesar de que era muy agotador.

Ese día en particular, tuvo que atender a dos niños que presentaron fracturas en sus brazos y también atendió una fractura nasal a causa de un puñetazo en una pelea callejera.

Suturó tres heridas y esperaba los resultados de dos análisis para medicar a dos pacientes que parecían estar contagiados de un virus común.

Su turno estaba por terminar cuando escuchó la sirena de la ambulancia acercarse a la puerta de urgencias.

Se acercó al mostrador y le preguntó a la enfermera.

—¿Qué tenemos?

Ella lo vio con desconcierto y levantó los hombros negando con la cabeza.

Sean se colocó los guantes de látex y salió a recibir a los paramédicos.

Cuando las puertas del hospital se abrieron y vio a Leah dentro de la ambulancia sintió que la sangre se le iba del cuerpo.

Rápidamente dio un vistazo a la camilla y divisó que Ellie era la que estaba detrás de la máscara de oxígeno.

—¿Qué le ocurrió?! —preguntó Sean mortificado, sin color en el rostro. Leah lo observaba con preocupación.

—Dolor agudo en el pecho —respondió el paramédico intentando abrirse paso al interior del hospital con la camilla y Ellie en ella.

Leah corrió detrás de su amiga y Sean alcanzó a ver a Ben también, que seguía a Leah.

—Doctor, rápido, le necesitamos —escuchó decir a una de las enfermeras mientras él, permanecía parado en la puerta urgencias buscando la manera de reaccionar y lo único que hacía era recordar algo del pasado que le aterró y no podía creerse que estaba reviviendo todo de nuevo.

—¡Me duele! —escuchó gritar a Ellie y entonces reaccionó.

Corrió hasta ella y dio la orden de que se apartaran para examinarla.

Una vez a su lado, Sean tomó el estetoscopio y lo colocó en la zona en la que Ellie experimentaba dolor.

—Tranquila, cariño, vamos a ver qué diablos tienes.

Ella no paraba de quejarse. Sean intentaba hacer contacto visual para calmarla pero los movimientos exagerados de ella le imposibilitaban la tarea.

Entonces Sean levantó la vista para buscar entre las personas que esperaban en la sala de espera a Leah o Ben y que alguien le diera una maldita explicación de lo que ocurría.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la madre de Ellie era una de las personas sentadas en las sillas de la sala de espera de urgencias y estaba grabando la escena con el móvil.

Recordó que Leah y Ben no estaban en la ciudad cuando él dejó a Ellie en casa esa mañana.

¿Cuándo llegaron y por qué él no lo sabía?

Luego se preguntó por qué Laureen Griffin estaba ahí y fue cuando Ellie no soportó más y estalló en carcajadas.

Cosa que no se le hizo nada graciosa a Sean que, de inmediato, dejó ver su enfado.

—Es por una buena razón, lo siento. Sé que la broma es pesada, ven acá —Ellie lo tiró hacia ella y le dio un beso que arrancó una ovación en los presentes.

Para el momento, el personal del hospital estaba alrededor de ellos y los pacientes de urgencias trataban de abrirse un espacio para ver qué ocurría.

Los paramédicos de la ambulancia que llegaron con Ellie sonreían con picardía.

La madre de Ellie seguía grabando.

—¿Qué ocurre? —Vio a Ellie y luego a Leah y a Ben—. ¿Por qué no avisaron que vendrían?

—Porque era una sorpresa especial.

Sean vio a Ellie de nuevo que ya estaba bajando de la camilla.

Se acercó a él.

—Sean, estamos todos aquí porque me están ayudando con una idea loca que se me ocurrió.

Él la vio divertido. Era imposible enfadarse con la mujer que más amaba en el universo entero.

Además, su corazón podía estar tranquilo porque su Ellie estaba sana.

Loca como una cabra, pero sana.

—¡Esperen! —Alguien gritaba en la entrada de urgencias—. ¡No me quiero perder de nada!

—¿Ryan? —Sean ya no estaba entendiendo nada. Detrás de Ryan llegaba el padre de Ellie y Sean empezó a ponerse nervioso cuando vio que todos estaban al pendiente de los movimientos de Ellie.

—Eres mi príncipe azul, Sean —empezó a decir Ellie y Sean se sintió un poco incómodo al ser observado por todo el personal de urgencias en ese momento. Incluso su jefe estaba presenciando la escena con una sonrisa en los labios—. Así que —la rubia se agachó para fijar una rodilla en el suelo y le sonrió a Sean que la observaba atónito—: ¿Aceptarías ser mi esposo? —Ellie dejó escapar de su mano una cadena de plata delgada de la que colgaba la mitad de un corazón pequeño. Ella le sonrió y le enseñó que ya llevaba colgado en una cadena similar la otra mitad del mismo corazón.

Sean sonrió con vergüenza. Sintió que las mejillas le subieron mil tonos de color y también sintió una emoción tan inmensa en el pecho que levantó a Ellie y la besó con intensidad para después responderle:

—¡Sí, acepto!

Se besaron de nuevo entre aplausos, felicitaciones y bendiciones que los presentes les dieron.

El plan de Ellie salió tal como lo planificó.

Llevaba semanas organizando todo. Aunque le habría gustado ponerle un poco más de drama al asunto, decidió que ya debían parar cuando le vio el semblante desencajado a Sean.

Recordó lo mal que la pasó cuando ella por poco pierde la vida y no se atrevió a seguir con la mala broma, que quedó en una simple anécdota gracias a la original declaración por su parte.

Sean no se lo esperaba.

De hecho, le comentó a Ben unas semanas antes que estaba pensando en pedirle matrimonio a Ellie pero que no sabía si era el tiempo adecuado.

Ben solo le respondía que mejor esperara un poco más, claro, él estaba ayudando a Ellie en la ejecución de su plan y no podía fallarle.

Ese mismo día, tarde en la noche, después de haberse amado por varias horas y haber brindado varias veces por su futura unión, Sean se atrevió a preguntarle a Ellie si estaba segura del paso que estaba dando.

—Es lo que deseo Sean. Quiero estar junto a ti el resto de mi vida. Y si tengo que recorrer el mundo para estar a tu lado, lo haré.

Sellaron la felicidad que los envolvía con un beso y la promesa de amarse para toda la vida.

Agradecimientos:

Mientras trabajaba en el argumento de esta novela e investigaba sobre la medicina en la sala de urgencias y sobre cosas relacionadas a los suicidios —o intentos de— con pastillas, me surgieron muchas preguntas sobre el momento de atender a un paciente inconsciente con sobredosis de somníferos.

Muchas de las dudas pude solventarlas con Google, fiel amigo que siempre está dispuesto a ayudarnos con nuestras investigaciones; sin embargo, pensaba que me vendría genial una entrevista con un médico de urgencias.

Nadie mejor que un profesional del área para darte las respuestas que necesitas y que te ayude a darle solidez y veracidad al personaje que va a desempeñar esta profesión en la novela.

Yo siempre digo que las cosas no pasan por casualidad, para mí no existen las casualidades, yo pedí un médico de urgencias y el universo me concedió uno.

Sí, durante el pasado verano, una tarde en la que todos los vecinos de la urbanización rezábamos para que el día acabara pronto y los niños gastaran sus últimos cartuchos de energía, me enteré de que la tía de un compañero del cole de mi hija es médico de urgencias.

Y tras enterarme, no se me ocurrió otra cosa que decirle: «¿Te puedo hacer algunas preguntas para desarrollar mejor el protagonista de mi nueva novela?»

Tuve suerte de que Begoña Casas sea encantadora y estuviese dispuesta a echarme una mano con la información que necesitaba.

Así que no me queda más que agradecerle toda la ayuda prestada, me salvó de cometer unos cuantos errores en el prólogo de esta historia.

Es genial encontrarse con gente dispuesta a ayudar; y soy muy afortunada de hallar a estas personas en mi camino en el momento adecuado.

¡Gracias!

P.D: Ahora te invito a leer las primeras páginas de Pide un deseo, la historia de Leah y Ben.

Pide un deseo
Primeras páginas

Prólogo

Alyssa se encontraba sentada en la mesa del jardín trasero de la casa de Amelia, su abuela materna. Como cada año, su abuela se esmeraba al máximo con la decoración para la fiesta y a pesar de que la niña le agradecía gustosa el gesto, siempre esperaba que a alguien se le ocurriera la idea de preguntarle ¿Cómo quisiera decorar y celebrar su fiesta de cumpleaños?

Suspiró abatida viendo los aburridos globos rosa pastel que adornaban algunos sitios del jardín.

Sería incapaz de decirle a su abuela que aquello la aburría al extremo y que deseaba una fiesta diferente. No, no podría hacerle pasar una desilusión a su abuela que era lo más cercano a la bondad pura que conocía a sus escasos siete años y lo más cercano a su madre también.

Lo comentó con su padre que, en algunos casos, le ayudaba a decir las cosas que más le costaba; este la vio con compasión y le explicó que, ese año, ya no se podría hacer nada porque la abuela lo tenía todo preparado.

Alyssa pensaba que iba con tiempo de sobra para decirle a su padre que no quería más de las decoraciones de su abuela, al parecer, tener esa conversación un mes antes de la fecha no había sido suficiente. Se prometió que para el siguiente año, tendría la misma conversación con su padre con al menos seis meses de antelación, así podrían comentarlo con Amelia sin correr riesgos.

No podía imaginarse cuál excusa usaría porque su corta edad solo le daba argumentos que no eran muy convincentes y que, en la mayoría de los casos, hasta a ella le sonaban crueles.

Y es que así es la infancia, cruel con la gente que se tiene al rededor porque esa «vergüenza» a decir algo indebido es un mundo desconocido hasta que alguien comenta que ya estás mayor para hablar de esa manera tan irrespetuosa y mal educada.

Alyssa nació con esa vergüenza incluida ya que no se atrevía a decirle la verdad en su cara a nadie, solo por temor de hacerle sufrir.

Sonrió con pesar recordando lo mucho que odió el regalo que una vecina le dio el año anterior. Nunca, en su corta existencia, había visto una muñeca de porcelana tan espantosa. «¿Quién regalaba muñecas de porcelana en esa época?» se preguntó tras rasgar el envoltorio. En ese momento, supo que debía controlar

sus facciones porque si no, su dulce y encantadora vecina se sentiría muy triste de saber que a ella, esa muñeca, le parecía espantosa. Por fortuna, la muñeca fue a parar en el fondo de un baúl que la niña ya casi ni abría porque sus gustos cambiaban con rapidez. Ese baúl estaba lleno de bebés de plástico con sus accesorios; además de una buena cantidad de animalitos de peluche que, en algún momento, fueron los suplentes de los falsos bebés que ahora les acompañaban.

Hasta el año anterior, le pareció que decorar su fiesta con su personaje de Disney favorito era bueno. Después de ir a la súper divertida fiesta de cumpleaños de Marcy, empezó a encontrarle algunos defectos al titánico esfuerzo de su abuela. Y todos los globos rosa, así como los personajes de Disney, empezaron a parecerles insoportablemente aburridos.

Quería algo más sencillo, con menos rosa, quizá más negro o gris y algún otro color que le combinara que no fuesen tonos pasteles. Estaba cansada del clásico plan «princesa» que solía usar su abuela. Claro, Marcy contaba con su madre que era una experta decoradora; y con su padre, que siempre estaba con ella para todo lo que necesitara.

Alyssa sintió un pequeño nudo en la garganta.

Su padre, por segundo año consecutivo, tuvo una emergencia en el hospital y no pudo estar presente en la fiesta. Sabía que su papá era un héroe que salvaba la vida de muchos, pero le habría gustado en ese momento tener un padre como el de Marcy que siempre estaba en casa; o como el de Jenna, que llegaba cada tarde a las seis para cenar con la familia. Incluso, le gustaría un padre como el de Lucille que también era médico y siempre estaba en casa cuando era necesario.

Lo amaba, y ella sabía con certeza que él le correspondía de la misma manera. Se lo veía en sus ojos cuando la cargaba y la abrazaba. O cuando la llenaba de besos por las mañanas.

Suspiró de nuevo. Algún día eso cambiaría. Quería una familia completa, con madre incluida. Hermanos. Primos.

Si su padre seguía con aquel trabajo, no tendría tiempo de conocer a nadie que le diera lo que tanto anhelaba. Porque sabía cómo era que venían al mundo los bebés. Nadie podría engañarla con la historia de la cigüeña porque su padre le enseñó la verdad desde la primera vez que se lo preguntó y le parecía muy gracioso ver a sus amigas debatiendo sobre cuál es la verdad de todo ese asunto: ¿la cigüeña o las abejas? Pero ella sería incapaz de decirles que eran unas tontas y que la verdad era que para hacer un bebé hacía falta el amor de un hombre y una mujer. Además, tenía poder para decirlo porque, su padre, que era médico, se lo explicó.

Alyssa se guardaba sus opiniones para no herir los sentimientos de sus amigas o mejor dicho, para no colocar entre dicho la palabra de sus padres y que sus amigas pensarán que ellos les mentían. No. Ella se guardaría la historia para más adelante, cuando tuvieran más edad. «A la gente le da vergüenza hablar de eso» aseguraba su padre.

Ella no entendía el porqué, si amarse estaba bien y se sentía genial.

Entendía que el mundo de los adultos era muy extraño para ella, como cuando le preguntó a su papá si amó a su madre. Él le respondía que sí, aunque ella sabía que, en el fondo, se guardaba una verdad que no anunciaba para no lastimarla. Reconocía la mirada porque se llenaba de pesar tal como lo que le embargaba a ella cada vez que le ocultaba una gran verdad a alguien para no herirle los sentimientos. Entonces, Alyssa percibía que su padre sintió un gran sentimiento hacia su madre, sincero y que en cierto modo le hizo feliz aunque su mirada no se cargaba de brillo hablando de su madre como cuando hablaba de la chica que fue muy especial en su vida. Su padre solía decirle que cuando ella se hiciera muy mayor, prometía contarle todo acerca de sus sentimientos, y que en tanto iba creciendo, tendría que conformarse con lo que le decía.

A Alyssa le habría gustado que sus padres hubiesen sido como los de Carlyn, que ya no se querían más y vivían en casas separadas. Eso le daría la tranquilidad de saber que su madre seguía con vida. Pero no, su madre se convirtió en un ángel cuatro años después de que ella naciera. A veces, le llegaban algunos recuerdos de sus ojos y la forma tan amorosa con los que la veía. Tenía un montón de fotos de su madre que no podían llenar el vacío que ella le dejó, pero al menos contaba con algunos recuerdos de ella plasmados en aquel papel fotográfico.

Le gustaba pensar que si su padre se enamoraba de nuevo, conseguiría tener una madre que aunque fuera postiza, ella la recibiría encantada. Su abuela era su abuela y sabía diferenciar las cosas que sus amigas hacían con sus madres y que ella no las hacía con su abuela porque le parecían una locura o porque el cuerpo de su abuela parecía más lento que el de cualquiera de las madres de sus amigas. Su padre le decía que su abuela ya estaba mayor.

—¡Cariño! —Amelia se acercó a ella sonriente—. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Pensando en el deseo que voy a pedir este año al soplar la vela, abuela. Amelia le sonrió cariñosamente.

—¿Vas a pedir algo diferente?

—No. Solo estaba concentrándome para hacerlo mucho mejor este año, a ver si ahora sí se me cumple. No puedo decirte qué es.

Amelia sonrió como cada año al tener esa misma conversación.

—No se lo digas a nadie porque los deseos no se comparten hasta que se hayan cumplido. Y si ya estas lista, vamos a echar ese deseo al aire que ya los invitados nos esperan alrededor de la tarta.

Alyssa y Amelia caminaron juntas tomadas de la mano hasta la gran mesa en la que descansaba una tarta de tres pisos, llena de merengue blanco y decorado con unas delicadas flores. Alyssa pensó en que le habría gustado más una tarta con la forma de alguno de sus objetos favoritos como un bolso, zapatos o artículos de maquillaje tal como en la fiesta de Marcy. Pero eso era lo que le correspondía a ella y en cierto modo, se sentía afortunada de tenerlo. Mejor eso que nada.

Los invitados terminaron de entonar el cántico respectivo y ella cerró los ojos con fuerza mientras pensaba:

«Deseo una novia para mi papi, que nos ame tanto como le amaremos a ella. Deseo que mi papi trabaje menos para así pasar más tiempo juntos»

Sopló con toda las fuerzas y el viento elevó su deseo al universo que, en ese mismo instante, pasó a trazar un elaborado plan que cambiaría la vida de su padre por completo y le daría a ella el deseo que tanto anhelaba.

Capítulo 1

11 años antes

Stella e Isaac Simmons veían con consternación a su querida hija Leah. Tenían que notificarle la mala noticia.

No sabían por dónde empezar porque ni siquiera tenían una clara explicación para todo lo que estaba ocurriendo aunque sí tenían muy claro que aquel cambio en la historia de su pequeña, la marcaría para siempre.

—Papá, mamá, ¿qué ocurre? Me están preocupando —Leah estaba inquieta y cansada. Después de un día intenso en la universidad, solo quería acabar de conversar con sus padres, darse un baño, comer algo y llamar a Jonathan para preguntarle cómo estaba. También quería conversar con él sobre la decoración de la boda.

Giró el anillo en su dedo anular izquierdo. Aun no se acostumbraba a pensar que sería la esposa de Jonathan Rodríguez antes de que llegara el otoño y con apenas unas semanas de graduarse en administración.

No se lo podía creer todavía.

—Bueno, ya —dijo con cansancio a sus padres que seguían viéndola como si en cualquier momento se fuera a romper—. Es mejor que digan lo que les preocupa y me dejen subir que tengo cosas que hacer de la universidad.

Entonces recordó el día en el que le dieron la noticia de la muerte de Mima, su abuela paterna, con quien tuvo una relación muy especial. Eso la inquietó más todavía porque sus padres tenían las mismas expresiones de preocupación y tristeza en sus rostros que entonces y ya no le quedaban abuelas para anunciar sus muertes y tampoco parientes cercanos, que ella supiera.

Se tocó de nuevo el anillo y algo saltó en su interior.

—¿Es Jonathan? ¿Le ocurrió algo?

Sus nervios fueron en aumento al ver la expresión de sus progenitores y las miradas de pena que intercambiaron.

Leah pensaba que el corazón le iba a estallar en pedazos y se levantó.

Marcó el teléfono de la casa de su prometido y no recibió respuesta, ni siquiera el contestador automático.

Algo estaba pasando.

—Hija, por favor, siéntate y cálmate.

Si había algo que Leah no podía hacer en un momento de angustia era sentarse. Mucho menos calmarse. Así que cogió las llaves de casa, las del coche de su padre y salió de la vivienda.

—Leah, no. No te va a gustar lo que vas a encontrar.

Su padre siempre era honesto con ella y sabía que esa advertencia se convertiría en verdad.

Su corazón palpitaba desbocado.

—Te acompañaremos —dijo su madre y subieron al coche con ella. El silencio era ensordecedor. Agradeció que el trayecto fuese relativamente corto. Salió del coche lo más de prisa que le permitieron sus torpes pies.

Tocó el timbre un par de veces y no obtuvo respuesta. Las luces estaban apagadas y no salía ningún ruido del interior de la propiedad.

Leah estaba a punto de entrar en pánico. No entendía nada de lo que ocurría.

Fue entonces cuando la Sra. Margaret, vecina de los Rodríguez desde que Leah los conocía, se presentó ante ella y su cara albergaba tanta tristeza que Leah empezó a hiperventilar.

—No sabemos qué pasó, Leah —comentó su padre—. No hay nadie en casa. Hemos venido hoy a invitarles a una cena para poder empezar a planificar los detalles de la boda y también, porque queríamos darles nuestro regalo de bodas —Su padre la abrazó muy fuerte porque sabía que se iba a quebrar en cualquier momento.

—Lo siento, muchacha —Margaret se acercó a ella—. Les vi partir ayer en la noche, todos iban con maletas en mano y esta mañana ha venido un camión enorme y se ha llevado todo lo que estaba dentro de casa.

Leah sintió que le estaban jugando una broma y empezó a reírse de forma nerviosa con tanta fuerza, que un par de vecinos más se acercaron para corroborar la historia de Margaret.

No podía creer lo que le estaban diciendo.

¿Maletas? ¿Mudanza?

¿Cómo no se había enterado de eso? Alguna explicación debía existir, ¿no?

Estaba convencida de que Jonathan, su adorado Jonathan, no iba a abandonarla y todo lo que estaba ocurriendo tendría alguna explicación lógica que, de seguro, le daría su prometido en los próximos días.

Jonathan no la dejaría así, sin más. Tenían una vida por delante y tantos planes; además, ella estaba segura de su amor. Jonathan la amaba desde el primer día que se vieron. Se conocían a plenitud, eran los mejores amigos y lo amaba con todo su ser. Por ese mismo amor que se tenían, sabía que esa

improvisada mudanza de la familia Rodríguez tenía una lógica explicación y ella lo único que tenía que hacer era esperar a que Jonathan se presentara en su casa para explicarle todo.

Solo era cuestión de tiempo para poder saber toda la verdad.

Lo que Leah no sospechaba era que, la repentina salida de los Rodríguez y la explicación de Jonathan, quizá no llegaría.

Capítulo 2

Para Leah, el inicio del verano siempre representaba un infierno. No solo porque odiaba sudar, sino porque también, todos los acontecimientos importantes en su vida, o mejor dicho, todas sus desgracias, siempre ocurrían en estas fechas.

La muerte de Mima, el escape temporal de su gata Aisha, la decisión de salir de Arlington y dejar el pasado atrás —aunque siguió arrastrándolo como si fuese una carga preciada— y la mayor de sus desgracias vividas: la repentina salida de Jonathan Rodríguez de su vida.

Más de una década después, seguía sin obtener respuesta del paradero de su ex prometido y toda su familia. No había logrado dar con ninguno de ellos, ni siquiera con la aparición de Internet y las útiles redes sociales. Era increíble. No existía un condenado rastro de ellos por ningún lado.

Contrató a un detective privado que trabajó muy duro en la investigación sin obtener ningún resultado positivo; fue entonces cuando Leah se dio cuenta de que no podría olvidar y avanzar en la vida mientras siguiera en casa de sus padres y frecuentando los lugares de Arlington que eran especiales para ella y Jonathan.

Un buen día se decidió a salir de allí y poner distancia para olvidar y empezar de cero.

Se fue dejando atrás a sus padres, amigos, la gata «escapista» que más tarde la abandonó para ir a hacerle compañía a Mima; y creía que, también, podría dejar atrás a Jonathan.

El cambio de ambiente la ayudó en los primeros meses a pensar en otros asuntos, concentrarse en la búsqueda de un nuevo empleo y de un lugar apropiado para vivir.

Eligió como destino Nueva York porque, si bien quería poner distancia, tampoco quería alejarse demasiado de sus padres.

Consiguió en poco tiempo todo lo que quiso a nivel profesional y cuando su vida parecía estar tranquila, apareció el maldito verano y con él, trajo una nube de amargura a su «tranquila» vida. Empezaron las preguntas a rondar su cabeza, las suposiciones a llenar los vacíos, las lágrimas a calmar las tristezas, y

por último, apareció la rabia alzando la voz en contra de Jonathan, recordándole a Leah que merecía algo mejor que un cobarde que jugó con ella y sus sentimientos. Muchas veces esa misma rabia le aconsejaba que, en caso de encontrarlo de nuevo, no le concediera el perdón.

El otoño se convertía en un período de duelo y luego, con la llegada del invierno, las aguas se calmaban en su interior permitiéndole vivir en paz con ella y con el sentimiento que aun la unía a Jonathan. Así sobrevivía hasta el siguiente verano, cuando aparecía el ciclo, repitiendo cada una de sus frustrantes etapas en las que Leah era muy desdichada.

Aún guardaba en una caja las revistas, recortes y apuntes que hizo desde que Jonathan le propuso matrimonio. Cada año la abría y detallaba todo en su interior como si alguna de esas imágenes o algunas de sus anotaciones, le fuese a revelar el misterio de la huida de su ex prometido.

Una huida cruel y absurda que esperaba poder entender algún día.

Cada vez que pensaba en lo mismo, su corazón padecía de un dolor crónico que le aseguraba que en poco podría romperse, nunca lo hacía, aunque Leah lo hubiese deseado algunas veces así le podía poner un punto y final a tanto sufrimiento.

Intentó de muchas maneras superar todo el asunto del ciclo que se repetía una y otra vez, año tras año.

Visitó psicólogos, salió con amigos, hizo algunos viajes, tomó clases de cualquier técnica de relajación y meditación que existe en el planeta; también, tomó clases de *kickboxing* y de *Judo* porque cuando aparecía la rabia, su único deseo era encontrarse a Jonathan para poder partirle la cara a puñetazos y darle un par de patadas en el trasero antes de preguntarle por qué demonios se largó de esa manera y cómo era que no había tenido los pantalones de enfrentarla y decirle que no quería estar más con ella y que quería largarse de allí. O cómo era posible que no la contactara en todo ese tiempo para explicarle qué les llevó, a él y su familia, a tomar esa radical decisión.

Su lado racional le decía que el pobre hombre no debía tener nada de culpa en la extraña mudanza, algo de fuerza mayor le obligó a guardar silencio porque toda su familia desapareció misteriosamente junto con él y ninguno de ellos actuaba con tanta cobardía. Además, la madre de Jonathan lo habría matado si él hubiese decidido abandonar a Leah ya que, su madre, la adoraba.

Lamentablemente, su lado racional quedaba secuestrado cuando su rabia interna hacía acto de presencia. A veces sentía que la rabia era hacia ella misma por no poder superar el asunto ni siquiera después de una década.

«Ya es hora de darle la espalda al sufrimiento y la bienvenida a la felicidad» le dijo su maestro espiritual en la última meditación que hicieron en el

centro de meditación y relajación al que asistía dos veces por semana.

Por otro lado, su psicólogo, al cual veía una vez cada quince días, aseguraba que ese capítulo de su vida lo cerraría el día que encontrara las respuestas adecuadas. Para ella, aquella opinión fue un golpe muy duro porque eso quería decir que no podría cerrar ese trágico suceso de su vida.

Sin Jonathan, no existían las respuestas.

—Ten por seguro que algún día, las respuestas llegarán; en tanto, no te olvides de vivir —fue la afirmación final del psicólogo. Que si lo sumaba a lo que le dijo su maestro de meditación, tenía cierto sentido.

Debía abrirse al mundo, cambiar de aire de nuevo, de vida. Quizá enfrentar su pasado le vendría bien y fue así como decidió regresar a Arlington después de siete años.

Ellie, su querida amiga de la infancia, le propuso iniciar un negocio que parecía prometedor y después de analizar los números y las cuentas como era debido, Leah dejó a un lado el miedo a iniciar un negocio por cuenta propia y se lanzó a la aventura.

Así que ahí estaba, empacando las últimas cajas con las cosas que más valor tenían para ella y que la acompañaron en esa aventura de vivir en la gran manzana. Una ciudad que le encantaba pero que empezaba a hacérsele pesada. La gente no se detenía a tomar un respiro y ella sentía que ese respiro le hacía mucha falta. Además, extrañaba a Ellie a morir. *Skype* les hacía las cosas más fáciles. No se podía imaginar cómo sería tener que sentarse a escribir una carta diaria para contarse la vida y mantener la amistad intacta.

La época moderna lo hacía todo más fácil, sin duda. Se hablaban casi a diario y se veían por el móvil con cualquier excusa, sin embargo, no era lo mismo.

Leah terminó de empacar la última caja y fue a dar un recorrido por el apartamento vacío; lleno de ecos porque no tenía recuerdos para guardar de ese lugar.

No llevó a nadie para hacer de ese sitio un lugar lleno de momentos compartidos. En todo ese tiempo no cosechó amistades en la gran ciudad y mucho menos, amores.

No sabía ni siquiera lo que era pasar una noche de copas locas con alguien, algo en lo que Ellie parecía ser una experta.

Ahí estaba, dejando todo de nuevo por regresar al punto del que escapó tanto tiempo atrás pensando que la distancia era la solución a todas las penas.

Todo estaba en orden en la vivienda. Pensaba que no olvidaba nada cuando se percató que no recogió un tesoro importante para ella, la caja que la acompañaba con sus recuerdos de la boda que no ocurrió. El objeto estaba en un

rincón en lo alto del armario de su dormitorio. La dejó allí con la intención de olvidarla pero, como una jugada asquerosa de su mente, lo recordó de pronto y no aguantó la tentación de ir por ella.

Con el solo hecho de pensar en que la abandonaría allí empezó a tener un ataque de ansiedad que la desestabilizó. Era lo único que le indicaba, de forma material, que Jonathan existió en su vida y que ella se negaba a olvidarse de él. Tal como lo aseguraban su gurú y su psicólogo. ¿Qué podían saber ellos de tal abandono por parte de la persona amada? ¿Cómo superaba uno algo así?

Se subió a una silla de la cocina que era lo único que quedaba movable en el apartamento, lamentó no tener la pequeña escalera que usaba para llegar hasta el rincón más alejado del armario porque, con esa silla y su estatura que no ayudaba en nada, no alcanzaba la caja.

Se colocó en puntillas, extendió el brazo cuanto pudo para llegar hasta la caja.

La alcanzó con esfuerzo y al hacerlo, no calculó la distribución de su peso sobre la silla que se tambaleó haciéndole perder el equilibrio y lanzándola de espalda contra el suelo.

Se golpeó con fuerza al tiempo que recibía una lluvia de objetos sobre su cuerpo, no fue lo suficientemente rápida en evitarlos y una de las afiladas esquinas del portarretrato de metal que resguardaba la mejor foto de Jonathan y ella, se estrelló sobre su frente.

Expresó su dolor con un sonoro «Auch» y una maldición que —tal vez— en China fue escuchada sin problema.

Se recompuso y recogió todo con rapidez, asegurándose de que nada se quedaba extraviado en ese sitio al cual no volvería más.

Su tarea se vio suspendida gracias a las gotas de sangre que empezaron a manchar el suelo. Asustada, se llevó la mano a la frente y el contacto con la herida le hizo soltar otra serie de maldiciones que su madre habría cuestionado como un vulgar vocabulario para una mujer.

En el baño vio que la herida era profunda. Salía mucha sangre y no parecía tener intenciones de detenerse. Tendría que ir al hospital.

Salió del baño, se agachó para recoger del suelo la caja de sus tesoros y colocarla junto a las demás y al hacerlo, un mareo la hizo sentarse en por unos segundos. No podría conducir en esas condiciones y si seguía demorando, acabarían dejándola en el hospital en observación.

Otra ráfaga de improperios salió de su carnosa boca.

Marcó el 911.

—911, ¿Cuál es su emergencia?

—Necesito que envíe una ambulancia a buscarme porque tengo una

herida en la cabeza y sale mucha sangre —Le dio la dirección a la operadora y en apenas dos minutos, los paramédicos llamaban a su puerta.

Después de hacerle un TAC para cerciorarse que todo estuviese bien a causa de la profundidad de la herida, el médico de urgencias le indicó que debía quedarse cuatro horas en observación si quería irse ese mismo día a Arlington y que mejor sería si alguien conducía por ella.

Suspiró resignada porque tendría que llamar a casa para avisar lo que le había sucedido e informar que no llegaría a tiempo porque para el momento en el que llegó al hospital, debía estar saliendo de la ciudad camino a su nuevo destino. Y si no avisaba, se preocuparían por su paradero. Llamó y como era de esperarse, su padre quería ir al momento a buscarla. Ella se negó y le dio la explicación del médico, escondiendo la parte en la que era mejor si otra persona conducía.

Stella logró calmar a Isaac y decidieron quedarse en Arlington. La historia no fue la misma con la llamada que le hizo a Ellie que asustada por el accidente, colgó la llamada y le contactó de nuevo cuando iba de camino a Nueva York para buscarla.

—Ellie, estás loca. Estoy bien, te lo aseguro —dijo cansada. Empezaba a dolerle la cabeza—. Además, hacer el viaje de ida y regreso en coche es demasiado para un solo día. Y de todas maneras, no pienso dejar mi coche aquí.

—Tú eres mi única mejor amiga, así que no se diga más, que bien vale la pena el esfuerzo. No podría con el cargo de consciencia si te ocurre algo en carretera por dejarme convencer por tu espíritu de «Yo todo lo puedo» —Leah la sintió sonreír—. Además, voy con Ryan que está muy emocionado con que vuelvas a casa y parece preocupado por lo que te ocurrió.

—¿Es que le vas a contar todo? —Ryan protestó al fondo.

—Lo siento, hermano, es que me haría muy feliz que ustedes dos intentaran estar juntos como pareja —Le comentó a su hermano mientras Leah escuchaba y respiraba profundo pensando en lo que le esperaba en su regreso a Arlington—. Te dejo para que descanses, ya hablaremos de todo luego en el camino de regreso. Dame la dirección del hospital y en poco tiempo, estaremos contigo. Nos falta un poco más de una hora para llegar.

Se despidieron y Leah colgó dejando escapar un suspiro profundo.

Una de las razones por la que meditó con mucho cuidado la idea de volver a su ciudad natal fue la alocada idea de su amiga Ellie de emparejarla con su hermano mayor Ryan.

Desde adolescentes, Ryan se mostró interesado en ella y entre Ellie y él organizaban salidas de grupo en las que «casualmente» ellos siempre se quedaban a solas. Así fue como Ryan fue el primer chico que besó a Leah y también el primero en complacer sus desesperadas hormonas cargadas de deseo. Leah nunca llegó a sentir amor hacia Ryan. No el que se siente por un hombre. Lo adoraba como amigo porque era de las mejores personas que podían existir en el planeta, siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por la gente que lo rodeaba. Era un alma noble y siempre estaba presente para ayudarle en lo que ella necesitara.

Leah sospechaba que Ryan si sentía un amor diferente hacia ella. No lo hablaron en la adolescencia porque estaban más ansiosos de besarse y explorarse que de conversar; y luego, siendo adultos, se distanciaron un poco cuando Ryan fue a la universidad. Luego cuando Leah y Ellie también entraron en la universidad, retomaron el contacto por obra de Ellie y la romántica que habitaba en ella, que lo que más deseaba en la vida era que las dos personas que más amaba en el mundo acabaran estando juntos para siempre.

Los encuentros entre ellos siguieron siendo casuales, sin palabra y llenos de deseos por satisfacer.

Las cosas cambiaron por completo cuando Leah conoció en el último curso de la universidad a Jonathan. Ella iba de salida de su facultad y él estaba entrando, ambos distraídos en una lectura que llevaban en brazos y fue cuando colisionaron. Desde entonces, fueron inseparables. Hasta que él desapareció junto a su familia.

Leah sintió que el corazón se le encogía tal como la vez que sus padres le dieron la terrible noticia. Tal como le ocurrió algunos meses después cuando entró a hurtadillas en la propiedad y se dejó convencer, gracias al vacío reinante, de que nadie más regresaría.

Se le formó un nudo en la garganta y la cabeza amenazó con estallar si no paraba de pensar.

Entonces empezó a hacer algunas inspiraciones y exhalaciones ayurvédicas para calmarse. Meditar sería imposible, quizá controlar la respiración le ayudaría.

Casi una hora después, estaba desesperada por salir del cubículo en el que la metieron y quería pedir medicina para aliviar el dolor porque la cabeza y la herida, le palpitaban cada una a su ritmo sin darle un segundo de descanso.

Su médico entró y le sonrió.

—Acabo de firmar el alta pero no le permitiré irse hasta que alguien venga por usted. Bébase esto, por favor —Le dio un pequeño vaso en el que reposaban dos pastillas blancas y alargadas.

—Dígame que esto me va a quitar el dolor de cabeza que tengo.

—En efecto. Descanse un poco más y... —El médico fue tomado por sorpresa por el huracán Ellie que entró tempestivamente al cubículo de Leah y la abrazó casi al punto de cortar el aire.

—¿Estás bien? ¿Doctor, está bien? Díganos la verdad, por favor.

El doctor vio a Ellie divertido.

—Mi amiga es un poco exagerada —dijo Leah con vergüenza.

—Exagerada o no estamos esperando su respuesta, doctor —Ryan entró al recinto y se acercó a Leah para darle un dulce beso en la mejilla. Ella no pudo evitar la tensión que se formó en todo su cuerpo.

—Está perfecta, aunque la herida es de cuidado. Nada de agacharse, colocarse cabeza abajo y mucho menos estar dando brincos. Por unos días tendrá que tener un poco de reposo —Ellie asintió con la cabeza y una expresión muy seria—. Ya le dejé la receta en la recepción, cuando pase a firmar la salida, se la entregarán. En unos días le tocará ir al hospital de Arlington para que le retiren los puntos.

—Así lo hará, doctor. No se preocupe —aseguró Ryan en tanto Leah volvía los ojos al cielo.

El médico sonrió.

—Es bueno tener quien le cuide a uno, Srta. Simmons.

Leah solo le obsequió una tímida sonrisa, sabía que tenía razón y que debía tomar el asunto con calma porque esos dos no se despegarían de su lado y no le dejarían hacer nada por el reposo impuesto por el médico.

—Ahora me marchó, debo seguir revisando a otros pacientes. Hasta luego.

El médico salió de la improvisada habitación y Ellie abrazó de nuevo a Leah.

—Ellie, ya, en serio, no tengo nada.

—Eso dices tú, si no tuvieras nada, tu cara sería otra.

Leah evadió la mirada de su amiga y pudo percibir el cambio de humor de Ryan. Si había alguien en el mundo que también podía odiar a muerte el inicio del verano ese era Ryan porque removía el pasado en Leah, la hacía sufrir y él no soportaba verla sufrir.

Leah suspiró y sacudió la cabeza intentando alejar así la tristeza que quería instalarse en su interior.

—Debemos ir a mi apartamento, está cerca de aquí, aún no he sacado algunas cajas y no puedo dejar mi coche aquí porque no pienso regresar a Nueva York.

—No te preocupes —le dijo Ryan con seriedad—, vamos a hacer todo lo

que necesites y luego te llevaremos a casa.

«A casa»

Eso le sonó tan extraño a Leah que le hizo poner la piel de gallina. Guardaba esa relación de amor y odio hacia Arlington. Tal como su relación de amor y odio con Jonathan.

Una vez más se preguntó si estaba haciendo lo correcto.

Resopló en tanto se ponía de pie.

Salieron a paso lento de la sala de observación y llegaron a la recepción en la que una amable enfermera le hizo firmar algunos papeles, le pidió los datos de su nueva dirección para el envío de la factura y le entregó la receta que le dejó el Dr. Norton.

Casi cuando estaban por salir del hospital, ocurrió algo que hizo que la tensión de Leah disminuyera drásticamente y que su sangre se fuera al subsuelo para dejarle el rostro pálido y una expresión que era más apropiada para quien ve a un fantasma que para alguien que sale de un hospital.

Ryan la tomó del brazo y podía escuchar que le hablaba pero no lograba entender lo que decía porque ella solo podía concentrarse en la voz del hombre que estaba dándoles la espalda mientras una ambulancia se aparcaba frente a las puertas de urgencias con la sirena encendida.

Todo ocurrió muy rápido, aunque para ella las cosas iban en cámara lenta.

Leah estaba más que segura de que esa, era la voz de Jonathan.

Jamás olvidaría ese tono ronco y seductor con el que hablaba.

Reconoció sus manos, curtidas por el paso de los años pero eran sus manos; no pudo reaccionar a tiempo para llamarlo porque todo el hospital se volvió un caos de médicos y enfermeros corriendo con dos heridos de gravedad debido a un accidente de tránsito.

Los oídos le zumbaron y todo se volvió negro antes de que perdiera el conocimiento.

Si quieres seguir leyendo esta historia, puedes adquirirla en versión Kindle, Kindle Unlimited y/o papel [pinchando en este enlace](#)

Querido lector:

Siempre te estaré agradecida por tu apoyo, por tu fidelidad hacia mis historias y por compartir conmigo tu experiencia como lector.

Recuerda que tus comentarios en Amazon y en Goodreads son importantes para que otros lectores se animen a leer esta o cualquier otra historia. No tienes que escribir algo extenso, no lo tienes que adornar, solo cuéntalo con sinceridad. Los nuevos lectores lo agradecerán y yo me sentiré honrada con tu opinión, bien sea para festejar por obtener muchas estrellas o para aprender en dónde estoy fallando y mejorar.

¿Sabes que por suscribirte a mi blog recibirás dos relatos de mi autoría como regalo en formato digital? Entra ya en www.stefaniagil.com y rellena el pequeño formulario que aparece en la columna de la derecha. Con esto también podrás estar al tanto de mis novedades, lanzamientos, concursos y material gratuito que pienso obsequiar a mis lectores.

Me encanta tener contacto con todos mis lectores. No dejes de seguirme en las redes para que podamos estar en constante comunicación ;-)

¡Mil gracias por todo, sin ustedes, esto no sería posible!

¡Felices Lecturas!

Grupo de Facebook: [Los noveleros de Stefania Gil](#)

Facebook Fan Page: [Stefania Gil – Autor](#)

Instagram: [@Stefaniagil](#)

Twitter: [@gilstefania](#)

Email: info@stefaniagil.com

Stefania Gil

Nació en Caracas, Venezuela. Estudió Diseño Gráfico y luego de dar muchos traspies, descubrió que escribir, es su verdadera vocación.

Es autora autopublicada de Romance y del subgénero Romance Paranormal.

Ha sido colaboradora de la revista digital Guayoyo En Letras en la sección Qué ver, leer o escuchar.

Le encanta leer y todo lo que sea místico y paranormal capta su atención de inmediato.

Siente una infinita curiosidad por saber qué hay más allá de lo que no se puede ver a simple vista, y quizá eso, es lo que la ha llevado a realizar cursos de Tarot, Wicca, Alta Magia y Reiki.

Actualmente, reside en la ciudad de Málaga con su esposo y su pequeña hija. Y desde su estudio con vista al mar, sigue escribiendo para complacer a sus lectores.

Otros títulos de la autora:

[Ecós del pasado](#)

[No pienso dejarte ir](#)

[Estamos Reconectados Reenamorado](#)

[Romance Inolvidable](#)

[Pide un deseo](#)

[Un café al pasado – Naranjales Alcalá I](#)

[El futuro junto a ti – Naranjales Alcalá II](#)

[EL Origen – División de habilidades especiales I](#)

[Las Curvas del amor – Trilogía Hermanas Collins I](#)

[La melodía del amor – Trilogía Hermanas Collins II](#)

[La búsqueda del amor – Trilogía Hermanas Collins III](#)

[Siempre te amaré](#)

[Mi último: Sí, acepto](#)

[Presagios](#)

[Sincronía](#)

[La ciudad del pecado – Serie Archangelos I](#)

[La ciudad que nunca duerme – Serie Archangelos II](#)

[La ciudad de la luz – Serie Archangelos III](#)

[La ciudad del viento – Serie Archangelos IV](#)

[La ciudad de los ángeles – Serie Archangelos V](#)